

A woman with blonde hair, wearing a light pink Victorian-style dress with a red belt and a matching red headband with a veil, is walking across a lush green field. The dress is long and flowing, with a full skirt. She is wearing white gloves. The background shows a soft-focus landscape with trees and a distant hill under a bright sky.

El secreto del
DUQUE
de Argyll

Zoe Scotland

Derechos de autor © enero de 2025 ZOE SCOTLAND

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

Contenido

[Derechos de autor](#)

[El secreto del](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Una esposa para el BARÓN](#)

[Obligada a casarse con el DUQUE](#)

[El cortejo del VIZCONDE](#)

[La última temporada de lord BAXTER](#)

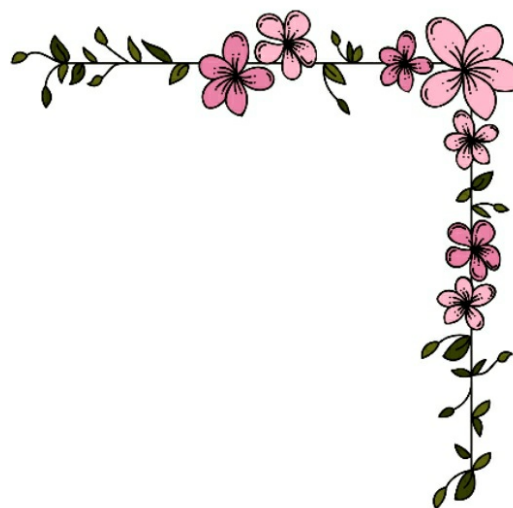
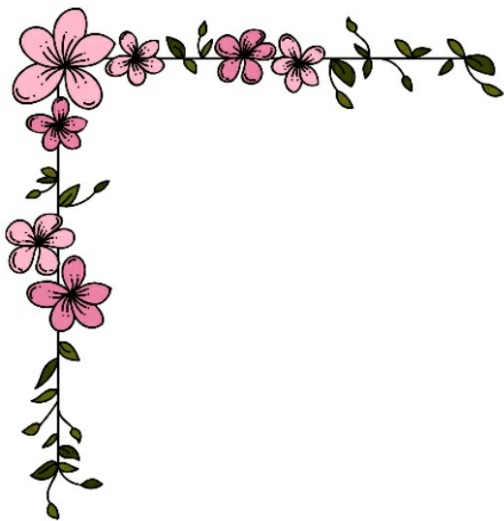
[La decisión de lady BAXTER](#)

El secreto del
DUQUE
de Argyll

ZOE SCOTLAND

Siempre se ha dicho que el primer amor es el que se siente más fuerte, el verdadero. Sin embargo, para Eleonora Catlin el último fue el de verdad y el más sincero de todos. Esta novela va dedicada para todos los últimos amores, los que a veces se marchan sin que te puedas despedir de ellos.

Siempre en mi corazón, jamás en el olvido.



Prólogo

Si no fuera por la exquisita educación a la que había sido sometida durante toda su vida, todos en Londres se atreverían a afirmar que Eleonora Catlin era la hija de una familia cualquiera. Cuando la realidad era que, Eleonora Catlin era la primogénita de los duques de Argyll, nobles de ricas tierras, y bien posicionados entre la nobleza británica. Esa nobleza que cada día era más odiada por la joven Eleonora, y de la que no le gustaba estar acompañada, salvo por una persona, su gran amigo de la infancia el joven William Radcliffe.

Eleonora también era distraída, descuidada para con ella, y sobre todo, se decía que la joven Catlin era enamoradiza, demasiado enamoradiza según algunos.

¿Quién podría entender que la hija mayor de los duques de Argyll fuera a enamorarse perdidamente del ayudante de cámara de su propio padre? Todos, al menos todos los que alguna vez habían entrado en la casa de los duques.

El joven Albert había sido educado para servir al duque de Argyll. Y desde que llegó a ese hogar solo se dedicó a ello. O eso era lo que él recordaba.

Servir al duque, salvo cuando el duque no estaba y no era recomendable que Albert lo acompañase. Solo entonces pasaba largos días en la casa haciendo cualquier otra cosa.

Esta historia comienza con el amor profundo, ese que pueden sentir dos personas cuando están destinadas a estar juntos, pero, también con la tristeza de cuando hay algo roto en el interior de una de ellas y la otra mitad no puede hacer nada por sanarla.

Y a veces, haciendo un intento de arreglarlo, se puede cometer un error muy grande y perder todo lo que se tenía.

Inglaterra, 1790

Unos de los arrendatarios de los Catlin —los duques de Argyll— ya tenían un joven varón cuando la esposa de nuevo se quedó en cinta. Una verdadera desgracia.

La desdicha de los Catlin era la misma que la de los Radcliffe, sus arrendados. Unos por no poder engendrar hijos, y los otros por tenerlos y no poder alimentarlos adecuadamente. Así es que una fría noche de invierno, ocurrió algo que ninguna de las mujeres esperaba. Ni la duquesa de Argyll, ni tampoco la señora Radcliffe podrían imaginarlo.

La puerta de los Radcliffe fue aporreada a horas intempestivas. A esas horas en las que la mayoría de los mortales deberían de estar durmiendo, de no ser porque el estómago rugiera como un león hambriento. Y ese era el motivo por el que el señor Radcliffe permanecía en vela. El hambre.

Tres golpes más sonaron sobre la vieja madera roída de la puerta antes de que Albert Radcliffe llegase hasta ella decidido a averiguar quién había al otro lado.

Al abrir, un rostro no esperado se mostró ante él.

—Mi señor, ¿qué se le ofrece? ¿necesita ayuda? —Eso fue lo primero que dijo al ver allí a su arrendador, el duque de Argyll, tras sorprenderse.

Era evidente que no sabía aún cuales eran sus intenciones.

—Permíteme que me haya atrevido a venir a tu casa, a estas horas de la madrugada, y perdóname por lo que voy a pedirte. Por más que le he dado vueltas en mi cabeza, ninguna solución consigo encontrar a este desastre. —La agonía del duque se veía reflejada a través de sus ojos. También de sus palabras.

Su postura era blanda, su rostro carecía de dureza, esa que en la mayor parte del tiempo siempre reflejaba, pero sobre todo, la vergüenza era lo que más asomaba por esa puerta.

—Usted dirá, mi señor —dijo Albert con miedo a lo que pudiese escuchar de su arrendador.

El miedo, ese era el principal protagonista en aquel momento. Albert no conseguía que sus tierras dieran suficiente grano como para poder alimentar a su familia al completo, y ahora se le sumaba el nacimiento de otro hijo. Así que en ese momento en el que la noche trajo hasta su casa al duque de Argyll, por lo único que temía él era porque hubiera decidido echarlos de su hogar. Ya que el pago del arrendamiento aunque llegaba, no siempre se hacía en el tiempo acordado.

—Quiero que cuando nazca su hijo, me lo entregue —dijo sin el valor de mirarlo a los ojos.

Albert dio un paso atrás al escuchar aquello. Y con el miedo desapareciendo al completo, solo pudo cerrar los ojos antes de responder a lo que el duque de Argyll había pronunciado.

—Solo si promete arreglar nuestras vidas, sobre todo la de mi hijo William.

El duque de Argyll abrió mucho los ojos, solo que Albert no pudo verlo, pues el duque muerto de la vergüenza por lo que acababa de pedirle al campesino, todavía tenía la vista fijada

en los pies de aquel pobre hombre. Que no le pasaron desapercibidos los zapatos viejos y gastados que calzaba.

—No solo las arreglaré, sino que no tendrá que volver a preocuparse por el dinero mientras viva. Es más, sus dos hijos tendrán una educación propia de un noble. Le juro por el mismísimo Dios que no habrá diferencias entre ellos.

—Si es así, cuente con ello. En cuanto nazca será suyo. Solo habrá un problema... —dijo Albert con pena.

—Su esposa nunca lo sabrá, si es eso no debe preocuparse. Tampoco la mía conocerá nunca de donde viene el niño.

Nadie sabía lo que Linda Radcliffe albergaba en su vientre, si era niña o niño, y al duque tampoco le importaba. Él no buscaba un heredero para su título, porque en caso de que no fuera varón, los hijos de su hermano podrían heredarlo. Él solo deseaba que su mujer fuera feliz. Y así, pensando en la felicidad de una, ignoró por completo la agonía a la que se tendría que enfrentar la verdadera madre de esa criatura.

Capítulo 1

Condado de Essex

Inglaterra, 1790

Linda Radcliffe. Aquella joven mujer de tan solo treinta y dos años era la alegría hecha persona. Su jovialidad, su simpatía, su predisposición a ayudar siempre a los demás, eran solo algunas de las características de ella. También estaba su belleza, la que se acompañaba con movimientos delicados y elegantes. Demasiado elegantes para una simple campesina, pensaba todo el que la conocía. Pero no fueron sus ojos azules, ni sus cabellos dorados lo que cautivó a su esposo, fue su resiliencia, su fortaleza, y su actitud a la hora de afrontar los duros golpes que la vida le daba. Como por ejemplo el día que la madre de Linda falleció a la temprana edad de cuarenta años, y ella tuvo que ocuparse de ella misma que solo tenía doce, y también del resto de sus hermanos pequeños. Esa era Linda Radcliffe, era la mujer valiente y fuerte de la que Albert se había enamorado. Y ahora, estaba a punto de partir su alma en dos.

Linda se despertó aquella mañana de verano con el cuerpo indispuerto. Ella ya había parido a otro hijo, y conocía bien los dolores que una mujer sentía al ponerse de parto, por eso fue por lo que cuando su esposo Albert Radcliffe apareció por la puerta de su hogar, le dijo que se preparase para conocer a su próximo hijo.

Algo que no entendió Linda fue la cara de pena que se le quedó a Albert al escucharla.

—Cualquiera diría que no deseas que nazca —le recriminó.

—Jamás desearía eso —respondió él.

—Pues venga, llama al doctor, dile que ya está aquí —dijo Linda mientras preparaba paños limpios, una zafa de agua caliente, y un cesto de mimbre con varias mantitas para su bebé.

Linda no podía ni imaginarse el dolor que horas después iba a sentir. Y no iban a ser solo los propios dolores de parto. Jamás habría podido pensar lo que estaba por venir. Ella que era todo alegría la mayor parte del tiempo.

El doctor acudió al humilde hogar de los Radcliffe acompañado de Albert. Ninguno de los dos se sentía cómodo haciendo lo que estaban a punto de hacer, pero eran órdenes del duque consentidas por el padre de la criatura, y sin olvidarse que también era un bien para el resto. Sobre todo para el pequeño William Radcliffe.

—Un último empujón, Linda, uno más y podrás descansar —le dijo el doctor.

—No es descanso lo que busco, lo que quiero es verle la carita. Ver a mi bebé. Dígame que es una niña, doctor —expresó Linda repleta de júbilo.

—No falta mucho para saberlo —dijo Albert acunando a William entre sus brazos, pues el hijo mayor de ellos solo tenía diez meses.

Un grito de esfuerzo resonó en la alcoba, Linda suspiró después de escuchar el llanto de su bebé, y acto seguido, él doctor mismo llamó a una doncella para que asease a Linda.

—Deme a mi bebé, doctor, ¿es una niña o es otro niño? —preguntó Linda con poco aliento.

—Tengo que atenderle, le ocurre algo a la criatura, usted relájese —dijo el doctor mirando a Albert, quien asintió solo cerrando sus párpados con gesto de culpabilidad.

Como si aquello ya estuviera organizado, el doctor salió de la alcoba y después entró una doncella más para ayudar a Linda a tranquilizarse.

Las palabras de consuelo que tenían para ella eran tan exageradas que no conseguía comprender nada.

—¿Qué es lo que ocurre, Albert? —preguntó angustiada Linda.

—Iré a ver —dijo él, y salió de la alcoba después de depositar a su hijo William en los brazos de una de las doncellas.

Albert sabía con certeza lo que estaba pasando fuera, pero era incapaz de reconocer que acababa de vender a uno de sus hijos a los duques de Argyll, así es que hizo un teatrillo propio del momento.

Salió, observó como el doctor arropaba a su propio hijo antes de poder abrazarlo él mismo, y después esperó a ver cómo cruzaba aquel campo de trigo seco que separaba su casa con la gran casa de sus arrendadores. Con su hijo entre sus brazos. Tan solo a varios acres de distancia, pensó de inmediato.

La tarea difícil llegó después.

Cuando Albert entró de nuevo en la alcoba de Linda mandó salir a las doncellas que el doctor había llevado con él y que la atendían.

—Nuestro hijo... —No consiguió terminar la frase.

—¿Dónde está? —le preguntó Linda incorporándose a la cama.

—No está.

—Albert, trae ahora mismo a mi bebé —pronunció con los ojos repletos de lágrimas.

—Lo siento mucho mi amor.

—¡Que lo traigas te digo! —Linda gritó a su esposo haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban.

—No está, ha muerto —pronunció Albert sin poder mirar a su esposa a los ojos.

Aquellas palabras fueron las últimas que se escucharon por parte de Albert en esa casa, dejó de hablar, pues el dolor que sintió fue tan grande, que no pudo soportarlo, y antes de conseguir recuperar el valor de mirar día tras día a su esposa y culparse por haberla hecho la mujer más desdichada del mundo, la culpa lo hizo cometer una locura.

Capítulo 2

Inglaterra, 1790

En cambio, al otro lado del campo, la felicidad resonaba por todas las paredes de aquella gran casa. El duque de Argyll ya lo tenía todo preparado para la fecha, y había mandado que hubiese el servicio mínimo en los últimos días, porque como bien era sabido, cuantas menos personas supiesen un secreto, mayor guardado estaría.

Ni la duquesa misma sabía de las intenciones de su esposo, así es que cuando el doctor llegó aquella mañana con el bebé entre sus brazos y se lo entregó al duque de Argyll, él acogió al bebé en su regazo y caminó hasta el cuarto de costura que era donde se encontraba ella.

—Querida, te traigo una sorpresa —anunció al abrir la puerta con una mano y sosteniendo al bebé con la otra.

Un quejido más propio de un gato sonó en la habitación, haciendo que ella se girase de inmediato y diera un salto para ponerse en pie al ver que su esposo sostenía algo entre sus brazos.

—¿De quién es este bebé? —preguntó acercándose tímidamente.

—Nuestro —afirmó.

Primero acercó sus dedos temblorosos hasta la cara de la criatura, después abrió mucho los ojos, y más tarde sonrió dibujando en su rostro la sonrisa más curvada que jamás había puesto.

—¿Estás seguro? —le preguntó, y después le hizo otra pregunta más—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo abandonaron en la puerta de la Abadía, una de las monjas me lo entregó. Solo te voy a pedir una cosa, y es que no puedes sacarlo fuera de la propiedad hasta dentro de unos meses. Me he enterado de que la mujer de Albert Radcliffe, uno de nuestros arrendatarios, Linda, acaba de perder hoy mismo al hijo que esperaba, así que por respeto te pido que no pases con él de momento —le pidió el duque.

—¡Dios mío, qué horror! Mañana mismo iré a verla —pronunció con voz apenada al escuchar a su esposo.

La duquesa era la mujer más ingenua que nadie pudiera imaginar, tanto fue así que jamás se hizo preguntas sobre el bebé. Ella creía a su esposo, y estaba segura de que ese hijo que le había traído a su hogar había sido una decisión honorable cuanto menos. Creía en cierto modo la historia que le había contado su esposo, a veces también pensaba que lo había adoptado a personas de recursos limitados, y en otras también se le pasaba por la mente que verdaderamente podría ser hijo legítimo de George, pero cuando miraba al bebé que tenía cerca de ella, se le pasaba ese pensamiento, pues los cabellos dorados, y los ojos azules eran claros signos de que no era descendencia del duque.

Los días pasaron en la casa Argyll y tanto la duquesa como el duque compartían la felicidad

que hacía muchos años habían dejado enterrada. El duque por fin volvía a ver sonreír al gran amor de su vida, y la duquesa, sentía que la suya no había sido una vida en vano, sino una destinada a cuidar de aquel regalo que una mañana de verano llegó a ella.

Lo que nadie podía imaginar era que un buen día toda esa felicidad fuera a desaparecer, sobre todo porque en otra situación, la mala noticia solo hubiera sido una gran noticia que celebrar.

La duquesa de Argyll estaba en cinta.

¿Cómo demonios podía ocurrir aquello? Entre otras cosas, cuando lo había intentado durante largos años y jamás había sucedido.

Capítulo 3

—No puede ser —dijo el duque al enterarse de que su esposa esperaba un hijo.

—Es una gran noticia.

—Pero, ya tenemos un hijo, ¿qué haremos con otro?

—Exactamente lo mismo que con uno, George —dijo la duquesa frunciendo el ceño.

—No puede ser. Dos son demasiado.

La duquesa no lograba comprender la reacción de su esposo.

—Creo que no te estoy entendiendo —añadió Alexandra Catlin a las palabras que su marido acababa de pronunciar.

—Ya tienes un hijo. Además pasas suficiente tiempo con él como para enorgullecerte como madre —el duque se asomó por la ventana para no tener que mirarla a la cara cuando le dijera lo siguiente—, si tuvieras otro, nada de tu tiempo quedaría para mí. Definitivamente no. Ese hijo no puede nacer —sentenció.

La duquesa que en ese momento tenía a su hijo entre los brazos, lo miró intentando descubrir qué era lo que su esposo podía ver en un bebé como para negarle el nacimiento, o mejor dicho, qué era lo que no veía.

Dejó al niño en la cesta, y se dirigió a la ventana por donde el duque aún miraba atento.

—Nacerá, ya lo creo que nacerá. Dios me ha dado la oportunidad de sentir en mi cuerpo el maravilloso milagro de la vida. Tú no puedes negarme lo que el creador ha mandado —dijo Alexandra con un tono en su voz que nunca antes había sido necesario usar.

—Está bien, nacerá —se volvió el duque—, pero después elegirás a uno de ellos. Y al otro lo darás. Y esa es mi última palabra —dijo y salió de la habitación donde se encontraban, sin reunir el valor de mirarla a los ojos.

George Nicholas Catlin, duque de Argyll estaba cambiando. Todo lo que su esposa Alexandra conocía de él estaba desapareciendo. Ella se daba cuenta cada día, y todo había empezado cuando le entregó a su bebé a los brazos.

¿Por qué? Solo existía un motivo. Los celos. Los terribles celos que se sienten cuando alguien te quita lo que es tuyo. Aunque Alexandra se esforzaba por creer que su esposo no podía estar pensando así, a cada poco el duque continuaba demostrando que ese era el motivo.

La prueba de ello se hizo más fuerte aquella noche en la que el duque de Argyll le hacía el amor a su esposa en la alcoba de ambos. Que seguramente entre todos aquellos besos y signos de ese amor que se procesaban, se encargó el bebé que Alexandra llevaba en su interior.

A penas habían empezado con las caricias, los besos, y los roces propios de una noche tórrida de pasión y deseo, cuando el llanto histérico del niño alertó a la duquesa.

—No vayas, enseguida acudirá su niñera —dijo el duque mientras paseaba su lengua por el

cuello de ella.

Alexandra Catlin sentía que era ella, su madre, la que debía acudir a calmar a su bebé, pero también quería compartir con su esposo aquello que había comenzado en esa cama.

El bebé volvió a llorar intensamente, aunque ya se habían escuchado los pasos de la doncella caminando, el sonido de la puerta de las alcobas abrirse y cerrarse, y hasta incluso la dulce voz de Anna cantando mientras seguramente lo acunaba.

Aunque el cuerpo de la duquesa estaba en esa alcoba donde su esposo recorría su cuerpo, la besaba, la acariciaba, y la deseaba, su mente estaba bien lejos de estar allí con él, pues en concreto se había transportado a la alcoba de su hijo.

Porque era un niño, lo que Linda Radcliffe trajo al mundo fue un varón, un niño grande, fuerte, sano, con los cabellos del color de su madre, y con sus mismos ojos azul cielo. Y aunque ninguna de las dos conocía que el niño de los duques era el hijo de unos simples campesinos, si hubieran puesto a madre e hijo cerca, ninguna duda hubiera quedado de cuál era su procedencia.

Alexandra salió de la cama aquella noche sin pensarlo dos veces, y el duque al ver su actitud empezó a odiar a ese niño que él mismo había llevado a su hogar.

La decisión que tomó aquella noche Alexandra, marcó un antes y un después en la relación con su esposo.

Capítulo 4

Inglaterra, 1819

Eleonora Catlin desanudó el lazo de su cabeza y se dejó caer sobre su cama, exhausta por todas esas horas que había pasado delante de aquel pianoforte al que maldecía en cada ocasión que pasaba cerca.

—Cada día lo haces peor —sonó una voz masculina colándose por la rendija de la puerta que estaba entreabierta.

—Ojalá y mi madre también lo viera —respondió ella sonriendo.

—Tu madre ve lo que yo veo, y es que no te esfuerzas nada en aprender.

—Si al menos me gustase esa máquina infernal de hacer música...

—No te gusta nada —dijo él.

Eleonora se levantó de la cama para mirar a Albert a los ojos cuando le respondiera, pues quería saber cuál era su reacción.

—Sí me gusta algo —dijo ella teniendo al muchacho de frente.

Eleonora sintió de nuevo ese cosquilleo que se acomodaba en el estómago cada vez que cruzaba la mirada con Albert.

En ese momento la voz del duque resonó por la mansión de Argyll y Albert salió escaleras abajo al segundo de escuchar a su amo.

Otro intento fallido de Eleonora en decirle a Albert que estaba profundamente enamorada de él. Y con este ya eran tres, o cuatro si se contaba la ocasión en la que el joven Albert la había salvado de morir ahogada, según ella. Aunque para cualquier persona fuese una simple tormenta la que se desencadenó aquella tarde, y Albert solo tuvo que sujetarle el paraguas desde el cobertizo hasta la gran casa.

Eleonora cerró los ojos de inmediato al ver que de nuevo se le escapaba de entre sus manos la ocasión de decirle al amor de su vida todo lo que sentía por él.

Alexandra Catlin subió las escaleras para reunirse con su hija después de que Eleonora terminase sus clases de piano para darle la gran noticia.

—Hija, tengo una gran sorpresa para ti —dijo sin poder esconder la ilusión.

—¿Madre? —preguntó esperando que ella continuase.

—Daremos una fiesta en casa —le aclaró su madre.

—¿Ahora?

No había empezado todavía la temporada en Londres.

—¿Y por qué no? —inquirió su madre.

Eleonora puso los ojos en blanco, ella sabía bien que si su madre pretendía hacer algo, lo

haría. Ese era el pensamiento que ella tenía sobre lo que sucedía en su casa, que lady Alexandra Catlin, duquesa de Argyll, mandaba sobre todas las cosas. Nada más lejos de la realidad, pues era su padre el duque quien lo hacía. Porque de no haber sido así, ahora mismo habría dos niños en la mansión Argyll, en lugar de uno. Pues la decisión que se tomó aquel día fue llevada a cabo sin lugar a nada más.

—Está bien, no me gustan las fiestas, pero entiendo que si esta se celebra en mi propio hogar debo de asistir —suspiró Eleonora.

Alexandra dio un par de palmadas al aire mostrando su contento y entusiasmo, y antes de marcharse cogió a su hija por el rostro entre sus manos y añadió:

—Será una fiesta pequeña, algo íntimo.

Aquello no era una buena señal, Eleonora sabía que a su madre le encantaban las grandes celebraciones, la multitud era algo que a ella le incomodaba, pero a su madre no. Entonces fue cuando supo que algo malo estaba por llegar.

—¿A quién invitarás?

—Solo a tres familias, así podrás elegir —dijo mirando a los ojos de Eleonora.

El terror se instaló en el pequeño cuerpo de la joven Eleonora en el momento en que su madre pronunció la palabra elegir. ¿Elegir? Elegir, sí, lo había dicho.

—Madre, no entiendo. No quiero elegir nada.

—Por el momento empieza por elegir el vestido de esta noche.

—¿Esta noche?

No hubo respuesta, nada más se dijo.

Alexandra bajó las escaleras con la tranquilidad que la caracterizaba, y Eleonora se quedó petrificada en la puerta de su alcoba digiriendo todo lo que acababa de ocurrir en escasos minutos.

Se encerró en su alcoba, y aunque se suponía que lo que debía de empezar a hacer era elegir el vestido con el que deslumbraría en la noche a los invitados, y también a su supuesto prometido, como su madre había dado a entender, a ella lo único que se le pasaba por la mente era salir de allí.

Minutos después de haber llorado con rabia tras pensar en los inconvenientes de decirle a su madre cuales eran sus verdaderos deseos a la hora de contraer matrimonio, salió de la gran casa, y adentrándose a las caballerizas, montó sobre uno de los caballos ensillados que se encontraba en el lugar, y al grito de *arre*, galopó con prisa hasta la casa de su mejor amigo, William Radcliffe, barón de Newcastle.

Capítulo 5

Inglaterra, 1790

El día que se encontraron ahorcado al señor Albert Radcliffe, todo apuntaba a que iba a ser una de esas fechas señaladas en el calendario. La noche era más oscura de lo habitual, quizá también por culpa de las nubes que se agolpaban en los cielos, y que amenazaban dispuestas a derramar toda la carga que en su interior guardaban.

Tres truenos seguidos, y el último el más sonoro de todos, y el que hizo que Linda Radcliffe se despertase de sopetón de la cama y se diese cuenta de que su marido no la acompañaba en la noche.

El silencio dejó de ser el protagonista cuando el hijo de los Radcliffe, asustado por ese último trueno que hizo incluso que las ventanas de la casa temblasen, comenzó a llorar con desespero.

Linda se levantó para tranquilizarlo, porque aunque acababa de perder un hijo hacía tres meses, ella nunca abandonó a William. Así es que se acercó hasta el pequeño, lo acunó en su regazo, le cantó como siempre lo hacía, y lo sacó del dormitorio paseando por el porche exterior. Era otoño, el buen tiempo acompañaba para salir a fuera, y cuando fue a abrir la puerta, es cuando se dio cuenta de que esta se encontraba ya abierta.

Rápidamente regresó sobre sus pasos y dejó a William en el cesto en el interior de la casa, y después se dispuso a asomarse para ver si su esposo tal vez se encontraba disfrutando de esa extraña noche de otoño, que aunque con relámpagos y truenos, las tormentas en esa época del año le gustaban tanto como a ella.

Lo llamó en un par de ocasiones, pero no obtuvo respuesta alguna, así es que dejó la puerta atrancada con un tronco que había cerca en el porche, y caminó por el exterior para buscar a su esposo. Y ojalá no lo hubiese encontrado, pensó después, porque lo que vio no conseguiría borrarla jamás de su memoria.

Su marido, el hombre con el que había compartido la mayor parte de su vida, el hombre que la había hecho la mujer más feliz del mundo, el que le había dado lo mejor de la vida, su hijo, colgaba de una cuerda sobre una robusta rama de uno de los árboles de aquel terreno.

Estaba sola, sola allí en mitad de la noche, debatiéndose entre correr hasta el cuerpo de Albert, o regresar junto a su hijo al interior de la casa. Y con gran dolor en su corazón, tuvo que abandonar la visión espeluznante para volver con William.

Cogió al pequeño entre sus brazos, lo arropó con una fina mantita que había en la cesta donde lo había dejado antes, y corrió con él en brazos hasta llegar a la única casa que tenía cerca, la casa de los arrendadores. La casa de los duques de Argyll.

Al llegar hasta la enorme puerta, se secó las lágrimas que inundaban su rostro, y golpeó con recelo la madera, a la misma vez que gritaba para que alguien saliera lo más rápido posible a su encuentro.

La primera persona a la que vio fue al señor Hedrik, un rostro reconocible para Linda, y al que le pidió ayuda para que sostuviese a su pequeño, pues ella estaba a punto de caer al suelo desfallecida de un momento a otro. Y así fue.

Cuando volvió a abrir los ojos, los duques de Argyll estaban junto a ella, en el gran salón. También una doncella que sostenía a William entre sus rechonchos brazos. Y fue entonces cuando Linda consiguió decir:

—Mi esposo, mi esposo se ha quitado la vida —pronunció con un suave hilo de voz mirando al duque a los ojos.

Un grito por parte de la duquesa se escuchó al momento de oírla decir aquello.

—¿Dónde ha ocurrido? —preguntó el duque.

—Aún cuelga del árbol —dijo Linda señalando en la dirección en la que Albert se encontraba, y después comenzó a llorar de nuevo.

El duque salió de allí, se dirigió a Hedrik para ordenarle que fuese a descolgar a Albert antes de llevar a Linda de nuevo a su hogar. Más tarde se encargarían de llamar a las autoridades, pero según el duque, Linda debía regresar con apremio a su casa. Y aunque a su esposa Alexandra no le pareciera lo más correcto, eso era lo que iba a pasar, porque una cosa el duque tenía clara, y es que aquella mujer, viuda o no, no podía permanecer por más tiempo en esa casa en la que se encontraba. Porque cuanto más tiempo pasaba, más probabilidades había de que escuchase el llanto del niño que había llegado meses atrás.

Capítulo 6

Inglaterra, 1790

Dos semanas. Eso era lo que había permanecido Linda Radcliffe en su antiguo hogar junto a su hijo después de que su marido se suicidase. Y no era porque estar allí le recordase a Albert, no. El motivo fue que el bueno del duque les consiguió una casa más grande al otro lado de sus tierras para que no tuviera que ver nunca más el maldito árbol donde él se había quitado la vida. Y hasta incluso les puso doncella, mayordomo, cocinera, cochero, y se encargó de la educación del pequeño, sin olvidarse de Linda, porque le asignó una gran paga vitalicia a la viuda de Albert Radcliffe. Y si no tenía suficiente la viuda con todas las molestias que George, el duque de Argyll se había tomado con su familia, también nombró a William Radcliffe barón de Newcastle, por la gracia divina del rey Jorge III, buen amigo del duque desde que este le fuera de gran ayuda en los disturbios violentos que ocasionó George Gordon en 1780.

Generoso y desinteresado, pensó Linda, porque ella no sabía nada de aquel acuerdo que su esposo había hecho con el duque. Y aunque Albert había muerto, y nadie más sabía de aquel trato, el duque era un hombre de palabra y jamás se le hubiera pasado por la cabeza dejar a aquella familia sin sustento.

La duquesa comenzó a visitar a Linda a los pocos meses del suceso. Acudía a la nueva casa día sí y día también, y cuando hubo pasado medio año después de lo ocurrido, aquellas dos mujeres ya eran buenas amigas. Tanto que las reuniones entre ellas, habían pasado de ser visitas concertadas a visitas inesperadas. Ya que cualquiera de las dos podía aparecer en su hogar sin ser invitada. El pequeño barón de Newcastle era el consentido de la duquesa, quizá porque se parecía mucho a ese hijo del que tuvo que renegar.

Pero había un problema. ¿Cuál problema? Era evidente. El niño que revoloteaba por casa de los duques de Argyll despertaba demasiado interés en Linda. Y si no hubiera sido porque el duque ya había instruido a su esposa en todo lo que ella debía decir sobre él, cualquiera hubiera pensado que ese niño era el hijo supuestamente muerto de Linda Radcliffe.

El pequeño era grande, y por eso se podían permitir decir que tenía la misma edad que William el hijo de Linda, o incluso mayor que él. A medida que crecía, los rasgos de su rostro iban endureciéndose y a la vez perdiendo ese gran parecido con su madre, aunque sus cabellos y ojos eran idénticos a los de ella. Con respecto a su procedencia, contaban a quién les preguntara que este era el hijo de una doncella que había servido en el pasado en la casa de los duques, que tuvo que viajar a Francia para cuidar de su tía enferma, y con tan mala suerte terminó muriendo allí. ¿Del padre? No se sabía nada, la doncella nunca dijo quién era el padre. Y aunque el pequeño tenía casi un año, y su madre le había puesto un nombre, los duques al saber que serían su única familia, decidieron cambiárselo. George, ese era su nombre, y más tarde Albert George. Ese nombre fue el que eligió Alexandra y añadió delante del ya puesto en honor al esposo fallecido de su buena amiga Linda.

Aquella historia era la misma todo el tiempo.

Porque no nos olvidemos que el pequeño Albert George, fue sin duda un niño muy deseado por la duquesa y el duque, hasta que ella se quedara en cinta y su esposo decidiese que uno de los dos niños debía abandonar el hogar. ¿Qué podía hacer Alexandra? ¿Cuál era la decisión correcta a tomar? Ninguna. Hiciese lo que hiciese iba a sentirse de la misma forma. Mal, muy mal por dejar a uno de los dos sin el afecto de una madre. Así es que consiguió que aunque no como hijo, al menos como persona de servicio, Albert George, se quedara en aquella casa.

Alexandra tuvo que jurar colocando su mano sobre la sagrada biblia familiar, que ningún trato de favor tendría el joven Albert por parte de ella, y en ningún caso lo que fuese que naciera del vientre de Alexandra Catlin, ya fuese niña o niño, jamás tendría relación alguna con Albert George. Pero como bien es sabido, basta con prohibirlo y terminará ocurriendo. Y eso fue lo que pasó, que la joven Eleonora —porque eso fue lo que nació del vientre de Alexandra, una niña preciosa—, no estaba de acuerdo con sus padres en eso de que no podía hablar con el joven Albert. ¿Cómo puede alguien prohibirle a una niña que no le dirija la palabra a otro niño? Y ahí empezó a crecer y a crecer el interés de ella por él, hasta estos días, en los que Eleonora Catlin, hija de los duques de Argyll, cree sentir el amor más intenso que ningún ser humano puede sentir por otro ser. En concreto, por Albert George.

Albert fue criado en la misma casa. No fue alejado de Eleonora hasta que ella cumplió su primer año de edad. Ese mismo día en el que se celebraba el primer aniversario de la niña, el pequeño Albert fue mandado a la casa de servicio, donde las criadas que servían a los duques se seguirían encargando de cuidarlo.

El tiempo fue pasando, y a medida que el cuerpo de la joven crecía, también lo hacía su interés por saber quién era el muchacho que ocupaba la casa del servicio. Lo había visto en múltiples ocasiones recolectar el campo, cargar sacos de maíz, y también acompañar a las criadas a la compra, y por más que preguntaba a su madre sobre él, la respuesta siempre era la misma todas las veces.

«El hijo de una pobre mujer que murió casi a la misma vez que se separaba de él. Una desgracia para ella y sin duda también para el joven».

Aunque aquella frase le decía a Eleonora que la madre de Albert había muerto, también valía para contar la verdad de lo que ocurrió, porque Alexandra Catlin, duquesa de Argyll no volvió a ser la misma desde que tuvo que renunciar al pequeño. Y aunque la felicidad de tener una hija sacada de ella misma existía, no era suficiente como para tapar la culpa por haber abandonado a Albert.

Capítulo 7

Inglaterra, 1819

Desde el principio de sus días, Eleonora Catlin creció junto al bueno de William Radcliffe. Un niño honesto, risueño, soñador, algo despistado, y sin demasiados problemas. Bueno, eso siempre que se encontrase fuera de su casa, porque de estarlo, podría describirse como un chico mentiroso, aunque lo hiciera para agradar siempre a su madre. Lo de risueño y despistado se transformaría en miedoso y serio, ya que el exceso de alegría en esa casa no era bien recibida. Y en cuanto a los problemas, allí estaban todos sus problemas, en el interior de su hogar, entre aquellas cuatro paredes. Linda Radcliffe era el verdugo del pobre William. A pesar de sentir que lo amaba con todas sus fuerzas, había algo en ella que también le decía que de no ser por él, yacería junto a su hijo y su esposo, que era lo que de verdad deseaba.

Exacto, William había crecido sabiendo que su familia estaba incompleta. Desde pequeñito antes de acostarse, Linda rezaba cada noche a los pies de su cama junto a su hijo, y le pedían al misericordioso que cuidase del pequeño que se llevó aquel día, y de Albert Radcliffe. No era pecado en esa casa hablar de los muertos, puesto que no se hablaba de otra cosa. Hasta cuando la visita de la duquesa de Argyll ocupaba el salón del té, el tema siempre solía ser el mismo, por eso fue por lo que la pequeña Eleonora y William se hicieron grandes amigos. Pues en cada visita ambos se escabullían del lado de sus madres y corrían y jugaban afuera en los campos.

Eleonora llegó a casa de su amigo con ansiedad. Le costaba respirar con normalidad, y después de golpear con ambos puños la puerta, se sentó en el suelo a esperar a que abriesen. Casi con total seguridad sabía que era su amigo el que correría hasta llegar a la puerta para abrirle.

Cuando eso ocurrió, William miró a su amiga extrañado al verla a aquellas horas tempranas en la puerta de su casa. Acostumbraban a verse mucho más tarde, como después del almuerzo.

—¿Qué te pasa? —dijo William al ver que respiraba con dificultad— ¿Has venido galopando?

Eleonora asintió guardando el aliento para devolver a su corazón el ritmo adecuado.

—Algo grave a debido de ocurrir para que subas a lomos de un caballo.

—Ni lo pensé, imagínatelo.

El joven salió de la casa con cuidado, sujetando la puerta para que esta no hiciese ruido al cerrarse, y después agarró a su amiga del brazo para retirarse un poco de la entrada.

Su madre tenía la manía de sugerirle cada vez que le veía con Eleonora que aquel sería un buen partido para él. Y para William, aunque le gustaba su amiga desde siempre, le parecía que ese tipo de conversaciones estaban fuera de lugar, pues solo se referían a ella como un filón a la hora del matrimonio.

—Mi madre dará una fiesta esta noche —dijo Eleonora recuperando el ritmo de su

respiración.

—Ele, que no te gusten las fiestas no es motivo para hacer un numerito. Cenarás, disfrutarás de la compañía de alguien aburrido y después tendrás algún cotilleo nuevo que contarme. O muchos, como la última cena a la que no quisiste ir, y después resultó ser más interesante que quedarse encerrada toda la tarde en tu alcoba —le restó importancia William.

—No. No será igual que cuando me enteré de que a las gemelas Hanover las habían visto besarse con el mismo hombre —recordó el momento y abrió mucho los ojos—. Esto es diferente, William. Mi madre me ha dicho que debo elegir —dijo ella.

William la miró con los ojos entrecerrados, esperando que le diese más información.

—Elegir... —La alentó a que continuase hablando.

—Elegir un marido entre algún caballero de esas familias bien avenidas que mi madre considera.

—Pero si no es aún la temporada —dijo William extrañado.

—Eso mismo he pensado yo, pero parece que mi madre tiene prisa por perderme de vista.

—Bueno, seguro que entre todos los asistentes a tu casa hay algún pretendiente que te sirve. —William quiso sonar divertido restando importancia a la noche.

—Ya sabes que no. Mi corazón pertenece solo a un hombre —dijo Eleonora colocando su mano en el pecho, y haciendo un movimiento exagerado al respirar.

—Creo que a tus padres no les gusta tu elección.

—Ellos no entienden de amor, no creo que nunca hayan estado enamorados, solo hay que verlos, uno pasa todo el día en su despacho o de viaje, y ella solo se preocupa en buscar un marido a su hija. ¿Dónde están esas parejas enamoradas, felices, cariñosas, que yo leo en mis libros?

—Ahí, en tus libros —respondió William golpeando con dos dedos la cabeza de Eleonora.

—¿Nos vamos? —preguntó ella y le guiñó un ojo a su amigo.

—¿Ahora? —William la miró extrañado.

—¿Y por qué no?

—Está bien, vayamos, pero creo que la temperatura ha bajado desde la semana pasada.

A Eleonora le dio la risa, y salió corriendo por el campo hasta llegar al arroyo que compartían ambas propiedades. Era una especie de charco gigante, rodeado por árboles y piedras como de río, y el acceso era tan fácil como complicado. Porque para entrar solo tenías que dejarte caer poco a poco desde la orilla, pero a la hora de salir, tenías que hacer un tremendo esfuerzo en agarrarte a alguna rama de árbol para lograr hacerlo. Bueno, eso, o que tu amigo estirase de un brazo tuyo como solía ocurrir todas las veces.

William Radcliffe estaba en forma. Sus piernas no eran demasiado fuertes, pero sus brazos eran el triple. Todo se lo debía a esos troncos que cortaba casi a diario para hacer leña para la chimenea. Esa era su labor en su hogar, cortar leños. Bueno, y continuar cuidando de su madre, vigilando que no cometiera errores como él solía llamarlos. Porque no era raro que Linda Radcliffe, o se quemase con el fuego en las cocinas, o resbalase en las tinas cuando disfrutaba de baños, o incluso se olvidase de comer por largos días. William tenía que estar pendiente de ella siempre. Siempre que no estuviese con Eleonora, porque cuando estaba en su compañía se olvidaba de todo lo demás, incluso de lo más importante, que jamás podría tenerla como él deseaba.

—No mires —dijo Eleonora.

—Ni se me ocurriría, deseo seguir durmiendo sin pesadillas por el resto de mi vida —respondió él.

—¿No me encuentras hermosa, William? —preguntó Eleonora sorprendiendo al joven.

—Sabes bien que sí.

—No, no lo sé, jamás me lo has dicho.

—¿Acaso ahora buscas cumplidos?

—De eso nada, pero me gusta escucharlos.

William tímido, miró de reojo a Eleonora, que ya se encontraba medio desnuda, y siguió hablando.

—¿Estás coqueteando conmigo, señorita Catlin? —William estaba contrariado, pues jamás había tenido una conversación como aquella con su amiga.

A William le gustaba estar acompañado de ella siempre, y rara era la vez que el tema de sus conversaciones hablaba de ellos, de ellos dos en concreto. Casi siempre era de ella, de lo que deseaban sus padres para ella, de Albert el mayordomo de cámara de su padre, de los deseos de Eleonora por Albert, de lo simpático que era Albert, de las miradas que le ofrecía Albert, pero nunca se hablaba de ellos.

William seguía mirando a su amiga, de hecho, miraba más allá de lo que nunca se había atrevido a mirar. Un cuerpo, su cuerpo casi desnudo. El cuerpo de la mujer a la que amaba casi desnudo.

Empezó a sentir todo tipo de sensaciones, y a la misma vez, su cuerpo reaccionó a ellas. Era algo así a los nervios que sentía cuando Eleonora rozaba su mano sin darse cuenta, o cuando le daba algún beso en la mejilla porque estaba muy muy contenta. Aquellas eran unas sensaciones que él no podía controlar.

De repente, Eleonora se giró para mirar a su amigo antes de deshacerse de las ropas que aún cubrían su cuerpo.

Se quedó mirando al pobre William, que en ese instante estaba a punto de palidecer, y continuó hablándole.

—¿Y si esto fuera un coqueteo? ¿Sería deshonesto? —Eleonora le preguntó aquello, y al joven William se le disparó el corazón.

Solo alcanzó para hacer un leve movimiento con su cabeza. Algo así como una negación sin mucha visibilidad. William en lo único que pensaba era en no desplomarse debido a ese ritmo tan vertiginoso con el que estaba galopando su corazón.

Movió un pie, después el otro y volvió a detenerse. No estaba tan lejos de Eleonora Catlin, aunque para él la sentía como si la distancia fuera de algunos acres. Después a Eleonora se le dibujó una sonrisa en su rostro, una tímida sonrisa que le dio fuerzas al joven para seguir avanzando hasta ella.

Una cosa estaba clara. William Radcliffe no iba a perder la oportunidad de tener en su memoria aquel recuerdo maravilloso que parecía presentarse ante él durante el resto de su vida.

William estaba cerca, muy cerca, tan cerca que podía escuchar el sonido de la respiración de su amiga. Y no respiraba calmada, ella también estaba nerviosa.

—Y bien, ¿por qué coquetea conmigo? ¿Debo entender que está ensayando para cuando lo

haga con alguno de esos caballeros de esta noche? —William intentó sonar burlesco, aunque su pulso aún seguía desbocado.

Eleonora como respuesta solo acercó su rostro al de su buen amigo William.

Y lo besó.

Capítulo 8

Había besado al hombre que estaba perdidamente enamorado de ella, solo que ella no lo sabía. Pero, ¿cuál era el motivo de ese beso? ¿Era un ensayo como William le dijo, era un deseo que se acababa de despertar en ella en ese momento? ¿Qué quería decir eso?

Como respuesta, algo sucedió.

—No juegues conmigo, Eleonora. Puedo parecerte un amigo, y yo lo aceptaré siempre, pero no puedes besarme sin esperar a que un hombre como yo no reaccione al beso.

William era bueno, de lo mejor que se podría encontrar entre los hombres de su edad en toda Inglaterra. Pero no era un hombre frío, él tenía sentimientos, y justo esos sentimientos iban todos dirigidos a Eleonora.

—Reacciona —dijo ella.

La mirada de Eleonora en ese momento en el que miraba a William era diferente a todas esas miradas que siempre le había dedicado a su amigo William.

¿Era el deseo?

Quizá fuese el deseo, ese deseo que estaba haciendo que esos dos buenos amigos se besaran con fuerza, que sus manos recorrieran sus cuerpos, que se ayudasen a quitar las ropas que evitaban que pudieran sentirse al completo.

—William yo nunca... —dijo Eleonora sin dejar de besarle.

—Yo tampoco...

Aquella mañana antes de la hora del almuerzo, Eleonora Catlin y William Radcliffe mantuvieron sus cuerpos tan pegados como para poder confundirlos en uno solo.

Tanto calor llegaron a sentir, que cuando terminaron de darse placer el uno al otro, decidieron entrar al agua. Y al hacerlo ninguna queja por la temperatura del agua se escuchó por parte de ninguno de los dos.

—¿Has pensado qué te ocurriría si nos encontrasen aquí a los dos, metidos en el agua, sin ropas? —preguntó él.

—Tendrías que casarte conmigo.

De pronto, ruidos de ramas moviéndose alertaron a los dos jóvenes que aun seguían sumergidos en las aguas.

William comenzó a escalar el tronco de un árbol que tenía sus raíces casi en el agua para salir de allí rápido, cuando resbaló y volvió al agua de golpe.

—¿Qué haces? Parece que quieres matarte —dijo Eleonora.

—Probablemente —dijo en voz baja, aunque su intención era solo pensarlo y no pronunciarlo.

William se acababa de dar cuenta de que solo tendría a la mujer de sus sueños si alguien los viera juntos en una situación comprometida, y eso no era lo que él quería. Si Eleonora terminaba casándose con él, que era casi imposible, por poner un caso delante de la verdadera respuesta, sería solo porque ella lo amara como él a ella. Así es que corrió para salir de esa escena al escuchar los sonidos de alerta.

—¡William! —le regañó ella al escucharle.

—¿Es que prefieres casarte conmigo? Es lo que intento evitar, que nos vean juntos en esta situación.

William estaba ya fuera del agua, y caminaba hasta donde se encontraban sus ropas.

Eleonora no podía apartar la vista de su cuerpo, porque aunque estaba de espaldas, aquel hombre tenía una espalda ancha, fuerte, y especial para abrazarla, que era justo lo que había hecho durante todo el tiempo mientras estaba entre sus brazos.

Finalmente, el ruido resultó ser de un conejillo que correteaba por en medio de los arbustos cercanos a ellos, pero Eleonora también estaba decidida a salir del agua como William ya había hecho.

—¿Me ayudas a salir? —No respondió a su pregunta, porque de hacerlo, ambos sabían cuáles serían sus palabras. Eleonora estaba enamorada de Albert, y eso no podía cambiar solo por lo que había sucedido entre ellos, y ambos coincidían en pensamiento.

William le ofreció la mano como siempre hacía, pero con una diferencia abismal si lo comparaban con las otras ocasiones. Esta vez Eleonora estaba completamente desnuda.

Cuando el joven le dio la mano, y ella comenzó a salir del agua, los ojos de él se clavaron de inmediato en los pechos de ella. Redondos, firmes, blanquinosos, sugerentes, con los pezones erectos debido al agua fría.

William tuvo que coger aire de forma profunda para tratar de contenerse. Porque de ser por él hubiera tirado de ella y le hubiera vuelto a hacer el amor de nuevo, pues su miembro volvía a estar preparado.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó ella.

¿De verdad le estaba haciendo esa pregunta? ¿Era un juego para volverlo loco? Pensó William.

—Eres preciosa, Eleonora, y cualquier hombre desearía ser tu esposo.

Dio un pequeño estirón agarrándola por el antebrazo con su otra mano, y la sacó de las aguas en un santiamén.

—Eso espero —dijo ella caminando a por sus ropas.

Pero antes de que estuviera completamente vestida, William la agarró por la cintura cuando ella estaba de espaldas, y la apretó junto a su cuerpo, olfateó el aroma de su cabello, y después con una mano apartó su melena castaña que caía por un lado de su cuello, y besó con calma su piel.

—William, William, si no te detienes esto se complicará —dijo Eleonora.

—Que se complique, que se complique todo lo que quiera.

Eleonora se volvió de cara a él, y agarró su rostro entre sus manos.

William era un hombre guapo, con su mentón pronunciado, su nariz grande, el color de sus ojos verdes, y sus cabellos color castaño, era la viva imagen de su padre, como muchos decían

cuando lo veían. En definitiva, era un hombre apuesto, lo único que le faltaba era venir de una familia noble, que ostentase tierras, y una buena fortuna para poder mantener la vida de una familia sin penurias. Eso era lo que siempre le repetía Alexandra Catlin en cada ocasión que podía. Que un simple título de barón no era suficiente.

—Te deseo, William Radcliffe —dijo Eleonora, y eso le bastó al joven.

Le levantó las enaguas del vestido, le retiró la ropa interior con apremio, y la tumbó sobre la hierba para después colocarse sobre ella.

La segunda vez que ocurría eso en el mismo día, y casi en una misma hora.

El disfrute de los cuerpos moviéndose al mismo compás era en lo que pensaban. Solo en el placer que sentían, y en el que sentirían cuando esa explosión que antes habían percibido se volviese a producir. Era como veneno, droga para ellos.

Al terminar, esta vez, continuaron besando sus labios. Quizá la vergüenza de antes ya había desaparecido, y ahora quedaba solo la necesidad de ellos.

—Debo de regresar a casa —dijo Eleonora.

—Yo también, me fui sin avisar —sonó preocupado.

—Ya te contaré qué tal va la cena de esta noche.

—Esperaré impaciente.

—Está bien —dijo Eleonora.

—Está bien —repitió William.

Se separaron a pocos pasos del lugar donde había ocurrido aquello que fuese que había pasado entre esos dos buenos amigos, y se dirigieron cada uno a su hogar.

Capítulo 9

Eleonora ya se había vestido y estaba preparada para la gran fiesta de la que su madre la duquesa de Argyll no dejaba de hablar.

La campanilla de la puerta sonó, y ella giró el rostro levemente para mirar de reojo quienes eran esos invitados con los que compartiría la noche.

¿Sorpresa? Vaya que sí. Primero entraron los condes de Vermont, acompañados como no de sus hijos mellizos. Todos sabían que los mellizos de Vermont eran seres irracionales, con una inquietante curiosidad por los cadáveres de animales, y si era posible, por los cadáveres de animales muertos recientemente.

Después atravesó el *hall* la familia Peintbury, los menos agraciados de toda Londres, y lo más seguro estarían entre los diez del mundo entero. La madre y el padre de Josh Peintbury poseían la nariz más torcida de todo el reino, y nadie podía entender como todos esos dientes habían podido crecer en esas bocas tan pequeñas. Del resto de sus rostros no se hablaba ya por respeto. Pero siempre, siempre, había una silla vacía en la mesa frente a cada miembro de esa familia. Toda una coincidencia. ¿O es que a alguien le gusta comer con un rostro tan horripilante frente a su plato?

Los Fryworth no eran demasiado comentados entre la sociedad, o al menos Eleonora no había escuchado mucho sobre ellos, pero sabía a ciencia cierta que esa familia estaba allí para hacer bulto que solía decirse, porque a su madre no le caía muy bien la señora Paterson Fryworth. ¿Que por qué la invitaban? Seguramente para disimular.

El asombro llegó después.

Acababan de cruzar el hall de la casa de los duques de Argyll la señora Linda Radcliffe, viuda de Albert Radcliffe, acompañada de su hijo William Radcliffe, barón de Newcastle.

¿Cómo era posible eso?

Se conocía que la señora Radcliffe era muy buena amiga de la duquesa, ¿pero hasta tal punto de invitarla a una fiesta que daba en su casa, y que invitaría también a parte de la nobleza británica? Tal vez.

También cabía la posibilidad de que todo lo hiciera por mero interés, que aunque no era una mujer que se moviese por el único beneficio de lo suyo, aquí había mucho en juego, pues el matrimonio de Eleonora era algo importante para ella.

¿William Radcliffe? ¿Por qué él estaba aquí?

Esa sí que fue una pregunta que Alexandra Catlin se hizo. Aunque quedó resuelta en cuanto su buena amiga llegó hasta ella.

Hizo una leve reverencia, y después:

—Espero que no le importe que mi hijo me haya acompañado, estas fiestas están algo fuera

de lo habitual para mí, y con él a mi lado me sentiría mucho mejor —dijo Linda tomando un tono formal a la hora de dirigirse a su amiga.

—Haz el favor de llamarme Alexandra, te he invitado para que compartas una noche especial conmigo. O mejor dicho para compartirla yo contigo. Eleonora debe de elegir esposo. Tu hijo siempre es bien recibido en mi casa.

—¿Hoy? —Se escandalizó Linda.

—¡No es tan pronto! ¿Verdad? —Primero afirmó, pero después de ver la cara de su amiga, le pidió consejo.

—No es asunto mío, pero, ¿cómo pretendes que salga de una cena con un prometido, tan rápido? Apenas le darás unas horas para que conozca, ¿a qué? ¿Dos jóvenes? Me temo que una mujer no puede enamorarse en tan poco tiempo —terminó diciendo Linda.

—No pido que se enamore. El amor se esfuma, o se termina, o te abandona. ¿No es así? Lo hemos hablado millones de veces, mi buena amiga. —Le apretó la mano.

—Repito, no es asunto mío, pero quizá con ella el amor tenga condescendencia.

La duquesa miró detenidamente a los ojos azules de su amiga, y pensó que ella quizá podía tener razón. ¿Y si el amor esta vez era benévolo? ¿Y si su hija había sido golpeada con la gracia de ser amada para siempre? En cuanto a lo que ella conocía nunca había visto ese amor tan puro. Ni su madre, ni su hermana, ni su tía, ni Linda Radcliffe a quien el marido la abandonó dejándola sola con un niño, que según la duquesa, de no haber sido por su esposo el duque, esa familia no hubiese sobrevivido, o para ejemplo más cercano, el suyo mismo. Una pareja que se ama pero que pierde el amor por culpa de los celos. Y si los celos fuesen movidos por una tercera persona adulta, aún tendría algo de sentido, pero sentir celos por un bebé indefenso al que te ves obligada a separar de tus brazos y dejar de sentir amor por él, eso era el mayor ejemplo de que el amor verdadero que une a las parejas, no existía.

El duque apareció en el gran salón donde todos los invitados charlaban animadamente entre ellos. Tras el duque, Albert George su ayudante de cámara.

A cada paso dado por el duque, Albert daba uno detrás de él. Tanto fue así que cuando el duque se detuvo para dejar pasar a una de las sirvientas ataviada con una bandeja que portaba bebidas, Albert despistado, pisó el talón de su amo sin darse cuenta.

—Hagamos algo —dijo el duque levemente enfadado—, esta noche tienes la noche libre para que hagas lo que desees. No es necesario que me sirvas.

Su mujer que pasaba cerca en ese momento, se quedó mirando a su esposo con la mirada penosa, como siempre que se cruzaba con él cuando tenía a Albert cerca.

—Querida —la detuvo—, ¿qué te parecería si Albert hoy se sienta a la mesa con nosotros? Como invitado.

—No veo el problema —respondió sin mostrar su verdadera expresión.

Júbilo. Era eso lo que ella sentía, aunque no sabía bien por qué, porque lo más probable fuese que lo sentase a su lado, para servirle todo el tiempo. Aun así, sintió alegría en su cuerpo.

—Ve a cambiarte de ropa, Albert —dijo el duque dejando a los dos estupefactos. Bueno si ese es tu deseo, acompañarnos en la cena.

—¿Qué desea que me ponga?

—Lo que tú quieras ponerte.

—¿Está usted seguro?

—Tan seguro como que tengo a la mujer más bonita del mundo frente a mí —respondió él.

¿Se estaba arrepintiendo el duque de haber tomado aquella decisión que tomó hace más de dieciocho años? De ser así, era un poco tarde, pensó la duquesa.

Albert se dirigió escaleras arriba a su alcoba, dispuesto a cambiar la ropa de servicio por aquel traje que colgaba en su armario y que pensaba que jamás podría estrenar.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Alexandra contrariada.

—Por ti, por mí, por él.

—Por cualquiera de esas razones, llegas tarde.

—Alexandra, por favor, perdóname. Dime que quieres que haga para que vuelvas a quererme.

—Te quiero, George, claro que lo hago. Es solo que he podido ver lo que albergas en tu interior, y la oscuridad que vi hizo que me desenamorase del hombre que creía que eras.

—Sigo siendo aquel hombre.

—No. —Endureció el gesto—. Ese jamás me hubiese pedido que abandonase a un hijo —dijo cerca de su oído con cuidado de que nadie escuchase.

—¡Al final se quedó! —El duque endureció el gesto.

—¿De verdad pensabas que con tenerlo como un simple sirviente iba a ser suficiente? Eres abominable —le dijo mirándole a los ojos.

Eleonora que vio como sus padres mantenían una conversación poco relajada, se acercó a ellos para intervenir, y cuando logró que todo volviese a fluir, entonces hizo aparición Albert de nuevo en la sala.

Albert era discreto, no solía armar revuelo nunca. Claro está que era el ayudante de cámara del duque, con lo cual lo máximo que se podía esperar de él, era que bajase a las cocinas a por el desayuno de su amo, o que saliese a pedir a los cocheros que preparasen algún carro para viajar.

Alexandra, al ver a ese muchacho entrar al salón, sintió una pena terrible.

Albert George había sido su hijo, aunque solo por algunos meses, hasta que llegó el nacimiento de su hija Eleonora, y ella decidiese que una niña sería más vulnerable en un mundo gobernado por hombres. Eso fue lo que pensó para tomar la decisión a la hora de separarse de uno de los dos bebés.

El joven al servicio de cuanto desease el duque había bajado de su alcoba ataviado con un traje como cualquiera de los caballeros que iban a sentarse alrededor de esa magnífica mesa.

Eleonora al verlo sintió un pinchazo en el estómago. ¿Era él? Se preguntó.

—¿Albert? —se decidió a decir.

—El mismo —le dijo a la joven inclinando su cabeza levemente.

—Estás más guapo que nunca —interrumpió la duquesa.

Linda al ver al joven muchacho vestido como el resto se extrañó. Rápidamente fue a su amiga para preguntar a qué era debido aquello. A lo que Alexandra sin mucho que decir sobre el tema, se retiró sin responderle.

¿Qué mentira podría inventar? ¿Que a su esposo le había entrado el remordimiento casi veinte años después? No podía reconocer que el duque era un ser tan desalmado. ¿Que Albert en lugar de ser sirviente debería de ser el heredero del título de su esposo?

Daba igual lo que dijera porque iba a ser muy raro.

Llegó la hora de sentarse, y el duque pidió a su esposa que lo hiciera a su lado, y a su otro lado que fuera su hija quien tomara asiento.

La duquesa complació a su esposo, y a Albert lo relegó al lado de Linda. ¿Quién mejor para acompañar al muchacho que alguien que no juzgaría sus modales o escasos conocimientos sobre comportamiento en una mesa repleta de personas acostumbradas a la compañía de la alta sociedad?

Todo fluía con normalidad, salvo por las miradas que Eleonora dedicaba a Albert, o la insistencia de William en acaparar la atención de Eleonora.

—¿Has elegido ya? —preguntó el duque a su hija.

—No creí que esto también fuera cosa tuya, padre —respondió Eleonora sorprendida.

—Solo queremos lo mejor para ti —dijo él.

—¿Y qué hay del amor? ¿Qué hay de lo que pueda sentir? ¿No te parece que tener en cuenta mis sentimientos es lo mejor para mí?

—Si fuesen correspondidos, sí, sin dudarlos. Si además sintieses algo fuerte por un hombre de buena familia, reputación intachable, fuerte, protector, en definitiva un buen partido, eso lo convertiría en lo correcto. Jamás me opondría a que te casaras con un hombre así.

—Ahora entiendo por qué vosotros no sois felices, ¿alguna vez lo fuisteis?

El duque levantó la mirada del plato de sopa que acababan de servir para la cena cuando su hija le hizo esa pregunta, y mirándola a los ojos le respondió con la voz temblorosa.

—Lo fuimos, y lo estropeé, tanto que no hay arreglo. Por eso sé que da igual el amor que creas sentir por nadie, porque estoy seguro de que en algún momento de tu vida, te defraudará.

—¿Entonces?

—Entonces debes de elegir con la cabeza, y no con el corazón.

—Me das la razón. Fuiste feliz. Aunque no durase para siempre, así es que yo me niego a no conocer la felicidad, aunque solo durase un día, padre.

El duque miró a su hija asimilando lo que acababa de decir, y tanto tiempo la observó, que pudo ver en sus ojos que ese amor del que hablaba, ya lo había experimentado. Es más, se encontraba en aquella mesa sentado con todos.

—¡Él no! —le dijo tomándola por la barbilla con fuerza y obligándola a mirarlo a la cara en lugar de a Albert.

—¿Qué está pasando? —preguntó la madre de Eleonora.

—Tu hija se ha encaprichado de Albert.

Alexandra Catlin duquesa de Argyll retiró su silla con furia al levantarse, y agarró al joven muchacho nada más escuchar el susurro de su esposo.

—Ven conmigo —le dijo a Albert sacándolo del salón.

Linda al ver las formas en las que su amiga sacaba a Albert, salió de inmediato tras ellos a detener lo que fuera que estaba ocurriendo en aquella cena.

—Linda, ahora no —dijo la duquesa a su amiga al verla aparecer.

Albert continuaba sin entender nada de lo que pasaba. Por alguna extraña razón esa noche había pasado de ser un simple ayudante de cámara, a ser un invitado más de los duques, y ahora mientras disfrutaba de una rica cena sin hablar con nadie, salvo con Linda, aquella señora tan amable que había visto durante toda su vida visitar a la duquesa. Lo acababan de arrastrar a las

cocinas sin saber el motivo.

—Llevo toda la noche hablando con el joven Albert, y salvo que te haya molestado por equivocarse de tenedor en algún plato, o dar cortos sorbos a su cuchara mientras disfrutaba de la sopa, no ha hecho nada más.

—No es asunto tuyo, no te entrometas —le pidió la duquesa a su amiga.

—Puede que sí lo sea, pero para esa conversación estoy segura de que no debo de hablar contigo. Disculpa si soy muy dura, pero me temo que no tienes la menor idea de lo que ocurre en esta casa.

Eso dejó fuera de juego a la duquesa. Estaba perdida, no sabía por qué Linda le hablaba así, pero en ese momento lo único que quería era dirigirse a Albert y pedirle que abandonase su hogar. Pues era inconcebible que su hija terminase casada con él.

A la duquesa no le importaban tanto las diferencias sociales, pero lo que no podría soportar sería ver a los que un día fueron sus dos hijos convertidos en matrimonio. Demasiados secretos para ocultar.

Y mientras Linda se marchaba también de la casa de los duques de Argyll en compañía de su hijo William, la duquesa ajena a lo que ocurría en el gran salón, le pidió a Albert que recogiera sus cosas para irse.

Al final, ella se había convertido en el mismo monstruo que su marido. Y para cuando se dio cuenta, Albert ya había recogido sus cosas y abandonado la mansión Argyll.

Capítulo 10

Linda Radcliffe intentaba poner en orden todos esos pensamientos que quizá estaban erróneos en su mente. Porque de no ser así temía por sufrir un ataque al corazón.

¿Cómo podía ser que no se hubiera dado cuenta antes? ¿Cómo era posible que no hubiese visto nunca, en ninguna de las ocasiones que había visitado esa casa, la mancha sobre la mano que tenía Albert George? ¿Por qué había creído cada palabra de la que se suponía que era su amiga? El hijo de una sirvienta, una sirvienta que viaja al extranjero, que muere casualmente, que nada se sabe del padre de la criatura, que parece tener la misma edad...

¿Cómo había sucedido eso?

Linda Radcliffe estaba confundida. ¿Era el ayudante de cámara del duque su hijo difunto? Imposible, se repetía de nuevo. Pero entonces, esa mancha tan idéntica a la que su marido tenía en su pecho, la misma que su hijo mayor William tenía en su tobillo...

Mientras Linda se hacía preguntas casi imposibles de responder, Albert había salido de la mansión Argyll sin decir una palabra. No fue necesario. El portazo resonó en su mente como una sentencia, como si lo hubiesen expulsado no solo de aquella casa, sino del mundo entero.

Sus pasos crujían sobre la grava y las hojas caídas de los árboles rompían el silencio de la noche. El frío otoñal le mordía las manos y la cara, pero él no parecía notarlos. Apretó los labios y metió las manos en los bolsillos, bajando la cabeza. No llevaba sombrero ni guantes, nada para protegerse. El viento levantó su abrigo, sacudiéndolo como si no fuera nada. Eso fue lo que pensó el muchacho mientras caminaba, que no era nada.

Albert pronunció en voz baja, para sí mismo:
—Eso fue todo...

Dejó escapar un suspiro largo, que se convirtió en vapor en el aire helado. La calle parecía interminable, y después solo el campo delante de él se mostró. Sin destino, siguió caminando. Se sentía pequeño en aquella noche inmensa.

Pasados unos minutos, Albert se detuvo al escuchar el ruido de las ruedas de una carroza a lo lejos. El sonido crecía a medida que el vehículo se acercaba, y se mezclaba con el resonar de los cascos de los caballos sobre el empedrado. Albert alzó la cabeza y vio cómo la carroza se detenía frente a una casa elegante pero discreta, iluminada por una lámpara de gas junto a la puerta.

Él jamás había salido de la mansión de los duques si no era acompañando al duque, y jamás en aquella dirección.

Albert ocultó parte de su cuerpo detrás de un árbol, observando desde la distancia con cuidado.

La puerta de la carroza se abrió, y William fue el primero en descender, su cuerpo alto y bien abrigado con el viento que agitaba su abrigo largo no dejó duda alguna de quien era. Y

después con movimientos cuidados, tendió la mano a Linda, quien descendió con elegancia del carro. Su vestido oscuro estaba cubierto por un chal grueso que protegía sus hombros del frío. Algunas hojas sueltas danzaron a su alrededor, arrastradas por el viento.

El rostro de Albert se suavizó por un instante al verlos. Linda y William eran para él personas buenas.

Linda le dijo algo a William que Albert no logró escuchar, pero la respuesta de William sí que la oyó, y se quedó extrañado que su nombre saliera a la luz.

Cuando Linda giró ligeramente para caminar hacia la puerta, su mirada se detuvo de pronto en aquel árbol que había frente a su hogar. Frunció el ceño, intentando distinguir lo que había allí escondido.

—¿Albert? —pronunció extrañada.

Albert se movió ligeramente, dando un paso adelante. La luz del farol más cercano iluminó su rostro. Estaba pálido, cansado y algo desaliñado, con el cabello despeinado y los ojos hundidos. El viento seguía arremolinando hojas a su alrededor, como si la noche quisiera envolverlo.

—¿Qué haces aquí, Albert? —preguntó William con desconfianza.

Albert no respondió enseguida. Miró a Linda, luego a William, como si apenas pudiera sostenerles la mirada. Estaba avergonzado. No tenía donde ir.

—¿Albert? ¿Qué ha pasado?

Albert tragó saliva y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No tengo a donde ir —dijo con la voz acongojada.

La confesión fue tan simple como devastadora. El viento pareció intensificarse en ese instante, levantando más hojas alrededor de sus pies. Linda y William intercambiaron una mirada rápida; la sorpresa y la preocupación se reflejaron en sus rostros. Más en el de Linda que cada vez estaba más segura de que ese muchacho que tenía frente a ella, era su hijo.

—Escuché que la duquesa te pedía que te fueras, pero pensé que después se le pasaría. ¿Cuál es el motivo?

—Creo que ya no me necesitan. Hoy mismo el duque me pidió que no estuviera tan cerca.

Linda lo miró con una mezcla de tristeza y ternura, mientras William, más reservado, observaba la escena en silencio. Finalmente, Linda habló con suavidad.

—Ven con nosotros. No puedes quedarte aquí afuera con este frío.

Albert dudó un instante. Miró hacia el suelo, donde sus botas empujaban las hojas secas que el viento le arrojaba. Luego alzó la vista hacia Linda.

—Gracias...

Linda le sonrió con calidez, y William, aunque algo reticente, asintió ligeramente antes de girarse hacia la puerta. Linda tomó la delantera, avanzando por el camino cubierto de hojas, y Albert los siguió en silencio.

El viento seguía soplando entre los árboles, pero a su alrededor, por primera vez en toda la noche, no se sentía solo.

Al día siguiente, la señorita Eleonora Catlin llegó a la casa de Linda Radcliffe a lomos de su caballo. Desmontó con apremio, y después golpeó con fuerza la puerta de la casa.

William Radcliffe salió como siempre a averiguar quién era, y al ver a Eleonora sonrió.

—No vas a creer lo que voy a decirte. Anoche, cuando os marchasteis, que aun no entiendo muy bien a qué fue debida tanta prisa —negó rápidamente con la cabeza para centrarse en lo que quería decirle—, mi madre echó a Albert de casa. Tienes que ayudarme a encontrarle, debió volverse loca. Él vive con nosotros desde que su pobre madre falleciera en un viaje a Francia, no tiene a nadie más.

—Dime qué ves en él para que te importe tanto —dijo William.

—Te digo que no tiene donde quedarse, que seguramente haya pasado la noche a cielo raso, ¿y tú te preocupas de algo tan banal?

—No te preocupes por él. Albert está bien.

—¿Acaso estás compitiendo? ¿Es eso?

—¿Competir? —preguntó William.

—Sí, competir, lo que has oído. Estás más raro que nunca, te comportas diferente. Lamento tanto lo que sucedió en el arroyo...

—Si digo que está bien, es porque está aquí, pasó en casa la noche, lo encontramos caminando sin rumbo, hacía frío.

De pronto al escuchar su nombre, Albert que se encontraba cerca, se presentó allí mismo.

—Buenos días, lady Catlin —pronunció Albert.

—Eleonora —le corrigió—, Albert, llámame Eleonora, te lo he dicho cientos de veces.

—¿Sabes cuál es el motivo por el que me han echado de la mansión de los duques? —preguntó Albert a Eleonora.

—¿No lo sabes? —Ella sí lo sabía, pero como decirle que había sido por su culpa, que el motivo era que ella se había enamorado de él. Y que sus padres no iban a aceptar a un simple ayudante de cámara como marido para su hija.

—Solo se me pidió que me marchase, no me dijeron por qué.

—Pues no lo sé, ¿tú sospechas algo? —dijo ella al fin.

—Creo que tu padre el duque se ha cansado de tener criado.

—Es posible, es más que probable. Se hace mayor.

Aquello sonó muy ficticio por parte de Eleonora, pero antes muerta que pronunciar algo tan feo como las diferencias sociales cuando el amor estaba presente.

Linda Radcliffe salió de donde estuviera metida, y le sugirió a la joven que entrase en la casa, ella iría a averiguar el verdadero motivo por el que el joven Albert había sido despedido sin conocimiento de causa. Aunque lo que verdaderamente iba a averiguar era si Albert era su hijo como pensaba.

Albert quiso acompañarla, pero las intenciones verdaderas que tenía Linda iban más allá de conocer el motivo por el que los duques prescindían de él, así que no le dejó.

Capítulo 11

Cuando Linda Radcliffe entró aquella mañana a la mansión de los duques, y mandó verse con el propio duque, todo apuntaba a que algo malo ocurriría.

El duque trató de adoptar una expresión imperturbable al ver allí frente a él, en su despacho, a Linda Radcliffe.

—Los hombres siempre cometen errores, suelen hacer tonterías, incluso pecan aun sabiendo que es pecado, ¿es así? —dijo Linda acariciando el respaldo de la butaca que había delante de ella.

—Y las mujeres también, querida vecina.

—Digamos que una mujer —hizo una pausa—, ¿cómo decirlo? —Apretó fuerte el respaldo de la silla—. Jamás vendería a su propio hijo, incluso me temo que no se atrevería a vender tampoco a un niño que no fuera suyo.

El duque tragó saliva.

Lo sabía, ¿cómo era posible? Pensó el duque.

—Hace dieciocho años las cosas eran muy diferentes, no te atreverás a decir lo contrario —dijo el duque ladeando la cabeza.

—Eran infinitamente diferentes, tanto que mi esposo aún vivía.

—Y también pasabais hambre, mucha hambre.

—Y estoy segura de que si todo continuase igual, tendría dos hijos, y un esposo.

—O tal vez estaríais muertos de hambre.

—Lo que sé seguro es que ese bebé que parí una mañana de verano no murió al nacer, ¿cierto? —dijo Linda y se sentó en la silla que la mantenía separada del duque esperando respuesta.

—No sé de qué me hablas.

—Te ayudaré a hacer memoria. —Linda cruzó las piernas colocándose cómoda en la butaca—. Una mañana de primavera nació un bebé, rubio como su madre, y con los mismos ojos de ella, grande, fuerte, tanto como para poder decir de él que tenía casi un año más. A la madre se le dijo que había muerto, aunque aquello le partiera el alma en dos, o en tres, o se la hiciera añicos —Linda comenzó a llorar lágrimas sin descanso—. Ese niño fue entregado a una familia para servir.

—Te equivocas. No vino a esta casa para ocupar un lugar de sirviente.

—¿Reconoces que me robaste a mi hijo? —Dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—Fue entregado a esta familia para hacer feliz a mi esposa, pero tampoco se te olvide que a William se le dio un título para que ocupase un lugar entre la nobleza británica.

—Quieres decirme, que tengo dos hijos, uno es un barón y el otro es un sirviente.

—No tenía que haber sido así, pero, nació Eleonora.

Linda abrió mucho los ojos al escuchar que al nacer Eleonora su hijo fue convertido en sirviente, y entonces las lágrimas se secaron, y se puso en pie.

—¿Relegasteis al que había sido vuestro hijo a un puesto de servicio? Entiendo que privando al pequeño de todo afecto y calor de una familia... Sois monstruos —gritó.

Alexandra al escuchar el grito que provenía del despacho de su esposo, no dudó en abrir la puerta.

—¿Qué ocurre aquí, George? —le preguntó a él.

—No es nada, sal que yo lo soluciono —dijo el duque temblando de miedo de que su mujer llegase a enterarse de todo.

—Oh, ¿no lo sabe? —preguntó Linda.

—Saber qué —dijo la duquesa.

—Créeme, tu esposo es la persona más oscura que he conocido jamás.

—Tu marido también tuvo algo que ver, recuérdalo, yo no le obligué a nada —dijo el duque restándose culpa.

—Me quedo tranquila al saber que no podía vivir con lo que hizo, y por ese motivo decidió colgarse de un árbol. Fue tirano, pero no cobarde como otros.

—¿Alguien puede explicarme de qué habláis? —dijo Alexandra.

—Albert George es mi hijo, es ese hijo que nació de mis entrañas y me dijeron que había muerto, cuando lo que pasó realmente fue que te lo entregaron a ti, y como madre no supiste cuidarle. Eres una abominación de mujer. No entiendo como Dios pudo darte una hija.

—¿Eso es cierto? —Alexandra miró a su esposo.

El duque no pudo soportar la mirada de su esposa, y miró fijamente a la mesa de su escritorio.

La conversación fue escueta, pues ya se había dicho todo lo que importaba. El duque y el marido de Linda lo habían orquestado todo para que el pequeño fuera a parar a la casa de los duques, sin imaginar que al poco tiempo la duquesa tendría una niñita, fruto de su vientre.

Capítulo 12

En la casa de los Radcliffe la atmósfera estaba tensa y nadie sabía por qué. Que Linda hubiera salido hacia la casa de los duques pidiendo explicaciones sobre el joven Albert, era algo que descuadraba bastante tanto a Eleonora como a William.

A su regreso, Linda, se encontró con tres jóvenes sentados en las escaleras de mármol de la casa, y todos con los puños apoyados en sus barbillas.

—¿Qué hacéis aquí fuera? Podéis coger un resfriado —dijo Linda.

Sin poder evitarlo clavó sus ojos en el rostro de Albert.

—¿Ocurre algo, señora Radcliffe? —preguntó él.

—Linda, mi nombre es Linda.

Bien sabía Dios que le hubiese gustado decirle que la llamase mamá, pero aquello no sería fácil de entender.

La joven Eleonora se sentía en la casa de los Radcliffe mejor que en su propia casa. A ella le encantaba visitar su biblioteca, que era por cierto bastante más pequeña que la que su padre había mandado construir en su casa, y quizá fuera por eso, porque era mucho más acogedora.

Así es que cuando Linda Radcliffe los animó a todos a entrar en el hogar, ella se dirigió a la biblioteca, se sentó en un butacón de piel verde, y se colocó sobre las piernas una fina manta de hilo que parecía que la señora Radcliffe había tejido a mano.

Qué bien se estaba en esa casa, pensó.

—¿Ele?

Ella gritó un poco debido al susto.

—Perdóname, no quería asustarte. —dijo William mientras se apoyaba sobre el marco de la puerta.

—No me has asustado —mintió ella haciéndose la valiente.

—¿Por qué estás aquí? Tu biblioteca es mucho más grande que esta, seguro te debe parecer ridícula. Además, ¿no te sientes como encerrada en un espacio tan diminuto?

—¿Encerrada? No. Me gusta este sitio, diría que es mi favorito.

—Pues yo, de elegir un lugar favorito, creo que sería el arroyo.

Eleonora sonrió al recordar lo que había ocurrido en el arroyo días atrás.

—No está bien que digas eso.

William se sonrojó al escucharla. Tenía razón, estaba feo que un caballero hiciera referencia a un encuentro así, aunque las dos partes implicadas fueran ellos.

—¿Puedo preguntarte algo, Ele? —William se dirigió a un mueble donde su madre guardaba algunas copas y algo de coñac.

—Claro, eres mi mejor amigo, si tú no puedes preguntar, entonces, ¿quién lo podrá hacer?

Aquellas palabras de ella haciendo referencia a que era su mejor amigo no le sentaron demasiado bien, pero aun así prosiguió.

—En el remoto caso de que tus padres no tuviesen ningún problema en que te comprometieras con Albert? ¿qué ocurriría si él se negase?

Aquella pregunta dejó a Eleonora fuera de juego. No lo había pensado, y no era porque se creyese la mujer más perfecta del mundo, no. Simplemente no lo había pensado. Ella tenía en su mente tan idealizado todo, que no había reparado a pensar en si quizá a Albert no le gustaba.

—¿Alguien quiere comer? —preguntó Linda de pronto.

—Yo —dijo Eleonora—. Hoy solo he desayunado una vez.

—¿Una vez? —dijo al escucharla William.

—De normal suele hacerlo dos, incluso alguna que otra vez han sido tres —dijo Albert acercándose a donde se encontraban todos.

—La cocinera ha hecho galletas —anunció Linda mirando a sus dos hijos alternando los ojos sin descanso.

—¿Están buenas? —quiso saber Albert.

—Pues no sé qué es lo que tienen, pero están ricas.

—Mantequilla, una gran cantidad de mantequilla —dijo Linda.

—Está bien, pues desayunemos de nuevo. ¿Y después qué haremos? ¿Os apetece daros un baño en el arroyo? —preguntó William.

—¿Cómo dices? De ninguna manera iréis dos hombres y una señorita a daros un baño a ningún arroyo.

Menos mal que Linda no sabía que su hijo y Eleonora hacían eso al menos una vez por semana. De ser así se le habría parado el corazón, y más después de conocer que los padres de la joven Eleonora habían sido los culpables, junto con su esposo de que su hijo pequeño hubiese crecido sin ella.

Durante todo el día Eleonora había intentado tener contacto visual con Albert, pero la presencia de William parecía no dejar al joven Albert ser el mismo.

Así es que cuando William acompañó un momento a su madre, y pudieron quedarse a solas, no dudó en preguntarle si le ocurría algo con ella.

—¿Te sucede algo conmigo?

—Nada.

—Estás, estás diferente —dijo finalmente.

—Quizá sea porque todo es diferente —respondió él.

—Pero aquí nadie te dice lo que debes hacer, imagino que es mejor que antes.

—¿Si fueses tú estarías feliz?

—No veo porque no.

—Porque no sabes lo que será de ti, porque no tienes a nadie a quien le importes, y aunque sea para decirte lo que debes de hacer, pero sabrías que alguien siempre tiene algo que decirte.

—¿Quieres decir que quieres volver a ser el ayudante de cámara de mi padre? —preguntó Eleonora extrañada.

—Yo, simplemente, quiero ser alguien. Allí era Albert el ayudante de cámara del duque de Argyll.

—Debes ser quien tú quieras ser. No un mero sirviente.

—Yo no ostento un título, ni poseo tierras, mírame, lo que ves es todo lo que soy, no tengo nada más, dentro de mi maleta, hay otros dos pantalones, alguna camisa, y una manta de hilo fino que ni siquiera sé qué hace ahí.

—Eres tonto, Albert. Las mantas siempre vienen bien, como esta —dijo Eleonora cogiendo la fina manta con la que antes se había cubierto las piernas al sentarse en la butaca.

Albert al verla se extrañó.

Arrugó la frente, entrecerró los ojos, e incluso echó hacia delante un poco la cabeza sin mover sus hombros.

—¿Te estás quedando ciego? —preguntó Eleonora.

—Alguien ha debido sacar mi manta de la maleta, porque es la que tienes en tus manos.

—Nadie ha sacado nada de tu maleta, Albert. Esta manta es mía. Puedes comprobarlo tú mismo si deseas ir a mirarlo. Después de eso, creo que deberíamos tener una conversación —dijo Linda interrumpiendo la conversación de los dos jóvenes.

Linda acababa de entrar en la biblioteca, minutos antes ya había contado a su hijo mayor William todo lo que esa misma mañana acababa de descubrir, y ahora solo faltaba decirle la verdad de todo a Albert George Radcliffe.

Eleonora se marchó cuando pudo intuir que algo pasaba, y que la señora Radcliffe necesitaba estar a solas con Albert. Eleonora se marchó cuando pudo intuir que algo pasaba, y que la señora Radcliffe necesitaba estar a solas con Albert.

—¿Por qué mi manta es igual a esta? —Sujetaba la manta entre sus manos mientras miraba a Linda.

—Jamás debiste de haberte alejado de mi lado. Me dijeron que habías muerto. El duque y tu padre se encargaron de mentir a todos.

—¿Qué estás diciendo? Yo soy el hijo de una criada que murió cuando fue a visitar a un familiar.

—Eso nos dijeron a todos, pero no es cierto. Acabo de venir de casa de los duques, el mismo duque reconoció que hizo un trato con tu padre.

Albert se quedó frío como la noche más invernal que hubiese existido jamás.

—¿Entonces, tú, eres mi *mad*...?

—Lo soy. Y juro por Dios que estoy enfadada, que me siento estúpida por haber creído cada palabra que me han contado sobre ti, pero ahora mismo lo único que deseo en mi interior es abrazarte, aprovechar todo el tiempo que me han privado de estar a tu lado. —Linda lloraba a la vez que sus palabras salían de su boca con angustia.

—Si eso es cierto, entonces William y yo somos hermanos...

El pobre Albert no salía de su asombro. Y en ese instante empezó a entender un poco todos los comportamientos.

La conversación iba a ser larga, y por eso, decidió dar unos cuantos pasos y llegando hasta donde se encontraba Linda, la abrazó y le pidió que se sentasen juntos.

Para él no era fácil aceptar que por culpa del duque su vida había sido dedicada a la servidumbre, pero para su madre tampoco lo era, así es que entre lágrimas, abrazos, y algo de furia, la conversación fue avanzando.

Capítulo 13

—Mi madre dice que tenemos las mismas orejas. Los mismos ojos pero en diferente color, y la misma boca pero no de igual tamaño. ¿Tú qué opinas?

—A mí me parece una broma pesada. Que los dos hombres de mi vida sean hermanos es algo que jamás hubiera imaginado.

—¿Nos parecemos?

—¿De verdad me estás preguntando si os parecéis? ¿Mi padre robó un niño para convertirlo en su criado, y tú me preguntas eso?

—No era para que fuera su criado. Lo quería para que fuera su hijo —dijo William—, o eso me ha dicho mi madre.

—Su hijo...

—Solo que después llegaste tú —William temía por terminar la frase—, al parecer dos hijos eran demasiado para unos simples duques. No había suficiente alimento en un hogar que se hacen siete comidas al día.

Al momento de terminar de hablar se dio cuenta que lo había dicho mal, y que había sonado hiriente. Pero no podía hacer que sonase de otra forma, aquella era la verdad.

Para unos duques criar a dos hijos no era posible, no dejaba de pensar en eso todo el tiempo William.

—Debes de estar equivocado, mi madre nunca se comportaría como tú dices. Me marchó de aquí, estoy segura de que os estáis inventando todo. No tengo la menor idea de cuál es el interés, pero mi madre no haría algo así nunca.

Eleonora salió de la biblioteca donde todavía se encontraba, ahora acompañada de William, ya que Albert y Linda se habían marchado fuera a conversar.

Al llegar a su casa, encontró un escenario poco común, su madre lloraba desconsoladamente sobre el escritorio del despacho de su esposo..

Mientras tanto el duque intentaba que lo perdonase. Le pedía una y otra vez, que todo fue por hacerla feliz.

Entonces, Eleonora al verlos solo pudo que preguntar si lo que Linda había dicho era cierto.

—Yo no lo sabía, hija, jamás imaginé que ese bebé que me fue entregado aquel día había sido arrancado de los brazos de una madre.

Decía Alexandra mientras continuaba llorando.

—Pero sí que es cierto que cuando yo nací —Eleonora cogió aire para seguir. Aquello le costaba trabajo preguntarlo—, ¿te deshiciste de él y lo pusiste a servir cuando tuvo edad de hacerlo?

—Yo se lo ordené —respondió el duque eliminando toda culpa de Alexandra Catlin.
—¿Quién es tan insensible como para arruinar la vida de un ser humano desde su niñez?
Eleonora miró a su padre, sin esperar que le respondiera, y salió corriendo.

A la una de la tarde del día siguiente, Eleonora todavía no había regresado a la casa.

Todos la buscaban sin descanso, todos salvo William y Albert, a quienes se lo habían prohibido.

—No lo entiendo. Si desean de verdad que Ele aparezca deben dejarme salir a buscarla a mí. Yo sé dónde suele ir.

—Si lo sabes, solo tienes que decírselo a quienes la buscan.

—No. De ninguna manera. Si quieren que aparezca que me dejen buscar.

—No seas cabezota, ella puede estar en peligro.

Si bien era cierto que por la noche hacía ya algo de frío como para estar a cielo raso, William conocía tan bien a su amiga Eleonora que de querer esconderse por mucho tiempo no se quedaría a la vista. Él estaba seguro de que estaría alojada en la cabaña que los cazadores ocupaban en las temporadas de caza de zorro, que por supuesto todavía no había llegado la época de caza.

—Esta noche nos escaparemos —dijo Albert a William.

—¿No has visto que el duque ha mandado vigilar nuestra casa? —dijo William corriendo las cortinas y dejando ver el exterior, donde varios hombres del servicio de la gran casa grande paseaban por las tierras de los Radcliffe.

—Ahora mismo iré a hablar con ellos. —Salió Linda.

William fue a prohibirle a su madre que lo hiciera, pero Albert lo detuvo.

Era todo un despropósito para los Radcliffe. Los estaban tratando como si fueran bandidos, malhechores, ladrones... Cuando la verdad era que el duque era quien debía de avergonzarse de todo lo que hizo en su pasado.

—Que venga vuestro amo —gritó para que la escuchasen.

—Mi amo está en otras. Debe de encontrar a su hija, y al parecer vosotros sois los culpables de que haya desaparecido. No puedo imaginar que le ha hecho ese hijo tuyo que siempre andaba con lady Catlin.

Linda Radcliffe tomó aire para no airear a los cuatro vientos que Eleonora se había marchado de su casa al descubrir todo lo que su padre el duque hizo en el pasado, porque le había prometido a William que no lo contaría, y no quería defraudarle.

Mientras su madre armaba revuelo en la entrada de la casa, los dos hermanos se escabullían por la ventana de la cocina situada en un lateral.

La casa de los Radcliffe se encontraba solo a tres kilómetros de distancia del arroyo donde William y Eleonora solían darse chapuzones muy a menudo, y a un par de kilómetros más, estaba la cabaña olvidada por todos. Por todos menos por ellos dos.

William llevaba la delantera, porque Albert jamás había caminado por esos lares. William caminaba rápido pisando piedras, apartando ramas de árboles, e incluso saltando algún que otro charco. Había llovido.

—¿Ha llovido? —preguntó Albert.

—¿No ves que sí, si no a qué son debidos los charcos? ¿Crees que alguien ha traído cubos de agua hasta aquí? —A William le molestaba bastante tener conversación con Albert.

—Espero que Eleonora esté donde crees.

—¿Y cómo es posible que yo sepa creer adónde ha ido y tú no? ¿Vivíais en la misma casa? ¿No hablabais?

—Poco —dijo Albert con tono apenado.

—¿Motivo? —Se volvió William.

—No nos dejaban hablar, ni vernos. Siempre que sospechaban que podíamos estar cerca, yo era llamado.

—Vaya... —pronunció William—. Pues debes saber una cosa.

—No hace falta que lo digas, se te nota.

Albert dio por hecho que lo que William iba a decirle era que a él le gustaba Eleonora.

—No sé bien qué crees que se me nota, pero lo que quería decirte era que Ele cree estar enamorada...

De repente, Eleonora apareció en el camino corriendo hacia ellos.

Tenía mala cara, parecía agotada, también tenía su vestido lleno de barro, y al acercarse a ellos pudieron ver que no dejaba de estornudar.

—¿Estás bien? —le preguntó Albert.

—Solo hambrienta. Bueno, y también tengo algo de frío, no conseguí encender el fuego de la chimenea. ¿Ves cómo era importante que me dejaras a mí hacer fuego? Hubiese aprendido.

Diez minutos después estaban los tres en el interior de la cabaña, y con la chimenea encendida.

Los dos se colocaron a cada lado del banco de madera que había frente al fuego, y en medio de ellos la joven y helada Eleonora.

No dejaba de estornudar, y había empezado a tiritar de frío.

—¿Seguro que solo tienes hambre? No hace tanto frío como para esos bailes —dijo William.

—Se me pasarán cuando entre en calor —respondió ella.

Albert la miraba, no sabía si eran visiones o no, pero a cada minuto le parecía verla más pálida.

Sacó un brazo de una de las mangas de su abrigo y se lo colocó por encima.

Era extraño, William iba en ropas de camisa y hasta había empezado a sudar por el calor del fuego, y a él le sobraba ya casi toda la ropa, en cambio a Eleonora parecía que aunque se le abrieran las puertas del mismísimo infierno seguiría helada como el hielo.

—Creo que ha caído enferma —dijo Albert.

—Qué chistoso, díselo William. Yo jamás me pon... —Eleonora no consiguió completar la frase y se desplomó.

Estuvieron rápidos en sostenerla, porque casi cae sobre los troncos de la chimenea.

Decidieron ir a buscar al doctor. Era más rápido que uno corriese a llamarlo que cargar con ella todo el camino.

No había que decidir mucho, sería William el que se fuese, él conocía los caminos, y llegaría antes.

Albert se quedó cuidando que Eleonora estuviese bien. O al menos que no empeorase.

William tardaba en regresar, y la joven había pasado de tiritar, a perder el conocimiento.

Albert se colocó sentado en el banco de madera, no sabía cómo hacer para cuidar a Eleonora, pero sin molestarla. Así es que se sentó y colocó su cabeza sobre sus piernas para así tenerla cerca.

Acariciaba su pelo. Había empezado a sudar, y eso le pareció buena señal, así que trató de separar un poco el banco situado frente al fuego, y entonces fue cuando ella recobró la consciencia.

—¿Qué sucede? —preguntó mirando hacia arriba.

—Duerme, enseguida vendrá el doctor —le dijo sin dejar de acariciarle la cabeza.

—¿Sabes? Todo es tan complicado... —Las palabras de Eleonora salían de su boca sin sentido para Albert.

—Yo no creo que sea complicado. A cada uno le toca vivir la vida para la que ha sido concebido, pero eso ahora no importa, descansa —le susurró Albert.

—Tanto tiempo queriendo decirte algo, pero siempre se me hace imposible, y ahora que tengo el tiempo necesario...

—Puedes decirme lo que quieras Eleonora, pero de verdad creo que debes de guardar fuerzas.

—Albert, Albert, Albert, Albert...

Eleonora había empezado a delirar, no dejaba de pronunciar su nombre sin descanso, y el sudor de su frente que él creyó que era bueno, comenzó a hacerse mucho más visible, incluso en sus ropas, que empezaban a estar empapadas.

No tardó en darse cuenta y la separó algo más del fuego, le retiró el abrigo con el que la había tapado, y de nuevo comenzó a tiritar.

Era muy difícil saber lo que hacer. Si la destapaba tiritaba, y si la tapaba sudaba. Rogaba que entrase el doctor por la puerta. Y como si Dios hubiera escuchado sus plegarias, la puerta se abrió y William, Linda, Alexandra y el doctor irrumpieron en la cabaña.

Capítulo 14

—Corra, doctor, sánela, hace nada que comenzó con los delirios.

—Es la fiebre, ¡está ardiendo! Necesita paños húmedos, muchos, rápido, hay que enfriar su cuerpo.

El doctor se echaba las manos a la cabeza de ver a la joven Eleonora en aquel estado.

—¿Qué tiene? —preguntó su madre al ver a la niña allí tirada sobre aquel banco, y tan pálida como la luna que comenzaba a salir por el cielo oscuro.

Corrió hasta ella y al tocarla se dio cuenta de lo grave que estaba, pues a pesar de sudar, su piel estaba fría.

—Debemos trasladarla a un sitio en condiciones, aquí no mejorará.

Entre William y Albert tomaron a Eleonora en brazos para poder llevarla más rápido. Y cuando ella notó el zarandeo de su cuerpo abrió los ojos y observando a su alrededor, miró a Albert y le pidió que no se separase de ella. Que no lo hiciera jamás.

Tanto su madre como Linda Radcliffe sintieron en el pecho un enorme pinchazo, una por no soportar más la culpa de intentar separarlos, y la otra al ver el cariño que la joven Catlin sentía por su hijo.

William no dejaba de pensar durante todo el camino a la casa de los duques de Argyll qué era lo que iba a pasar cuando la puerta de la alcoba de Eleonora se cerrase. ¿Él sería bien recibido en esa casa? ¿Lo sería Albert?

Muchos secretos acababan de ver la luz el día anterior, y aunque las cosas eran diferentes, por alguna razón que desconocía, él lo sentía todo igual.

No era que no le importase que hubieran hecho daño a su madre. Si por él fuese ahora mismo, mataría con sus propias manos al duque de Argyll, y tampoco era que no le doliese que lo hubieran separado de su hermano al nacer. Ni iba a hacer de menos que por culpa de todo lo ocurrido su padre decidiera quitarse la vida. Pero, amaba tanto a Eleonora Catlin, que por ella era capaz de cualquier cosa, incluso de esperar a que se repusiera y no tomar decisiones precipitadas.

Ya habían llegado a la mansión. El silencio reinaba, pero no podía ser de otra forma, pues la alegría del lugar estaba dormida. No, no estaba dormida, pero a él le gustaba decirlo así, porque esa palabra que había escuchado de boca del doctor, era demasiado fuerte para él. Inconsciente, esa era la fatídica palabra. Sonaba mal, muy mal para alguien como Eleonora.

—Ya podéis marcharos —dijo la duquesa.

Linda no llegó a entrar, porque aunque se compadecía de lo que le estaba ocurriendo a la hija de su amiga, también recordaba que su esposo era el padre de esa muchachita, y no tenía intención alguna de cruzarse con él por ningún pasillo de la casa.

—No. Ella me pidió que no me separase de su lado.

—Yo no me separaré de su lado —respondió la duquesa.

—Me miró y me pidió que no me separase de su lado. —Volvió a repetir Albert.

—No importa, seguro que estará bien con su madre, vayámonos —dijo William y apoyó su mano sobre el hombro de Albert.

Este negó con la cabeza, después miró a Alexandra. Y añadió:

—Se lo debes. Me lo debes —pronunció y levantó una ceja a modo de reto.

—Deja que se quede —dijo el duque, que cruzó la puerta del dormitorio, y mirando de cerca a su hija, cayó de rodillas al suelo pidiéndole a la virgen y a Dios que se apiadaran de ella, y que se lo llevasen a él por todos los pecados que había cometido en el pasado.

William se marchó fuera, él quería quedarse junto a su amiga, pero no iba a dejar a su madre sola, y menos después de conocer todo por lo que había pasado.

El doctor continuaba allí. No conseguía bajar la fiebre, y ahora se le sumaba fatiga al respirar, y se retorció de dolor agarrando con sus manos el vientre.

—Me temo que sé lo que le ocurre a su hija —dijo el doctor caminando hacia la puerta.

Los duques se dirigieron a donde estaba, y con rostros de pánico le animaron a que continuase hablando.

—Fiebre tifoidea.

—¿Debemos de preocuparnos? —preguntó la duquesa.

—La fiebre tifoidea puede llegar a ser mortal, solo hay que esperar a ver la evolución en ella.

Linda ya se había marchado. No William. Estaba allí, al otro lado de la puerta de la alcoba de Eleonora, y había escuchado todo lo que el doctor acababa de decir a sus padres.

Linda al conocer la noticia comenzó a llorar, y después William. Nunca nadie había visto llorar a William. Quizá fuese porque desde que William fue nombrado barón de Newcastle, que eso sucedió justo después de que cumpliera el año de edad, aquel muchachito joven adquirió todas las responsabilidades de la familia, y como tal, no podía nunca aparentar ser débil.

La noticia no era buena, no. Digamos que era la peor noticia que podían escuchar.

Albert se quedó allí durante la noche, Linda y William regresaron a su hogar, y después William cogió una calesa de un solo caballo para viajar hasta el centro de la ciudad. Le había tomado más tiempo del que creía necesario convencer a su madre de aquello, pero debía hacerlo.

Cuando llegó a Londres se dirigió rápidamente a un lugar en concreto. El club para hombres llamado Snow, en honor al joven John Snow, el hombre que más vidas estaba salvando en los suburbios de Londres.

Linda había educado al joven William con amplios conocimientos sobre muchas cosas, para que a la hora de elegir qué ser cuando fuera adulto, pudiese elegir conociendo al menos más de una profesión. La medicina le entusiasmaba, pero no tanto como para ejercerla, ya que había oído que a las personas a veces se les curaba abriéndoles, y solo un palo cubierto por un trapo se les ponía en la boca para soportar el dolor.

—Necesito encontrar a John Snow, es de vida o muerte —dijo el joven, haciendo que todo el que lo escuchó rompiera a reír.

—Otro que busca un milagro —dijo la camarera a la que le faltaban dos dientes.

—No te reirías si la persona que necesitase ayuda fuera alguien a quien amas —dijo William derramando una única lágrima.

—¿Quién me busca? —alguien habló.

Un hombre vestido con ropas andrajosas se dio la vuelta desde la barra quedándose de frente a él.

—William Radcliffe, señor.

—¿Y qué es lo que le ocurre a esa mujer a quien tanto amas?

—Fiebre, señor, la fiebre más violenta que jamás he visto.

—¡Como si los nobles vieran muchas fiebres! —dijo un espontáneo, y todos comenzaron a reír de nuevo.

—¿Algo más? No creo que solo vengas a mí por una simple fiebre —le dijo Snow.

—Su doctor dijo que era fiebre tifoidea.

El bar enmudeció al instante. Era sabido que si una fiebre llegaba a un lugar con recursos de higiene limitados, podría terminar con la extinción de todo aquel que se encontrase en el lugar. Y los suburbios de Londres no era un barrio de nobles.

—Hazme caso y alejarte de ella. Si ese médico está en lo cierto, solo queda esperar, pero además, esa enfermedad es bruscamente contagiosa. Todo aquel que mantenga un contacto estrecho será puesto en riesgo. Lamento decirte esto, pero si después de varias semanas no hay una mejoría visible, no sobrevivirá.

William después de escuchar lo que aquel hombre le había dicho, regresó de nuevo sobre sus pasos, pero en lugar de volver a su casa, lo intentó con la casa de los duques.

Capítulo 15

Al llegar, el mayordomo abrió la puerta.

—Están arriba —dijo.

Imaginó que quería decir que estaban todos arriba. El duque, la duquesa, y Albert.

Al pisar el último escalón de piedra, caminó con cierto miedo hasta llegar a la puerta, impaciente, lleno de angustia por no saber lo que se iba a encontrar...

Se quedó quieto en el umbral de la puerta, y desde allí preguntó.

—¿Cómo está?

—Tumbada, respira pausada, parece que mira por la ventana, pero siempre tiene los ojos cerrados.

La duquesa parecía que no había logrado separarse del lado de su hija en todo ese tiempo.

William tragó saliva al escucharla, acongojado por la actitud sombría de Alexandra.

—No parece que jamás vaya a despertarse. Ahora pienso en todas esas clases inútiles de piano que le obligaba a dar, en todas las veces que le prohibía recolectar flores del campo. En todo ese tiempo que me empecinaba a que estuviese sola en lugar de con...

—La esperanza es lo último que se pierde. Ele es fuerte, es la persona más fuerte que conozco. Es capaz de soportar las aguas frías del arroyo casi en invierno, no hay nadie como ella.

Albert al escuchar a su hermano hablar sobre Eleonora entrecerró los ojos y emitió una sonrisa.

—La necesito. ¿Es malo querer que regrese para no volver a equivocarme con ella? Es malo, lo sé, solo pienso en tener otra oportunidad para mí y así tratar de hacerlo bien esta vez. Soy egoísta —dijo Alexandra.

—Empiece ya. Haga algo que a ella le complacería. Léale algún libro.

La duquesa miró a William sin moverse, y él la animó a empezar por un clásico de Charles Perrault, *La bella durmiente del bosque*, el que fue a buscar a la librería familiar él mismo.

William bajó los peldaños de la maldita escalera que tanto odiaba en esa casa a la carrera. Él había sido quien le había dicho a lady Catlin de leerle a Eleonora, así es que él debía de agarrar el dichoso libro. Y con suerte lo encontraría rápido, pues era un gran buscador, pero es que la biblioteca de los duques era inmensa. Ahora entendía por qué a Ele le gustaba más la de su casa que esa.

—A ver, a ver, este no, este tampoco... maldición, tú siempre poniéndolo todo difícil, eh, Eleonora Catlin. No podías ordenar los libros por colores, ni por orden alfabético, no. Tenía que ser por mero orden de llegada. Al igual que no podías enamorarte de un hombre cualquiera, no. Alguien por ejemplo como yo. ¡Tampoco! Tenías que hacerlo de él, del niño que tus padres le

quitaron a mi madre, del que después se deshicieron relegándolo a un cargo de sirviente. ¡Mierda, mierda! ¿Y ahora? Ahora qué, porque, yo juro por Dios que como no te recuperes pienso dejar ese arroyo seco. Aún no sé como pero te aseguro que no va a seguir lleno.

El pobre William estaba tan cabreado por todo lo que estaba pasando, que no se dio cuenta que no estaba solo.

—¿Una copa? —dijo el duque levantando su mano con el vaso de vidrio vacío.

—Ni siquiera es mediodía, mi lord —dijo William.

Le había costado mucho trabajo llamarlo con educación.

—Soy George, George el desalmado, el insensible, el maldito, el que debe de ser castigado.

—¿Cuánto ha bebido?

—No estoy borracho, aunque me gustaría. Solo así podría olvidar por un rato lo que he sido capaz de hacer.

—Debería de buscar solución, con lamentos no arregla nada.

—¿Solución? Todo lo que hice fue para que el amor de mi vida volviera a sonreír, todo para que ella se sintiera completa, para que pudiese ser madre. ¿Me vas a hablar de buscar soluciones? Ya ves que no soy el mejor dando solución a problemas.

—El hombre es imperfecto, es por eso por lo que Dios entregó a su hijo, para expiar todos nuestros pecados, y de nuevo nos dio otra oportunidad con su sacrificio —dijo William.

—Yo ya no tengo oportunidades.

—Si fuésemos perfectos, ya estaríamos disfrutando de una vida eterna, ¿no es eso lo que pone en las escrituras?

—¿Quién te ha enseñado tanto?

—Mi madre. A pesar de crecer con una madre golpeada por el dolor más cruel, siempre se ocupó de mí. Y eso es lo que debería de haber hecho usted cuando Ele nació, seguir ocupándose de Albert.

—No puedo regresar al pasado.

—¿Ha pedido perdón? A él, a su esposa...

—¿De qué sirve?

—Al menos para que sepan qué es lo que usted siente.

—Lo siento, claro que lo siento. Pero no lo siento tanto por mí, es más por lo que les hecho a todos.

—Creo que debería de decirlo. Si no les sirve al resto, al menos a usted le valdrá la pena.

Capítulo 16

Mientras tanto, en la alcoba de Eleonora, no se escuchaba ni el crujir de la madera bajo los pies de nadie que allí había.

Todos guardaban el mayor de los silencios, para poder seguir oyendo la respiración de la muchacha.

Y de pronto, abrió los ojos, y como si estuviese perdida, como si no supiera donde se encontraba, ni reconociera el lugar.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

—Es martes, y son ahora las once del mediodía —dijo Albert tomándola por la mano.

—¿Qué quieres hacer hoy? —pronunció aquella pregunta un tanto fuera de lugar para aquel momento.

Eleonora se mojó los labios con la ayuda de su lengua. Probablemente la fiebre la había deshidratado.

—Yo... —Albert no supo qué decir estaba nervioso—. ¿Qué quieres tú? —terminó preguntando.

—Yo te quiero a ti.

Esas fueron sus palabras, y después volvió a cerrar los ojos y se sumió de nuevo en ese placentero sueño.

La duquesa que estaba allí presente se quedó quieta en un rincón de la habitación disfrutando sin duda de aquel despertar que su hija acababa de tener.

Y volviendo a las palabras de Eleonora, pues, no se sabía a quien le había causado mayor impacto cuando se escuchó: «yo te quiero a ti». Si a Albert que era quien le sostenía la mano, o al pobre de William, que cuando el duque y él empezaron a escuchar murmullos que provenían del piso de arriba, salieron corriendo. Y al llegar, lo que William se encontró fue con esa declaración de amor saliendo de la boca de Eleonora.

Ya estaba todo perdido con él, ahora sí que le había quedado claro del todo. Hasta en los peores días Eleonora seguía pensando que amaba a Albert. Así es que se dio por vencido.

Al poco de decir aquello, Albert acercó su rostro al de Eleonora, pero no le dio ningún beso, a pesar de que se había criado entre los muros de aquella casa, y que todo lo que formaba parte del exterior era algo extraño para él, como podía ser el rencor, las regañinas entre amigos, o el amor verdadero. Imaginó que nadie te instruye en lo que el corazón debe o no debe sentir. Y él no sentía nada por Eleonora. En cambio, durante todos esos años encerrado en la mansión de Argyll, lo que sí que se había despertado en él había sido un arte singular. El arte de la observación. Y pocos momentos habían bastado para que Albert se diera cuenta que había ciertas señales que sí que le decían al joven, que William sentía algo intenso por Eleonora.

El día que cumplía ocho en esa cama, todo seguía igual, salvo por ese acontecimiento en el que le declaró su amor a Albert, todo apuntaba a una pronta recuperación. Eleonora solo estuvo despierta pocos minutos, no era gran cosa, pero todos pensaban que por pequeña, era una mejoría.

El doctor regresaba cada mañana, tomaba su temperatura, inspeccionaba su cuerpo por si nuevos síntomas aparecían, y volvía a señalar la terrible fiebre tifoidea de nuevo antes de marcharse.

El cansancio comenzaba a pasar factura al resto de la familia, y ahora en lugar de estar todos en la alcoba todo el tiempo, era preferible turnarse para también poder descansar y alimentarse un poco.

Aunque la comida era difícil de digerir en esos momentos, al menos una cabezadita ayudaba a reponerse.

Llegó el momento en el que William se quedó a solas con Ele, y abrió el libro que le había costado dos días encontrar en la biblioteca, y empezó a leerlo.

Se detuvo para hacer un pequeño apunte.

—Imagino que si lees estas historias debes de creerlas. Si estuvieses despierta seguro que me habría ganado un cachete por decir esta tontería.

Continuó leyendo...

De repente le pareció que Eleonora había movido un pie porque la sábana con la que estaba cubierta se había movido.

Dejó el libro a un lado, y se dispuso a mirarla un rato. Tenía los párpados completamente cerrados, y eso era extraño en ella, porque de algo de lo que siempre se reían juntos era de que Ele solía dormir con un ojo medio abierto, y eso era literalmente.

—No te enfades por esto, pero de tanto leer el libro he empezado a creérmelo yo también —dijo William en un susurro y depositó un beso sobre los labios de ella.

Que como él imaginaba no ocurrió nada.

Bueno sí que había ocurrido algo. Que había sentido el calor de los labios de ella, que había podido oler su delicada piel, y que esos segundos en los que había estado cerca de ella, los había guardado en ese cajón de recuerdos donde él acumulaba todos los momentos con Eleonora.

Cuando el turno de Albert llegó, le dijo a William que debía regresar a casa con su madre, con Linda Radcliffe, la que estaba siendo muy paciente con todo lo que estaba pasando, pero que a la vez necesitaba estar con los suyos. Linda comprendía que todos querían mucho a Eleonora Catlin, pero tenía que asegurarse de que nada malo sucediera en esa alcoba, al menos antes de poder preparar a sus hijos para lo que estaba por venir.

Al joven enamorado le costó un poco abandonar a su amiga, pero también amaba a su madre, y tenía que ir a su lado.

Capítulo 17

Linda Radcliffe se preparaba para no ser demasiado brusca con su hijo mayor. Con Albert ya había tenido la oportunidad de hablar y habían llorado durante toda la noche juntos.

Cuando el joven William entró por la puerta, Linda ya lo esperaba impaciente.

—Debes descansar —le dijo al verlo.

—Ya lo he hecho. Es lo único que hago, descansar, esperar a que pasen las horas, los días, y nada cambia.

—Yo, estaba pensando —comenzó a decir su madre—, que quizá deberíamos hablar sobre algo.

—Todo saldrá bien, madre.

—¿Y si no ocurre como esperas?

Linda conocía bien a su hijo, y era la persona más positiva que había existido en el tiempo. Jamás escuchó quejarse por nada, y ahora, se temía que si lo que estaba por llegar no resultaba ser lo que él esperaba, no pudiera soportarlo.

—Todos volveremos a estar juntos como antes.

—¿Como antes? —preguntó Linda.

—No, como antes no. Mejor aún, no podemos olvidar que ahora Albert está vivo.

No pudieron hablar más tiempo, pues William se encerró en su alcoba.

Nadie sabía lo que William hacía allí metido tantas horas, porque lo único que él pedía siempre que cerraba esa puerta era que no lo molestasen bajo ningún motivo. A menos que ese motivo fuera algún cambio en el estado de Eleonora.

Así pasaron otros seis días. Con idas y venidas de la gran casa de los duques. Con turnos interminables, y con la esperanza rota, al ver que nada bueno pasaba.

Albert era el que más tiempo pasaba en la casa de Eleonora, intentaba no cruzar más que las palabras necesarias con los duques, pues le dolía como llevar un cuchillo clavado en la garganta permanecer en la casa, pensar que por culpa de esa familia, él había sido privado del cariño de su madre de pequeño.

La duquesa había intentado explicarle en varias ocasiones que ella no conocía de donde su esposo lo había traído, pero Albert era suficientemente inteligente como para darse cuenta de que Alexandra también era culpable. Ella había elegido entre él y Eleonora.

Estando el joven Albert en la alcoba la noche que completaba la tercera semana de tortura para todos, Eleonora abrió los ojos y vio como él dormía apoyado sobre su cama con la mano sobre la suya.

Para ella eso era más que suficiente. Estaba a solas con el hombre que amaba y mostraba

interés en ella, pues estaba allí, a su lado.

Colocó su mano sobre la de Albert muy despacio, y después intentó apretarla.

Se sentía cansada, muy cansada, débil como si llevase días sin probar bocado. De hecho no recordaba qué era lo último que había comido, y su estómago rugía furioso.

Albert notó la mano de Eleonora y abrió los ojos asustado. Corriendo comenzó a gritar para que todos acudieran a la alcoba, porque si iba a ocurrir algo malo, él no quería presenciarlo solo.

Enseguida que vio el rostro de la joven sonreír supo que nada malo podía pasar. Eleonora estaba allí, despierta, sonreía, y hasta parecía que tenía buen color en su rostro.

—Quiero comer —dijo.

Sí, eso fue lo primero que salió de su boca.

Albert se rio a carcajadas, y después los duques entraron en la habitación de su hija dando gritos de alegría por verla despierta.

El duque hizo llamar al doctor con apremio, necesitaban conocer si aquella mejoría era ese cambio que necesitaban para saber si podía curarse de la enfermedad.

Las cocineras llegaron a los pocos minutos de escuchar que la niña se había despertado con hambre, y desde dulces, hasta guisados del cordero más tierno le subieron para saciarla.

—¡Es pronto! —gritó el doctor al entrar en la alcoba y detuvo todo ese pasacalles de comida.

—Tengo mucha hambre, doctor —dijo Eleonora esbozando un mohín.

—Una sopa, caldos, purés, máximo una pieza de fruta. Hagámoslo poco a poco —dijo el doctor serio.

Eleonora aceptó y le dio un bocado a una manzana que tenía frente a ella en la bandeja de frutas.

—¿Quién ha subido este libro? —dijo con la boca llena.

—Señorita, cuide sus modales, no querrá perderlo todo por una simple fiebre —bromeó Albert.

—¿Quién fue?

—William. Él se rompió la crisma por encontrar ese cuento que te ha estado leyendo una y otra vez.

—¿Dónde está?

—Iré a buscarlo. Hacíamos turnos y justo has despertado cuando él se terminaba de ir.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí metida?

Albert miró a Alexandra como pidiendo permiso. No sabía si decirle la verdad era contraproducente.

—Tres semanas —dijo la duquesa.

—¡Dios mío, tres semanas!

—Iré a por William —dijo Albert.

—No, que vaya otro a buscarle, tú quédate con ella —les sorprendió el duque.

Eleonora no se alegraba de haber contraído aquella enfermedad, de hecho, todavía no sabía cuales iban a ser los daños que la maldita fiebre había causado en su cuerpo. Si podría volver a caminar, por ejemplo. Porque ahora mismo no conseguirían ni levantar una de sus piernas de la

cama. Pero si eso había servido para que ella pudiera elegir a quien quisiera para compartir el resto de su vida, pensaba que ya había ganado algo.

Capítulo 18

Albert nadie le dejó que se separase del lado de la niñita de los duques. Es más, los padres de esta salieron de la alcoba, y ordenaron que los dejasen a solas el tiempo que ellos desearan.

—Iré a ver qué ocurre con esa sopa —dijo el joven muerto de la vergüenza de quedarse a solas con una mujer, que además había dado claros signos de que sentía algo por él.

—Ya no tengo tanta hambre, creo que puedo esperar.

—Debo marcharme —dijo él.

Después se calló esperando a que ella dijese algo al respecto. Con un, *vale*, habría sido suficiente. Pero como no ocurrió volvió a hablar.

—En cualquier momento llegará tu sopa.

—Está bien, nos veremos más tarde —dijo Eleonora.

Cielo santo, lo había dicho. ¿Por qué lo había hecho? Habría sido tan fácil pedirle que se quedara a acompañarla en la cena. Y en cambio, le dijo que se fuera.

Eleonora se había arrepentido de decirlo nada más cerrar su boca. Pero Albert todavía estaba en la habitación, así es que todavía podía pedirle que se quedara. Porque ella lo que más deseaba, más incluso que calmar su hambre, era que la besara.

Imaginaba que no estaba como siempre. Porque ¿quién luce bien después de pasar tres semanas en la cama, febril, y sin apenas comer?

Así es que lo pensó mejor y decidió dejarle ir y después pedir que le ayudasen a arreglarse para cuando él regresara a su lado.

Nadie, nadie conocía lo terrible que estaba por llegar. Y menos después de la gran noticia de que la hija de los duques había despertado de la fiebre.

William siempre era el primero en bajar a tomar el desayuno, sin embargo, aquella mañana, no bajó tan pronto.

Linda Radcliffe al no ver allí al joven William, pensó que se habría marchado pronto a la mansión de los duques de Argyll para estar con su amiga Eleonora.

Cuando la puerta de la entrada se abrió, el fuerte viento se coló en el interior de la casa, obligando a Linda a abrazarse con sus brazos para calentarse.

—Madre, ha despertado —dijo Albert.

Desde que Linda y Albert supieron que eran madre e hijo, habían ocurrido muchas cosas, pero una en concreto todavía no, y esa era muy importante. Y esa era que Linda todavía no había tenido la oportunidad de escuchar de la boca de su hijo la palabra madre.

Se levantó al escucharlo y abrió sus brazos para encerrarlo entre ellos.

Se alegraba de la noticia, claro que lo hacía, pero esa alegría que estaba demostrando era toda por el sentimiento de escuchar a su hijo llamarla madre.

Después de apretarlo fuerte por algo más de dos minutos, se separó de él, y trató de disimular sus lágrimas adentrándose en la cocina y pidiendo un rico desayuno para su hijo.

—Siéntate, tu desayuno no tardará.

—¿Desayunaré solo?

—De haber sabido que vendrías pronto te hubiera esperado, pero acabo de hacerlo.

—¿Y William?

Linda miró extrañada a Albert.

—¿No está con Eleonora? —dijo retirando la silla y poniéndose en pie con sorpresa.

Albert negó con la cabeza, y después imitó a su madre.

Ambos gritaron al unísono el nombre de William, y Albert subió las escaleras hasta llegar a la primera planta. Después abrió la puerta de la alcoba de su hermano, y al descubrirlo, corrió a su encuentro.

Capítulo 19

—Iré a por el doctor, todavía debe de estar en la mansión —dijo el joven, y después salió a toda prisa de la casa.

Linda Radcliffe se quedó quieta como una estatua al ver a su hijo tirado sobre el suelo.

No podía reaccionar. Su hijo, ese niño tan bonito que había llegado a su casa fruto de un matrimonio feliz, que se respetaba, que se amaba. Estaba allí, tirado como si fuese un animal en mitad de la calle.

Estaba aterrorizada por si cuando decidiera cercarse descubriría que no respiraba.

¿Cómo de cruel podía ser la vida?

Acababa de recuperar al hijo que le dijeron que estaba muerto, y justo ahora perdía a su otro hijo.

Fueron tantas cosas las que se le pasaron por la cabeza que el miedo fue creciendo, más y más hasta hacerla gritar.

Entonces el servicio que habitaba en la casa subió para ver qué ocurría, y entre el mayordomo, la cocinera, y una de las doncellas, agarraron a William con cuidado y lo depositaron sobre su colchón.

—¿Respira? —preguntó Linda.

—Lo hace, señora —dijo una de las sirvientas colocándole una mano delante de la nariz para notar la respiración.

En ese momento el cuerpo volvió a responderle, y se acercó hasta su hijo. Lo tomó por la mano y al notar su piel congelada supo cuál era el motivo de todo.

La fiebre. La fiebre tifoidea ahora estaba en él.

Rompió a llorar sin consuelo. Porque, ¿cuántas personas se libraban de la muerte de aquellas fiebres? Estaba segura de que pocas, y una vida ya se había salvado, y tenía el presentimiento de que la vida de su hijo no iba a correr la misma suerte.

Albert no tardó en regresar con el doctor, que por suerte todavía estaba instalado en la casa de los duques. Con ellos iba su amiga, lady Catlin, que aunque todavía le guardase rencor, sabía que ahora necesitaba ese tipo de compañía. Y ella, al enterarse de lo ocurrido no pudo quedarse de brazos cruzados y fue a ayudar en lo que pudiera. Aunque más que ayuda, Linda Radcliffe lo que necesitaba era un milagro.

No dejaba de pasear, de arriba abajo por el mismo paseillo de la alcoba, una, otra, y otra vez, incluso llegando a dejar marcas en la madera.

—Señora, va usted a horadar el suelo si continúa —le dijo la doncella tomándola por la mano.

—¿Crees que sería posible atravesar el piso y caer abajo? —le preguntó con la mirada perdida— ¿Me mataría al caer? ¿O lo empeoraría todo y solo sería una carga para Albert?

Estaba ida. Linda había perdido toda esperanza. Y a punto estaba de perder también la cabeza.

—No digas eso, estoy segura de que nos escucha —dijo Alexandra.

—No deberías de estar aquí —le dijo sin mirarla.

—He venido a darte consuelo, y a recordarte que si Eleonora se salvó, tú hijo también puede hacerlo.

—Qué caprichosa la vida, no es suficiente con poseer todo lo que uno desea, que también te dota con hijos. Ya sean tuyos o no. —La miró a los ojos—. Después te devuelve a tu hija de entre los muertos, y la muerte se ceba con mi casa. Primero mi hijo —tomó a Alexandra por el brazo—, aunque muchos años después me enterase de que seguía con vida. Después mi esposo, y ahora, mi gran piedra, mi refugio, mi sostén.

Linda se alteró tanto que se desvaneció.

Alexandra mandó llevarla a una cama para que descansara, y le pidió al doctor que le diera algo para ayudarla. Eran muchas las emociones en las últimas semanas, y lo de William había sido la gota que colmaba el vaso.

—¿Crees que podrías ir con mi hija? —le pidió la duquesa a Albert.

Albert miró hacia la cama donde estaba tumbado su hermano William, y aunque su deseo era quedarse allí, cerca de él, también supo al mirarle que si pudiera decirle algo, él le pediría que fuera con ella.

William nunca le había dicho nada a Albert de Eleonora, pero a él no le hacían falta palabras para ver eso que sentía por ella.

—Iré, pero a cambio usted prométame que cuidará de ambos.

—Albert... —la duquesa colocó su mano sobre la mejilla de aquel hombre.

Porque él ya no era un niño, y aunque a ella le siguiera pareciendo que la persona que tenía frente a ella era la misma que una mañana de verano acogió entre sus brazos, la verdad es que ya habían pasado muchos años. Y Albert había crecido.

—A mí no me hace falta que diga nada. He aprendido a observar durante todos estos años, y ahora lo entiendo todo —la duquesa lo miró apenada—, entiendo que me mirara de esa forma en la que solía hacerlo. Como si quisiera abrazarme todo el tiempo. También entiendo que por Navidad todos los años apareciesen junto a mi ventana regalos, y que nadie nunca supiera quien los había dejado allí. Era muy pequeño, pero lo recuerdo todo. Ahora entiendo que no tuvo opción.

—Albert, juro que jamás quise que terminase así —la duquesa lloraba—, yo solo quería un hijo.

—¿Se acuerda de esa frase que siempre me decía cuando me enseñaba algo? —dijo él confundiéndola.

—¿Mejor tarde que nunca? —pronunció la duquesa.

—Ahora tengo a mi madre, mejor tarde que nunca. No ha terminado tan mal, ¿no cree?
—Albert abrazó a Alexandra.

—Yo tardaré en perdonarme, espero que tú lo hagas algún día.

—Yo no le guardo rencor. En la casa donde crecí se acostumbraba a decir que el amor siempre es mayor que el odio, aunque pusieran en una balanza la misma cantidad.

La duquesa esbozó una sonrisa tímida, porque aquella frase era de ella.

—Debes irte —le dijo depositando un suave beso en su frente.

Y Albert después de pedirle al doctor que hiciera lo mismo que hizo con Eleonora, que salvase a su hermano, se marchó.

Durante todo el camino a la casa grande en lo único que pensaba era en su hermano. En su madre también, pero él sabía que el desvanecimiento de ella era debido a que se había alterado demasiado, y el que de verdad le preocupaba era William.

De nuevo, el mayordomo abrió la puerta. Y el recibimiento esta vez no fue muy alegre. Allí todos se habían enterado ya que el joven William había sido contagiado de fiebre. Todos menos Eleonora.

Capítulo 20

Cuando entró en el dormitorio de Eleonora, la encontró leyendo. Parecía ensimismada en la lectura, así es que no dijo nada, solo se sentó a su lado como había hecho las últimas semanas que permaneció junto a ella.

—¿No vas a decir nada?

—Estabas leyendo.

—Imagino que existe una buena excusa para que el mezquino de mi amigo no haya venido a verme todavía —dijo cerrando las tapas del libro de golpe.

El duque que se encontraba en la puerta, negó con la cabeza mirando a Albert, pero Eleonora que era muy lista lo pilló haciéndole gestos.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó dejando esta vez el libro a un lado.

El duque se marchó de la alcoba.

Muy propio de los cobardes.

—William no puede venir.

—¿Demasiada leña que cortar para la chimenea?

—No es eso.

—Claro, seguro que tanto tiempo yendo y viniendo, ha desatendido sus tareas de barón de Newcastle. Ah, no, que su única tarea es cortar leños.

Eleonora estaba muy enfadada. Y a ella misma le extrañó. Tanto que después de eso no volvió a decir nada más.

—Ya te he dicho que no es eso.

Eleonora miró a Albert atentamente a la cara.

—De hecho William no sabe que has despertado.

Eleonora seguía mirándolo, y después de escuchar eso, solo ladeó la cabeza.

—William ha enfermado.

Eleonora corrió con sus manos a taparse la boca para silenciar un grito.

Movió muy rápido la cabeza de derecha a izquierda. Tanto que Albert tuvo que sujetarla para que se detuviese.

—Pero tú tranquila, que seguro se pondrá bien. Mírate, tú eres una mujer delgada, debilucha... Y él es un hombre fuerte, tenaz, con vigor.

Albert ya no sabía que más decirle para que se arrancase a hablar.

No sucedía. No decía nada, así es que se quedó en silencio sentado en la butaca junto a la cama esperando que alguien llegara con noticias sobre su hermano.

Después de la media noche Eleonora empezó a hablar, y lo hizo para decir que tenía hambre.

A Albert le hizo mucha gracia, y mandó a la cocinera que preparasen algo de cena.

Cuando estuvo lista la cena, la señorita Catlin se negó a probar bocado si su acompañante no compartía con ella el plato.

—Has perdido mucho peso, debes de comértelo todo.

—Mi estómago se ha cerrado desde que he conocido la noticia. Deberías de ir a tu casa para saber si algo ha cambiado.

—Si William estuviese despierto cuando llegara, créeme que la vida que correría peligro sería la mía por dejarte sola.

Eleonora rompió a reír. Albert y ella estaban compartiendo más tiempo juntos desde que había sufrido esa terrible enfermedad.

—¿Ya sabes lo que quieres hacer? —le preguntó Eleonora.

—No. Ahora en lo único que pienso es en que mi hermano se recupere. Mi hermano —repitió.

—¿Te resulta extraño?

—Nunca he tenido familia, y de unas semanas a este tiempo, tengo madre, incluso un hermano. ¿Lo puedes creer?

Albert se acercó entusiasmado a Eleonora para darle un abrazo debido a la alegría de recordar que ya no estaba solo.

A ella le gustó su acercamiento, pero no sintió aquellas mariposas que siempre se instalaban en su estómago cuando se cruzaba con él semanas atrás en la mansión. Quizá la preocupación por William la tenía bloqueada, pensó.

—Y pensar que podíamos haber sido hermanos... Claro, siempre que mi padre no hubiese obligado a mi madre a quedarse con un solo hijo —dijo ella.

—La verdad es que para mí fuiste casi como una hermana —dijo él, y ella abrió mucho los ojos al oírlo—, bueno una hermana no, más como una prima. —Eleonora ahora lo miraba contrariada—. No, tampoco como una prima. ¿Amiga? —preguntó escudriñando su rostro.

—¿Albert George, de verdad me quieres como una amiga? —preguntó ella seria.

—¿Tú no?

—He preguntado yo primero, debes responderme.

—No. En verdad no te quiero como una amiga. A las amigas imagino que debes tenerlas siempre para contrales cualquier cosa que ocurra. Así que no, no eres una amiga.

Eleonora soltó el aire que guardaba en sus pulmones.

—Menos mal. Porque estaba a punto de desmayarme. Yo te quiero como un hombre —dijo ella.

Tanto tiempo queriendo decirle lo que sentía por él, y ahora que tenía todo el tiempo del universo, lo había hecho de la peor de las maneras.

Eleonora cerró los ojos y después se golpeó la frente.

Albert se quedó quieto, sin mover nada más que los ojos. ¿Le estaba diciendo que tenía sentimientos por él? Eso no podía ser, porque estaba seguro de que a William le gustaba Eleonora Catlin.

—¿Estás segura de que las fiebres no son las que hablan por ti?

—¡Albert! Mírame, ya estoy recuperada.

—Ajá —dijo él.

—¿Eso es que no deseas casarte conmigo? —preguntó Eleonora.

—¿Me estás pidiendo matrimonio?

—¡Claro que no! Solo te lo pregunto para saberlo.

—Ajá —volvió a responder con esa palabra.

—Por Dios bendito, Albert. ¿Qué clase de respuesta es esa?

—No lo sé. Quizá me haya salido por los nervios.

—¿Te pongo nervioso?

—Me has preguntado si me casaría contigo.

—Solo era una pregunta, una pregunta sin más.

—¿Entonces no quieres casarte conmigo?

—¡Claro que no! —mintió Eleonora.

Eleonora ya estaba hecha una madeja de nervios, y la única escapatoria era terminar de una vez con esa conversación.

—Entonces, si ahora te besara, ¿no pasaría nada?

Albert ponía a prueba a Eleonora.

—Absolutamente nada.

—Y yo no tendría que casarme contigo.

—Sin ningún tipo de compromiso.

—Bueno eso en el caso de que nadie nos viese hacerlo.

—Claro, siempre en el caso de que nadie nos viera —aclaró ella.

Eleonora todavía guardaba cama, pero ya empezaba a estar más fuerte, entonces se apoyó sobre la cama con las palmas de sus manos y se inclinó un poco para quedarse más cerca de Albert.

Albert al verla, lo tuvo claro, estaba buscando un beso.

¡Por Dios!, pensó. Un beso suyo. ¿Eso era como defraudar a un hermano? Claro que sí. Si besaba a la mujer que su hermano amaba era lo más parecido a romper las reglas de un juego. Así es que se echó un poco hacia atrás.

Pero poco tardó en pensar que no podía hacerle eso a una señorita. Así es que al segundo de dar ese paso que los separó, uno nuevo los volvió a acercar. Dejando sus rostros casi tocándose por medio de sus narices.

Después de estar así unos segundos, entonces, llegó el beso.

No solo fue un beso dado por Eleonora, porque Albert lo recibió de buena gana, incluso lo saboreó y lo devolvió como era justo.

¿Justo? Se preguntaba a la misma vez que terminaba de separar los labios de la joven. No. No estaba siendo nada justo con su hermano.

Pero, y ella, ¿qué era lo que había sentido Eleonora?

Pues también era algo confuso, porque a pesar de estar deseando que sus labios se unieran a

los de Albert George, hubo algo que la hizo describir aquel beso como: vacío.

—Lo siento —dijo Albert cuando el beso hubo terminado.

—Te ha gustado.

—Pero no debería de haber ocurrido, y como hombre, te pido disculpas.

—Era mi primer beso. Y la verdad, aunque no era como había imaginado, en mi cabeza siempre creí que sería contigo.

¿Mi primer beso? No. No era mi primer beso. Mi primer beso había sido en el arroyo, con William, recordó ella y abrió mucho sus ojos.

¿Tan poco había significado para ella que lo había llegado a olvidar?

—También ha sido el mío. Ya habrá más tiempo para perfeccionar —dijo él.

—Sí —respondió sin saber a lo que respondía. Porque había dejado de escucharlo.

Nada era importante en ese momento para Eleonora. Ella solo pensaba en William, y en los momentos en los que compartía con él a diario.

Qué mal se sintió al recordar que su amigo estaba en una cama enfermo, y que quizá había sido ella quien lo había contagiado. Y en cambio, ella iba besándose como si todo continuase normal.

Albert era evidente que era ajeno a lo que se le pasaba por la cabeza a Eleonora, así es que le preguntó:

—¿Quieres que vuelva a besarte?

Ella no se movió ni un poco. Seguía ensimismada sentada en su cama, y con la mirada fijada en la puerta. Que por supuesto estaba cerrada.

—Ele... —la llamó como solía hacerlo su hermano.

Solo él la llamaba así, y aun sabiendo que a su madre no le gustaba ni una pizca que le acertara el nombre.

—¿Qué has dicho? —le respondió ella.

—¿Qué si quieres que te bese de nuevo?

—¡No!

—¿Cómo?

—Tú no querrás casarte conmigo. Y por un beso no ocurre nada, pero dos es tentar a la suerte. ¿Te imaginas lo que podría pasar si nos viese mi padre besándonos?

Albert entrecerró los ojos, y después se rio.

—Sé lo que no ocurriría. Ni me obligaría a casarme con su hija, ni creo que fuese capaz de retarme a duelo.

Albert estaba en lo cierto. Ninguna de esas dos opciones era fácil de imaginar.

Eleonora no paraba de reír junto a Albert. Quizá ahora que había mirado al joven desde otra perspectiva se acababa de dar cuenta de que no estaba enamorada de él. ¿Era eso? Sus padres le habían prohibido durante toda la vida que tuviese cualquier tipo de relación con aquel muchacho que habitaba la casa, y eso había hecho despertar en ella unas ganas irrefrenables de acercarse a él. Y ahora que no había misterio, Albert para ella era simplemente un hombre más. Interesante, pero solo eso. Nada de atracción.

—Siento decirte esto, Albert —dijo Eleonora.

—No sé qué más me puedes decir para ofenderme. Si me dices que no deseas casarte conmigo, y después de un beso no quieres otro, es que debo de besar tan mal para que nunca nadie quiera repetir —le dijo él—, pero adelante, intenta superarte.

—No son tus besos, ni tus labios, eres tú.

—Lo has conseguido, gracias por arruinar mi vida para siempre —le dijo con sorna.

—No quiero decir que tú seas el culpable de nada. Es simplemente que no eres el indicado para mí.

—Oh —pronunció nada más pues no se atrevió a contestarle.

—Creo que durante todo el tiempo he estado confundida. Sí, he confundido mi amor.

Albert no dijo nada, y Eleonora lo agradeció, pero al poco se produjo un silencio incómodo.

—Creo que deberías de ir a ver a William.

—¿Estarás bien?

—Tan bien como hasta ahora —le guiñó un ojo.

Capítulo 21

Y ya habían pasado dos semanas y el pobre William no mostraba mejoría alguna. Linda se resignaba a pensar que de nuevo serían dos en aquella casa. Un hijo y una madre, solo que ahora el que estaba vivo se iba a abrazar los brazos de la muerte, mientras que el otro había regresado de la muerte a su casa. Todo muy difícil de entender. Pero eso era lo que estaba ocurriendo.

No había nadie en el condado de Essex que no supiera de la mala suerte que corría la familia Radcliffe. Hasta el párroco de la iglesia más cercana había acudido aquel día para rezar por su alma a casa de los Radcliffe.

Bueno y si solo hubiese ido el párroco, no hubiera sido para tanto, pensó Albert al ver entrar en la casa de su madre a Iselda Carrington, la hija del vizconde de Essex.

Bonita, formal, educada hasta dar arcadas al escucharla, eso pensó cuando la vio aparecer en el *hall* de su casa.

—Buenas tardes, señora Radcliffe, no podía esperar más para mostrarle mi aflicción por la noticia.

Linda miró a Iselda extrañada por verla allí. Pero como solía hacer en los últimos días, miró a la persona que tenía frente a ella y con una leve inclinación de su cuerpo —con la que casi se cae—, dio por saludada a la joven.

—Aquí tienes —dijo depositando sus guantes en la mano que le ofrecía Albert.

Después le dio la espalda, y siguió a Linda escaleras arriba.

A pesar de la ventilación a la que era sometida toda la casa, y mucho más la alcoba de William, lo que era innegable, era que aquel espacio no olía como siempre. Quizá fuera porque William sudaba demasiado, y su cuerpo se había vuelto tan delicado que hasta lavarlo a diario resultaba toda una hazaña para no hacerle daño en la piel del joven.

Iselda se colocó la mano en la boca nada más entrar en la alcoba de William.

—¿A qué huele? —preguntó ignorante.

A muerte. A eso olía. Olía a la parca, ella ya se había instalado en algún lugar de la habitación y no se despegaba de su lado.

En esas dos semanas a Eleonora le había dado tiempo suficiente para ponerse en forma. O al menos para poder caminar de su cama a la silla de ruedas de madera que su tío, el bueno de su tío Sebastian le había traído del St. Bartholomew's Hospital, donde atendía a pacientes que no se podían permitir pagar médicos privados. Todo un ejemplo para ella desde pequeña.

El duque había conseguido bajar a la joven del piso de arriba, y ahora sentada en aquella silla que le iba a dar mucha más movilidad en los próximos días hasta que cogiera la fuerza necesaria como para caminar, se disponía a salir a la calle para poder disfrutar del aire fresco.

Pero no se iba a conformar con ver el jardín de la casa, no, ella estaba decidida a llegar más lejos, tanto como hasta la casa de William Radcliffe, del que nada más había sabido desde hacía tres días.

El miedo de que pudiera volver a contagiarse era el motivo por el que su madre no la dejaba acercarse hasta allí.

Poco se conocía de la fiebre tifoidea, no se sabía si cuando uno la pasaba después se volvía inmune, o era posible volver a cogerla de nuevo, y por seguridad así se decidió.

Eleonora había logrado que su padre sucumbiera a sus deseos. Ella no dejaba de hablar del amor, y aunque al principio el duque se mostró reacio a escuchar aquellas boberías de las que su hija tenía llena la cabeza, finalmente, una noche, mientras le daba las buenas noches. No tuvo más remedio que escucharla.

Allí, sentado sobre los pies de la cama de la joven. Con la biblia familiar en sus manos. Agradeciendo al señor por el gran milagro que había hecho en su familia, ahí fue que Eleonora tomó a su padre por las manos poniéndose de rodillas sobre la colcha y le susurró:

—Solo una vez, padre, déjame verlo solo una vez. Le prometo que no me acercaré, me quedaré quieta en la puerta. Pero, déjame ir.

—Estoy seguro, hija, que él también quiere lo mejor para ti. Es tu amigo, no creo que desee que corras peligro yendo a su casa.

—Padre. ¿recuerdas cuando te dije que aunque fuera solo por un día yo querría estar con la persona que creo es el amor de mi vida? Solo un día. Siempre será mejor que nunca.

El duque cambió su semblante, y la miró extrañado.

Su cara decía no creer entender nada de lo que su hija le decía.

—Creía que era a —le costaba decir su nombre—, Albert a quien amabas.

Eleonora se rio recordando lo equivocada que había estado.

—Padre. Hay ocasiones que tienes tan cerca a la persona que te hace feliz que terminas por no darle importancia. Albert era un reto, algo así como ese libro prohibido que no te dejan leer cuando eres aún demasiado joven, pero que deseas abrir sus páginas a cada rato que te encuentras sola.

El duque frunció el ceño.

—¿Lees cosas inapropiadas sin permiso? —preguntó enfadado.

—No lo has entendido. Padre, Albert se había convertido en un juego. En cambio William y yo lo hemos compartido todo.

El duque carraspeó para que Eleonora dejase de contarle todas esas cosas que un padre no tenía por qué escuchar.

—Ve.

—¿De verdad? —Eleonora se destapó rápido y sin pensarlo puso ambos pies en el suelo para levantarse y andar.

Se cayó al suelo, como era de esperar.

Su padre la levantó y la volvió a colocar en la cama, después la arropó con las mantas, y mirándola a los ojos emitió una sonrisa.

—Mañana. Hoy ya es tarde. No puedes irrumpir en esa casa, quizá Linda Radcliffe duerma, o quizá no, pero definitivamente no son horas.

Aunque Eleonora se moría por estar cerca de William, entendió lo que su padre le dijo y se recostó sobre la cama.

Sabía que esa noche iba a ser imposible concebir el sueño, pero tenía que esforzarse porque al día siguiente iba a ir a visitar a William y tenía que estar repleta de fuerzas. Y el descanso era primordial para eso.

Al final se durmió. Seguramente serían cerca de las cinco de la madrugada cuando lo hizo, pero fueron horas suficientes para poder descansar y reponer fuerzas.

—Son las ochooooooooo, padreeeeeeee, son las ochooooooooo —gritaba Eleonora a viva voz.

—¿Qué está pasando aquí? —Apareció su madre en la alcoba.

—Nadie viene a sacarme de la cama, llevó despierta más de tres minutos, y nadie ha venido a sacarme de la cama.

—Vale, vale, llamaré a la doncella para que nos ayude a llevarte al aseo.

—Mejor llama a padre —le dijo ella.

—¿Quieres que tu padre te lleve al aseo?

—No, quiero que venga mi padre para que me coja en brazos y me baje a la planta de abajo. Después ya iré al aseo yo sola cuando esté allí. Sentada en la silla.

—No me gusta nada verte en esa máquina de madera. Me da la sensación de que estás tullida. De por vida.

—¿Preparada? —dijo el duque haciendo aparición por el umbral de la puerta.

Eleonora abrió mucho los ojos. Su padre no había sido cuidadoso, y su madre lo había escuchado.

—¿Preparada para qué? —preguntó Alexandra.

—Nada mamá. Es solo... —El duque le hizo callar colocando su mano sobre su boca.

—No hay que mentir, la vida ya nos ha enseñado que la verdad siempre aflora, y que los secretos terminan por hacer daño, mucho daño.

—¿Alguien me va a decir lo que pasa?

—Vamos a visitar a William Radcliffe —pronunció el duque.

Alexandra abrió mucho los ojos.

—¿Alguien cuerdo en esta casa? Os habéis vuelto locos —Aseveró.

—Voy a ir a verle —sentenció Eleonora.

—¿Piensas dejarla que corra ese riesgo?

—Lo que no pienso hacer es privarla de tener la oportunidad de ver al hombre al que ama. Nadie sabe qué le ocurrirá a William.

—¡George! ¡Es nuestra hija! —dijo llorando.

—Lo es, y como padre tengo la obligación de educarla, protegerla, hacerla una buena persona, y hacerla feliz. Y hasta donde sé, nadie que no puede ver al amor de su vida llega a ser feliz.

Las palabras del duque encogieron el corazón de su esposa. Tanto que sin decir más palabras, fue la duquesa la que ordenó que preparasen el carro para viajar los tres hasta la casa de los Radcliffe.

Capítulo 22

El recibimiento no fue el esperado, o sí.

Si hablamos del que Eleonora recibió, ese fue magnífico, lleno de abrazos, tanto por parte de Linda y el joven Albert, como por aquellos sirvientes que conocían a la joven casi desde que llegó a este mundo.

En cuanto al que se les dio a los duques de Argyll, ese no fue tan cálido como a lo que acostumbraban a recibir. Desde miradas por encima del hombro, o susurros entre el servicio, hasta negar el saludo como Linda Radcliffe hizo con el duque.

—¿Cómo está? —preguntó Eleonora desde su silla.

—No deberías de estar aquí, tú aún estás débil —le dijo Linda a la joven con cariño.

—Necesito verle.

—Está bien, iré a decirle a Iselda que ha llegado más visita —dijo Linda.

Eleonora se quedó paralizada al escuchar el nombre de la hija del vizconde de Essex. ¿Qué hacía ella en aquella casa?

—¿Iselda Carrington? —preguntó.

—La misma. Me sorprendió que viniera al parecer tanto como a ti, de hecho William no me había hablado nunca de ella de esa forma... —Linda caminó hacia el dormitorio de William, y Eleonora la siguió con su silla por atrás.

—¿A qué forma se refiere?

—Ya sabes...

Eleonora apoyó los brazos con fuerza sobre las ruedas de su silla y se empujó más rápido. Llegando así a tocar la falda del vestido de Linda Radcliffe y estiró con fuerza para hacerla detenerse.

—No, no lo sé —dijo cuando Linda se dio la vuelta con cara de sorpresa.

—Me dijo que ella y William estaban a punto de comprometerse —susurró.

Eleonora se quedó muda en el instante en el que escuchó la palabra compromiso.

¿Por qué la hija de un vizconde querría comprometerse con un barón que nada posee salvo su título?

La verdad era que ella misma tenía la respuesta. Por amor. Pues para mejor ejemplo estaba el suyo. Hija de un duque, con tierras, y rico, a la que le encantaría comprometerse con un simple barón como lo era William Radcliffe, barón de Newcastle.

Sus manos se descolgaron de las ruedas de su silla y su mentón se apoyó en el pecho. Parecía que se había desmayado.

—¿Estás bien? —gritó Linda.

—Sí, es solo que de repente me he sentido más débil, pero ya está.

Iselda Carrington se encontraba en el pasillo de las alcobas. Seguía teniendo la mano colocada sobre su nariz y su boca, y su padre el vizconde la acompañaba.

En el momento que llegaron Eleonora y la señora Radcliffe parecía que padre e hija tenían una conversación algo incómoda, y al verlas aparecer, disimularon con exageración y reían de manera poco correcta para el momento que en esa casa se estaba viviendo.

Eleonora Catlin había perdido muchas cosas en los últimos tiempos. La confianza que sin duda tenía antes con su madre. La admiración desde niña por su padre, y ahora, al amor de su vida.

No sabía si debía irse sin ni tan siquiera ver a William, o ya que estaba allí verlo para guardar en su memoria una nueva imagen del hombre que la hacía reír todo el tiempo.

Se decidió a entrar.

Traspassó la puerta de madera, y enseguida su padre la detuvo. Se lo había prometido por lo más sagrado que no se acercaría a él tanto como para poder contagiarse.

Desde aquella distancia parecía dormido. Sí, como muchas de las veces que William se había quedado dormido bajo la sombra de un árbol en verano, o tan dormido como cuando Eleonora trepaba por la fachada de su casa y entraba por la ventana para despertarlo. Simplemente dormido, pensó.

No había ningún otro motivo para pensar que se iba a morir. No había sangre. Ni un médico al lado de su cama, nada que le dijera a Eleonora que su amigo William ya no volvería a despertarse de ese sueño.

—Está bien, ya lo he visto, podemos irnos —dijo Eleonora sonando fría y extraña.

—Como siempre, Eleonora creyéndose por encima de todos. —Ese comentario no debía de haberlo escuchado ella, pero Iselda Carrington en lugar de pronunciar un susurro, lo dijo a media voz.

A estas alturas, medio Londres seguramente pensaban que Eleonora Catlin se creía superior que toda la nobleza británica, y que por eso no acudía a reuniones como invitada.

Eleonora estuvo a pocos centímetros de darle un estirón en el pelo a Iselda, pero por fortuna algo ocurrió.

Fortuna, esa era la palabra que definiría ese momento.

William se sentó de repente en la cama, todavía con los ojos cerrados, y poco a poco empezó a abrirlos.

No tenía ni idea de qué día era, ni de qué hora era, ni qué estaba haciendo toda esa gente en su casa. Sobre todo por Iselda y el vizconde.

El corazón le latía con mucha fuerza, sentía el pulso terriblemente acelerado, y de repente, la joven Iselda corrió hasta él para abrazarlo.

Aunque el abrazo duró poco, porque ella no pudo soportar el olor a sudor que desprendía su cuerpo.

William, de forma instintiva se echó hacia atrás pegándose al cabecero de la cama, estaba muy desorientado como para entender qué era lo que sucedía allí.

—¡Dios mío, Dios mío, has vuelto! —gritó Linda.

Eleonora se quedó quieta esperando que su amigo le dijera algo. De hecho le tenía que decir

mucho. Para empezar, qué era eso de que estaba a punto de comprometerse con la hija del vizconde.

De pronto entró el doctor, y haciendo aspavientos les pidió a todos, salvo a la madre del enfermo que salieran de la alcoba.

Capítulo 23

—Sigue el palo con los ojos, William —le pedía el doctor mientras con atención él miraba las pupilas del joven.

—Hijo, di algo —pronunció Linda.

Nada. Ni una sola palabra por su parte.

De repente la puerta se abrió, y apareció con claros signos de agitación Albert.

—Vine en cuanto me enteré.

Desde hacía dos semanas Albert se ocupaba de los campos, de cortar leños, y de cualquier asunto que tuviese que ver con la finca, pues al William encontrarse en su estado, alguien debía hacerlo.

—¿Qué le ocurre doctor? —preguntó Albert al ver a su hermano parado con la mirada perdida y sin decir nada.

—No estoy seguro, es pronto, pero las fiebres han podido causar daño al cerebro.

—¿No volverá a ser el mismo? —preguntó Albert.

—Es pronto —volvió a decir el doctor.

—¿Nunca más volverá a hablar?

—Es posible que no.

—Puedo hablar —dijo William sorprendiendo a todos.

Linda miró a Albert tratando de entender qué era lo que pasaba.

—¿Qué sientes, William? ¿Sabes dónde estás? ¿Qué crees que ha ocurrido?

—Siento cansancio, salvo eso, nada más siento. Recuerdo que estaba escribiendo, y después ya no tengo más recuerdos.

—Hijo, enfermaste. Debiste contagiarte al estar cerca de Eleonora —dijo Linda tomándolo por la mano y besándolo.

—¿Dónde está? Quiero verla.

—Antes creo que debes saber que también ha venido a verte Iselda Carrington —le dijo Linda.

—¿Iselda?

Linda Radcliffe miró a Albert extrañada. ¿No se suponía que su hijo tenía que saber que estaba a punto de comprometerse con una dama? Todo ese asunto le parecía cuanto menos curioso, así que le pidió al doctor cuando terminó de reconocerlo, que les dejase un momento a solas con él.

El doctor concluyó su revisión, y salvo por ese pequeño dato de no recordar algunos asuntos, que por supuesto él no iba a contar, William Radcliffe se encontraba ya recuperado, al

menos de aquellas terribles fiebres.

Albert acompañó al doctor hasta la puerta de la alcoba y se encargó de cerrar bien la puerta por dentro cuando este se había marchado.

—Hijo, preferiría no tener que preguntarte esto en este momento, pero, me temo que es necesario hacerlo.

William miraba a su madre con una clara expresión de no saber nada de lo que hablaba.

—Adelante, madre.

—Iselda Carrington asegura que estáis comprometidos, o más bien. Ha dicho que ibas a pedirle compromiso.

—¿Cómo? —gritó William.

—Shhhhhh... —le pidió Albert que no gritase, pues afuera esperaban todos.

—Iselda vino hace pocos días porque supuestamente habíais quedado en que irías a pedir su mano. Al no presentarte en su casa, vinieron aquí.

—No lo recuerdo —respondió William escueto.

—¿Puede ser cierto? —preguntó Albert a su hermano.

—¿Por qué mentiría? —dijo Linda.

—No lo recuerdo —volvió a repetir el pobre William.

La puerta fue golpeada con delicadeza.

William recordó todas las veces que Eleonora había llamado a su puerta, era fácil porque no eran muchas, ya que la mayoría de las veces entraba sin pedir permiso, y otras de ellas, se colaba por su ventana. Esa manera de llamar a la puerta no era de Eleonora.

—Decidles que pasen, les pediré disculpas.

Albert miró a su madre, y esta aceptó con la cabeza.

—Estaremos fuera, por si necesitas algo.

—Solo una cosa más, ¿cómo está Ele? —Y se le dibujó una sonrisa al pronunciar su nombre.

—Esperando para verte —le respondió Albert.

William se colocaba cómodo sobre la cama, aunque le dolía todo el cuerpo como si un montón de hombres fuertes hubieran golpeado todo su cuerpo. Intentó ponerse recto apoyando la espalda sobre el cabecero para recibir a Iselda y a su padre.

Ambos entraron en la alcoba, y el vizconde lo único que dijo fue:

—Me alegro de que esté vivo muchacho. —Y salió al pasillo.

—No puedes imaginar la angustia que sentí al enterarme que habías enfermado. ¿Quién te contagió esa enfermedad? —Iselda guardaba distancias.

William recordó que había sido él mismo quien se había contagiado. Que seguramente al darle aquel beso en los labios a Eleonora, la enfermedad había entrado en él, pero no se arrepentía, porque aquello lo recordaba como un regalo.

—Lady Carrington —dijo, pero enseguida fue interrumpido.

—Tú puedes llamarme Iselda.

William prefería llamarla lady Carrington que pronunciar aquel nombre tan feo. Tan feo como lo era ella, pero por alguna razón él se iba a casar con esa mujer, y no recordaba el motivo.

¿Su reputación? ¿La había hecho perder su reputación?

Era raro, porque a él no le gustaba ella.

¿O no le gustaba ahora?

¿Podía ser que no recordase que antes sí que le gustaba?

Todo era muy extraño, pero, tampoco había un motivo para que la señorita Carrington le mintiese, así es que aceptó como un buen hombre. Porque sí William Radcliffe había pedido su mano, tenía que seguir adelante.

Iselda Carrington no estaba enamorada de William, pero haría todo lo posible para que creyese que sí lo estaba y así casarse cuanto antes con William. El tiempo era importante, no debía demorarse mucho ese matrimonio, así que el mismo vizconde pediría una licencia especial aquel día para que en menos de una semana se llevase a cabo el matrimonio.

Linda Radcliffe puso el grito en el cielo cuando se enteró de las prisas. No estaba de acuerdo en que su hijo se casara estando todavía convaleciente, así es que se negó y consiguió que el matrimonio se pospusiera al menos un mes.

Un mes en el que Iselda Carrington debería tener mucho cuidado.

A Eleonora la noticia no le vino nada bien, pero si era cierto que si su amigo había decidido casarse con esa mujer, ella, enamorada o no de él, tenía que aceptarlo.

No había noche que no se despertase empapada en sudor por las terribles pesadillas que tenía. En todas y cada una, salía ella, todo el tiempo hablando de sí misma, y con el pobre William a su lado escuchándola atentamente, pero con la boca amordazada. Y es que eso era justo lo que ella pensó cuando se enteró del compromiso de su amigo, que nunca escuchaba lo que él tenía que decirle, y solo hablaba ella.

Capítulo 24

El mayordomo de la casa Radcliffe entró en la pequeña biblioteca de la casa, y dando varias palmadas sonoras en el aire, logró despertar al joven William.

No le gustaba que lo despertasen con ruidos, y menos si se había quedado dormido leyendo un libro frente a la chimenea, pues al abrir los ojos lo único que le apetecería sería volver a cerrarlos. Y eso fue lo que ocurrió, pero con mal humor añadido.

—¿Qué ocurre, señor Reynolds? —le preguntó malhumorado.

En realidad él pensaba que había dicho eso, pero la verdad era que solo había balbuceado.

—Le buscan señor.

—¿Quién? —En esta ocasión sí se le entendió.

—Es la joven Eleonora.

Le pareció extraño, era Eleonora, y ella nunca había pedido permiso para entrar en su casa. Todo lo que pasaba desde que se había despertado de la fiebre era diferente.

—¡Hágala pasar! Ella nunca debe esperar en mi casa.

—Lo sé, se lo dije, pero insistió en que ahora debe de ser así.

El mayordomo se encogió de hombros, y después se retiró.

William quería ponerse un poco más correcto y menos informal en el sillón en el que estaba tumbado, pero en un intento de recolocarse, perdió las fuerzas de una pierna y se cayó al suelo.

Eleonora entró en ese momento en el que William se caía, y no corrió en su auxilio, llegó hasta él, y cuando estuvo cerca, le preguntó si quería su ayuda.

—¿Estás bromeando?

Ella negó con su cabeza.

—Claro que quiero tu ayuda, la necesito, Ele.

Eleonora pensó que ella también lo necesitaba a él, pero en cambio había decidido que se iba a casar con Iselda Carrington, así, de la noche a la mañana.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿De qué hablas?

—¿Por qué no me dijiste que te ibas a comprometer con Iselda Carrington? —Se acucilló para quedarse a su altura.

—No lo recuerdo.

—Creía que era tu amiga —pronunciar esa palabra le dolió en el alma a Eleonora.

—Lo eres. ¿Me ayudas?

Eleonora se puso en pie de nuevo y agarró a William por debajo de las axilas desde atrás.

Con la poca fuerza que tenía Eleonora, pues aunque había comenzado a caminar días atrás, todavía no se sentía como siempre, pero con la maña de William que se apoyó en el asiento del sillón, pudieron colocarlo de nuevo cómodamente.

Cuando William recobró su postura menos denigrante, pues antes estaba de rodillas y apoyado sobre las palmas de sus manos, como si fuera un perro, le dijo a Eleonora que se sentase a su lado. Y esta sin pensarlo se sentó.

—Todavía no entiendo por qué no me lo contaste, yo te lo contaba todo. Lo sabías todo sobre mí, sobre mis sentimientos. Mi plato de comida preferido, mi color más elegido, mis secretos más oscuros, incluso te conté a quien amaba locamente.

—¿Tu secreto más oscuro?

—Sí, cuando lo del gato.

—Eso no es oscuro. Metiste un gato en tu casa durante tres días para alimentarlo, ¿qué hay de oscuro, Ele?

—¡Era negro!

Los dos comenzaron a reír sin poder detenerse.

Entre esas risas que se convirtieron en carcajadas, Eleonora golpeó en el hombro a William, y aunque ella pensaba que tenía poca fuerza, el pobre William aún estaba convaleciente, y se encogió de dolor al segundo.

—Perdona, perdona, lo siento, lo siento... —Eleonora enseguida abrazó a su amigo y le besó el hombro como su madre solía hacer con ella cuando se hacía daño.

William al notar la cercanía de Eleonora se quedó quieto, pensando en si tranquilizarla porque no era nada, o aprovechar el momento y alargarlo considerablemente.

—Ya está —le dijo, pero colocó su mano sobre la de ella que estaba justo sobre su pierna.

—Siempre has sido tan fuerte que ahora no puedo entender que un empujoncito de chica te haga daño.

—Eso no ha sido un simple empujoncito, parecía que querías matarme.

Eleonora al escucharlo sintió un miedo en el interior de su cuerpo, porque William había estado a punto de morir, y ella no quería eso.

Negó de forma rápida con su cabeza, y le miró a los ojos.

William comenzó a sentir el latido de su corazón. Igual que aquella vez en la que la había hecho suya en el arroyo, el pulso se desbocó, y la respiración no podía contenerla.

No dejaba de repetir dentro de su cabeza que estaba comprometido con Iselda Carrington, pero no, las señales de su corazón eran claras, y no podía ignorar que tenía frente a él a la persona que le daba ese impulso para seguir viviendo.

—Jamás querría eso para ti, yo te quiero —le dijo Eleonora.

¿Qué había dicho?

¿Le había dicho que le quería?

Claro, qué estúpido que era, le quería como un amigo. Y a los amigos no les deseas la muerte.

—Ya, yo también. ¿Vendrás a mi boda, verdad? No puedes faltar en ella. Sé que nuestras familias no son las mejores amigas desde que todo salió a la luz, pero nosotros seguimos siéndolo, ¿no?

Eleonora no podía dejar de mirarlo, y más ahora que había pronunciado ese, *yo también*, sin apenas darle importancia.

—No faltaré.

William se acercó a ella para abrazarla, y notó que su amiga estaba más rígida de lo habitual. Pero él la apretó entre sus brazos para sentir su aroma, para que su cabello le acariciara el rostro como siempre hacía, y para recordar sin mucho esfuerzo el que fue el mejor día de su vida, cuando la hizo suya bajo su cuerpo.

Al retirarse, Eleonora hizo algo que no esperaba.

Tomó a William por el rostro, y acercándose a él, le besó los labios con suavidad.

Después se levantó, ya no se atrevió a mirarle a los ojos, y con la mirada baja, se marchó.

Capítulo 25

Después de que la señorita Catlin saliera del hogar Radcliffe, la visita de la señorita Carrington era algo no apetecible.

Y eso debió de notarse, porque a Iselda no le gustó mucho que William la echase de su casa.

No la echó de forma literal, pero sí le pidió que lo dejara descansar porque todavía se sentía algo indispuerto.

Ella se fue, pero Albert aún estaba allí.

—No es ella.

—¿Cómo dices?

—Que no es ella. Que podría ser otra, y otra, y otra, pero jamás la aceptarías.

—¿Ahora eres adivino?

—No. Solo un buen observador.

—¿Entonces?

—Pues te digo que no importa quien sea, si no es Eleonora Catlin.

—No digas bobadas, además es imposible, ella está loca por ti. ¿Aún no te has dado cuenta?

—Tal vez eso era lo que creía antes, pero resultó que no.

Albert captó toda la atención de su hermano, y vio como se recolocaba una fina manta sobre sus piernas.

—Empieza —le dijo levantando el mentón y sonando muy serio.

El joven Albert empezó a relatarle a su hermano todo lo que había ocurrido, sin saltarse nada, desde que había caído enfermo y él mismo fuera quien acompañase día y noche a la hija de los duques junto a su cama.

Haciendo especial mención a que el despertar de la señorita Catlin ocurrió el mismo día que encontraron al joven William tirado en el suelo de su alcoba.

—¿La besaste?

—No sintió nada.

—Pero tú la besaste. —Se puso en pie.

—Será mejor que te calmes —le pidió Albert.

A William le empezaron a temblar las piernas, nunca había conseguido mantenerse erguido sin apoyo, y ahora lo estaba haciendo, pero no aguantaría mucho más tiempo.

—Continúa —le pidió dejándose caer de nuevo sobre la butaca.

—Te ama, William. Salió de su boca. Es a ti a quien ama, solo que ahora existe el problema

de la señorita Carrington.

William se quedó pausado, acababa de escuchar la mejor de las noticias, pero también conocía que tenía el mayor de los problemas oponiéndose a su felicidad.

No había nada, absolutamente nada en el comportamiento de William Radcliffe como para que nadie pudiese pensar que fuera un canalla amoral, así es que todavía no había dado con el verdadero motivo de por qué se iba a casar con Iselda Carrington.

Albert que acompañaba a su hermano en aquel silencio sepulcral, solo pudo que hacerle varias preguntas.

—¿Te la beneficiaste? ¿Lo hiciste?

¡Por Dios! Si su madre lo hubiera escuchado hablar así.

—No. Bueno, no lo recuerdo. Pero, ¿no crees que eso debería de recordarlo?

—No lo sé.

Entonces a Albert se le ocurrió algo. Iría a algunos clubes de Londres, a los menos elegantes, claro estaba, porque a los otros difícilmente lo dejarían pasar, y trataría de preguntar por Iselda Carrington, quizá de aquella manera se pudiera enterar de algo.

No iba a ser fácil, pero había que intentarlo.

Dos días después

Nadie había descubierto nada, todo seguía igual, salvo por el gran detalle de que las visitas de Eleonora a casa de los Radcliffe habían pasado de pocas, a ninguna. Quizá la culpa la tuvo aquel beso, pero eso no había sido culpa de William, no. Eleonora fue quien lo depositó sobre los labios del joven.

El caso es que se mirara por donde se mirase, cada día iba a peor.

El joven William ya caminaba solamente apoyado sobre un bastón. Y a punto estaban de llegar los duques de Essex a Hope House, así era como Linda acababa de bautizar a la propiedad, después de tanto tiempo sin tener nombre se había dado cuenta que esperanza era algo que albergaba esa familia, y así la hizo llamar.

No se hicieron esperar, es más llegaron incluso media hora antes de lo acordado. Parecía que tenían más prisa que ninguno en que aquel matrimonio se celebrase cuanto antes.

William miraba a Iselda durante todo el tiempo. Parecía simple, inocente. No creía que le pudiera resultar imposible una vida junto a ella. Al menos no le daría muchos quebraderos de cabeza, no parecía una de esas mujeres que hablaban sin parar todo el tiempo.

Pero, la verdad es que no podía pensar en besar a Iselda. Sería como besar una pared, no tenía sentimientos por ella.

Tenía que tomar una decisión, o se negaba por completo a intentar ser feliz y hacer feliz a esa mujer que se sentaba frente a él a la mesa, o aceptaba aquel matrimonio, y se resignaba a pasar toda su vida junto a ella. A dormir con ella, pasear con ella, comer con ella, ¿tener hijos con ella? No lo habían hablado. O quizá sí, y tampoco lo recordaba. Y eso era bastante importante, porque si quería tener hijos con él, ahora mismo William no estaba dispuesto a dárselos.

Así que, fue de nuevo paciente, y esperó a que la cena se diera por finalizada, y le ofreció un corto paseo, debido a su condición física, por los jardines traseros de Hope House.

Albert continuaba sin descubrir nada indecoroso sobre la joven Carrington, y seguro así seguiría siempre.

Mientras caminaban a paso muy lento por los jardines, a William se le ocurrió preguntarle a la joven, cómo era que le había pedido compromiso, él era tímido, y nunca supo si llegado el momento oportuno tendría el valor necesario para hacerlo con Eleonora, así es que le preguntó.

Ella después de muchos segundos, muchos, tantos como para detener el paso de William, respondió.

—Pues no lo recuerdo bien, creo que simplemente me dijiste que querías casarte conmigo.

William solo pudo que mover la boca. Algo así como arrugar sus labios, como si no la hubiera entendido del todo bien.

—Lo siento. ¿Has dicho que no lo recuerdas?

—Eso he hecho.

—¿Me mientes?

—No lo hago.

—Normalmente se propone matrimonio porque dos personas están enamoradas, o al menos una de ellas lo está. Los dos sabemos quien debería de ser esa persona, y, ¿dices que no recuerdas como fue ese momento?

Iselda Carrington resopló en ese momento.

William la imitó demostrando la poca paciencia que le quedaba.

—Creo que sabes mejor que yo, que son muchas las ocasiones en las que los seres humanos que contraen matrimonio, no suelen estar enamorados.

—Me temo que en este matrimonio alguno de ellos debería de estarlo.

—Seré franca. Mi padre me mataría si se enterase de lo que estoy a punto de hacer. Pero no

lo soporto más.

William asintió con la cabeza. Parecía que todo empezaba a cobrar sentido para él.

—¿Necesitas ayuda? —dijo William.

—Necesito tanta ayuda como que aproveché que estabas enfermo para mentir.

—Está bien, te ayudaré, pero me temo que no casándome contigo.

—Si no es casándote conmigo no podrás ayudarme.

—¡Por Dios! ¿Qué ha ocurrido?

—Nadie puede saberlo, nadie.

—Señorita Carrington, perdóname si te ofendo al pronunciar esta pregunta, pero me temo que no te vas a atrever de pronunciarlo, y yo me estoy impacientando.

—Adelante, estás disculpado por adelantado.

—¿Alguien ha robado tu reputación?

Iselda Carrington cerró los ojos con fuerza, y para cuando los abrió, un torrente de lágrimas se derramaron por ellos.

—Está bien, ya sé la respuesta, ahora debes decir quien fue el miserable, yo mismo iré a por él y pagará por la violación.

Iselda no dejaba de llorar, y además de asentir al principio de la frase, nada más podía decir. Bueno, sí, dijo algo más, dijo el nombre del hombre, que no caballero, y también dijo que él no la había violado y que tampoco conocía su estado.

—¿Embarazada? —gritó en forma de susurro William al escucharla.

Su padre la había obligado a no decir a nadie que esperaba un hijo del pescadero, y también fue idea suya empaquetarle a otro tonto al niño. Esas fueron las palabras textuales del duque de Essex.

Después Iselda se tendría que encargar de consumir de forma rápida el matrimonio para que el nacimiento de su hijo no fuera increíble.

En ese momento, William estuvo a punto de colapsar debido a todos los pensamientos.

—Es increíble que pretendierais hacerme esto.

—Yo no quería, lo prometo, ahora que lo he contado me siento de maravilla.

—Está bien, dices que tu padre te obligaba, y tú ¿quieres que lo haga?

—Si me preguntas si deseo casarme contigo, mi respuesta es no. Por supuesto que no. Amo a Seamus O'Doherty, de poder elegir solo lo haría con él.

—Está bien, solo hay una manera de que puedas hacer lo que desees, pero habrá un escándalo.

—Me prepararé para el escándalo.

Capítulo 26

Pues parecía que todo había salido bien.

Eso fue en lo que no dejaba de pensar a la mañana siguiente.

—William, el duque de Essex desea saber si prefieres que se sirva un desayuno Inglés o prefieres Francés en la recepción de las nupcias.

Esa absurdo gastar demasiado tiempo en elegir sobre esas cosas tan banales que ni tan siquiera se iban a llegar a realizar.

—Puede elegirlo él mismo, ya ha decidido otras veces por mí.

—¿Deseas que sea eso lo que le diga? —dijo extrañada Linda.

—Madre, dile que mejor un desayuno Irlandés. —Como el futuro esposo de su hija pensó.

—Me marchó a la casa de los duques —dijo William.

Linda no se opuso creyendo que a los duques que su hijo se refería era a los de Essex, pero realmente se dirigía hacia la casa de los duques de Argyll.

Cuando se abrió la gigantesca puerta de la casa de Argyll y fue anunciado en el vestíbulo, sintió un fuerte dolor de estómago al pensar en Eleonora.

—Disculpe Hedrik, no le dije que vine a ver a Eleonora.

El mayordomo asintió y se dirigió a donde la joven estaba para ser avisada.

Cuando Eleonora apareció frente a William su rostro se mostró alegre. Hacía días que no sonreía, tampoco tenía motivos para hacerlo.

—¿Qué haces aquí? Deberías de estar preparando una boda.

El joven William dio un paso y también hizo un intento de hablar, pero Eleonora lo interrumpió.

—Claro, es verdad, esas cosas son propias de mujeres, ningún hombre se dignaría a elegir las flores, la cubertería, o incluso la lista de invitados de una boda. ¿Habrá sopa, después pescado?

—¿Vendrás? Dijiste que no faltarías.

—Me lo estoy pensando.

—Tendrás tu hueco en la mesa.

—Puede que se quede vacío.

—Me arriesgaré.

Lady Catlin se volvió hacia la ventana que había situada a un lado del vestíbulo.

—¿Está lloviendo? —preguntó William.

—No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Porque estás frente a la ventana.

Eleonora no miraba por la ventana, tenía los ojos anegados en lágrimas, porque el amor de su vida, su amigo, su mejor amigo se iba a casar en menos de una semana con una mujer y no era ella.

—¿Qué te pasa, Ele? —preguntó William.

Ella se limpió los ojos frotándolos con las mangas de su vestido. Aquella pregunta se merecía algo más que su mirada fijada en la ventana o en el suelo, así es que levantó la mirada.

—Creo que...

No podía decirlo. ¿Para qué iba a decirle que le amaba? Si estaba a punto de casarse.

Creo que yo podría hacerte feliz, creo que podríamos formar una familia entre los dos, creo que te amo.

Esas eran las palabras que tenía colocadas en la punta de su lengua pero que tenían tanto miedo por salir o más que ella.

—¿Qué ocurrió con Albert, Ele? —le preguntó él.

—No era lo que creía.

—¿Cómo te diste cuenta de eso?

—Lo supe.

—¿Sin más? —William quería que su amiga fuera sincera con él. Quería escuchar de su boca lo que sentía.

—Sin más.

Pero eso no ocurrió.

Eleonora miró a su amigo durante un momento, y vio en su mirada algo que no conseguía distinguir. ¿Picardía tal vez?

William antes de despedirse dio un último paso más para quedarse cerca de su amiga. Su intención no era otra que besarla, pero le dio un abrazo.

Llevaban mucho tiempo separados.

—Ya no podremos ir al arroyo —le dijo él.

—No deberías de pronunciar ese hecho, estás a punto de casarte.

—Estoy seguro de que nunca se me irán las ganas de ir contigo al arroyo. Y no es por lo que crees.

—No creo nada.

—Sí, te conozco bien, estás pensando en el momento más íntimo que hubo entre nosotros.

En ese instante a Eleonora le subió el fuego hasta quedarse en las mejillas.

Le ardía la cara.

—Me alegro de que aquel momento fuera el primero para ambos.

—Yo más. Créeme.

William colocó una mano sobre el hombro de Eleonora, y ella de forma automática giró su cabeza para mirar la mano.

Ese fue el segundo que William necesitó para acercarse hasta su boca y besarla.

—¿Qué haces? Podrían vernos.

—¿Entonces tendría que casarme contigo?

—No, ya estás comprometido —dijo ella, y le dio otro beso.

—¿Entonces tendría que renunciar a ese compromiso? —William continuó besando los labios de Eleonora.

—Eso no se le permite a un caballero —respondió.

—Pues tendremos que dejar de besarnos pues.

—Sí, será lo correcto.

—Sí, me marcharé.

—Que tengas buen día —dijo ella como si no quisiera que ese momento se terminase nunca.

—No faltes el día de la boda. Te lo pido de rodillas.

Aquello era un despropósito.

Eleonora estaba loca por él, y él la había besado, dos veces, cuatro si contábamos las del arroyo, pero la boda con Iselda continuaba su curso.

Estaba enfadada.

Estaba ofendida.

Estaba furiosa.

Capítulo 27

Todo marchaba según los planes de William Radcliffe.

Había conseguido dar con el paradero del pescador Irlandés, Albert había sido de gran ayuda para eso, porque de ser por él y su lentitud para andar, le habría costado al menos dos décadas, y le quedaban solo tres días para la boda.

Nadie sospechaba nada de lo que iba a ocurrir, y él mismo se había encargado de que todo el condado fuese testigo del amor de aquel día.

Lo que tenía que ver con Eleonora no era tan fácil de llevar a cabo, porque aunque él conociese bien a su amiga, nadie sabía lo que podía ocurrir en un momento así con esa mujer. Así es que simplemente se limitó a rezar por las noches, y a cruzar los dedos como ella le había enseñado a hacer cuando quería que algo funcionase.

Iselda Carrington se había vuelto una visitante muy insistente en los últimos días, pero aquel día era el más importante de todos, y no aparecía.

William caminaba nervioso de un lado a otro por el vestíbulo mientras esperaba su llegada.

Linda Radcliffe no podía entender qué era lo que ponía a su hijo tan nervioso, pues la boda sería en unos días, y no había motivo para esos nervios aún.

—Madre, tengo algo importante que decirte.

—¿Sí?

—Voy a casarme.

Linda lo miró preocupada.

Hacía muy poco que había pasado por aquella terrible enfermedad, y al despertar tuvo claros signos de que algo en su cabeza iba mal, así es que aquella afirmación de su hijo, hizo que saliera corriendo para que alguien buscase al doctor.

—Detente, madre, deja de gritar.

—¿Estás bien? Qué sientes.

—No me he vuelto loco. Solo quiero que sepas que mañana no me casaré con Iselda Carrington.

Linda perdió la calma.

—Hijo, ¿te escuchas? —le tomó el rostro entre sus manos—. Acabas de decir que vas a casarte, y después me dices que no te casarás con Iselda Carrington.

William sonrió.

—Está todo bien, no es con ella con quien pretendo casarme.

Linda miraba a William intentando adivinar si la fiebre había vuelto, o si trataba de decirle algo más.

—Sigo esperando —dijo Linda sin perder la calma.

—He descubierto que el duque pretendía cargarme con un hijo bastardo. Iselda está enamorada de un pescador, él también lo está de ella. El día de la boda todo el que esté presente se enterará por boca de ella, y yo, entonces le pediré matrimonio a Eleonora Catlin.

—¡Estás loco, has perdido el juicio!

—Solo hay unos problemas. Iselda no aparece, debería de estar aquí, y no es seguro que Eleonora acuda a mi boda.

Linda se tapó la boca al oírlo.

Poco tiempo pasó y la puerta sonó. El mayordomo salió para abrir, y Iselda apareció en el vestíbulo.

—Buenos días —saludó Iselda. Y en su tono se percibía cierta prudencia.

—No te preocupes por mi madre, he decidido que debía de saberlo todo.

—¿Todo? —preguntó.

—Hay cosas que a una madre no se le pueden ocultar.

—William, ha surgido un imprevisto. No se atreve a aparecer en la boda. Teme por si mi padre lo manda decapitar.

—No se atreverá delante de todos —dijo Linda.

Entonces la joven Iselda se convenció de que su padre no sería capaz delante de todos los invitados de tratar de manera indecorosa al padre de su hijo.

Era el duque de Essex, y él no podía dejar ver que las clases sociales eran un problema para él. Aunque de eso no estaba muy segura.

Más tarde aquella mañana, Iselda fue caminando hasta el puerto. William le había dicho que él se acercaría después de que ella hablase con Seamus, juntos tratarían de convencerle.

El clima era bueno, no hacía demasiado frío, y no soplaba viento exagerado. El aire olía como siempre, o algo más exagerado a arenques.

Sintió unas terribles náuseas al pasar cerca del pescado, y aunque trató de no hacerlo, no pudo evitarlo y terminó vomitando todo el desayuno de la mañana.

Un enorme revuelo se formó en el puerto, y gracias a eso fue que Seamus salió de su escondite al verla sufrir.

—No deberías estar aquí.

—Solo quiero estar donde tú estés —respondió ella limpiando su boca con un pañuelo de tela.

—¿No te das cuenta de que mi vida no es todo a lo que tú estás acostumbrada?

—No necesito lujos, ni estos vestidos para ser feliz. Solo preciso tener a mi lado a la persona que amo.

William llegó, pero esperó paciente desde la lejanía. Y cuando supo que era el momento, se acercó para ayudar a la joven hija del duque de Essex de que Seamus debía estar presente el día de la boda.

—No sé qué creéis que puede pasar, pero si Iselda se niega a casarse contigo, y me nombra como me ha dicho que hará, su padre me mandará colgar.

—No lo hará. Cuando todos se enteren de que Iselda espera un hijo tuyo no podrá dejar a su

nieto sin padre, no tendrá ese valor.

Seamus le miró, aún no estaba convencido del todo, pero las ganas de estar con ella y de poder disfrutar de su bebé cuando naciera le ayudaron a decidirse.

Ahora solo faltaba un último asunto. Que Eleonora se presentase en la boda, pero eso era imposible de averiguar.

Capítulo 28

El día había llegado.

El día que todo el condado esperaba estaba allí.

La boda debería de ser preciosa, pensaba todo el tiempo Eleonora Catlin.

Ella no iría, por supuesto. Porque ¿quién es tan estúpido como para estar enamorado de alguien y acabar viendo como se casa con otra? Ella no.

Así es que ese día se le hizo eterno. Y es que William no podía hacerlo de otra forma, no. Todo el mundo se casaba por la mañana, o después del almuerzo, pero él, él no, él había decidido hacerlo de noche.

Una boda bajo la luz de la luna, le dijo un día.

Sí, eso lo recordaba bien. Su amigo siempre había querido casarse por la noche. Se lo había repetido en más de cien ocasiones, lo que nunca le dijo fue que lo haría con la hija del duque de Essex.

Maldita Iselda Carrington repetía todo el tiempo.

—¿Aún no estás lista? —le preguntó su madre al verla tirada sobre la alfombra con un montón de libros a su lado.

—No iré.

—Claro que lo harás.

—No iré. Es mi última palabra.

—No puedes hacerle eso a tu amigo.

—No me digas tú lo que puedo o no puedo hacer.

Jamás se hubiese atrevido a hablarle de aquella manera a su madre, pero había perdido los nervios aquel día.

—Lamento por todo lo que has tenido que pasar —le dijo su madre y continuó su camino.

—Perdona, no debí... —intentó pedir perdón.

Alexandra Catlin regresó junto a su hija, se sentó en la alfombra junto a ella y le besó la frente.

—La vida es injusta, pero algo me dice que amas a ese muchacho tanto o más como una vez amé a tu padre.

—Con todo mi corazón mamá, ¿cómo puede pasar esto? ¿por qué debo de ser castigada así? Eleonora comenzó a llorar sin poder ponerle freno a sus lágrimas.

—¿Lo sabe?

—¿Pretendes que se lo diga?

—¿Quieres que lo adivine?

—¿Acaso los hombres no son inteligentes como para poder averiguarlo? Se ocupan de asuntos mayores...

—En esto créeme que no lo son, deberías de haber dejado pistas.

Eleonora pensó en esos besos que se habían dado, eso para ella eran pistas, ¿para él no lo eran?

Era todo demasiado confuso, pero su madre le estaba diciendo que los hombres eran necios, y ella era más experta, tenía más años, más experiencia.

Se puso en pie, ayudó a su madre a ponerse en pie también, y después le pidió ayuda para elegir el vestido más bonito con el que asistir a la boda de William Radcliffe.

El carro las esperaba en la puerta de la propiedad, y dentro el duque de Argyll.

Eleonora se llevó una grata sorpresa cuando vio allí a su padre, y aunque a su madre no le hizo especialmente ilusión, subió y se acomodó a su lado.

—Estás preciosa —dijo George.

—Tú también luces muy elegante —respondió Alexandra.

Eleonora solo pensaba en lo que podría ocurrir cuando llegase a Hope House y viera a William Radcliffe preparado para casarse con lady Carrington.

El carro llegó rápido, teniendo en cuenta que las casa solo eran separadas por varios kilómetros de distancia.

Un sirviente ayudó a la joven a bajar, y después, Albert esperaba a las puertas de la propiedad controlando quien llegaba.

Al ver a Eleonora salió a su encuentro.

Mientras tanto, el duque de Essex, también acababa de llegar a la propiedad, y pasó cerca de ellos con aires de superioridad. Muy propio de los duques, pensó Albert que estaba más que acostumbrado a codearse con muchos, y a servir a uno.

Albert después se fijó en Eleonora y pudo ver como por momentos se le iba el color de la cara con el que había llegado.

—No estás bien.

—Sí lo estoy, solo son nervios.

—¿Estás nerviosa? —Se inclinó para poder mirarla a los ojos— ¿Nerviosa por William?

—Y por mí.

No iba a decir más, pero estaba segura de que al final de la noche todos sabrían de la humillación a la que se iba a enfrentar Eleonora. Porque estaba decidida a buscar a William y a pedirle que no se casara.

William vio a Eleonora desde la ventana de su alcoba mientras terminaba de colocarse el corbatín centrado en su cuello. Al verla supo otra vez que era la mujer de su vida. No cabía duda.

Una última ojeada por la ventana antes de salir de allí, y cuando colocó su mano sobre el pomo de la puerta, esta se abrió desde afuera.

—Me alegro de encontrarle aquí, William Radcliffe —le dijo el duque de Essex.

—Todos esperan ya, creo que no deberíamos hacer esperar a nadie.

—Me temo que tendrán que esperar un poco más, al menos hasta que yo termine de decirle algo.

—Pues adelante —le dijo convencido de que sus palabras podían cambiarlo todo en ese último instante.

Capítulo 29

—Hay un hombre entre los invitados que no debería de estar aquí. No pasa nada, solo debe de ignorarle.

—Está bien, no tiene porqué preocuparse entonces, le ignoraré, no será difícil pues no me ha dicho quién es, ni que es lo que ha venido a hacer aquí. De hecho, me apetece saber qué hace un hombre que no es bien recibido en mi propiedad.

—Es un pobre desalmado.

—Ahora siento más curiosidad de saber quién es.

—Dice estar enamorado de tu prometida, ya le he dicho que es un pobre miserable que no hay que tener en cuenta.

—¿Un hombre enamorado de mi futura esposa? Acláreme eso mi lord.

—Todos esperan abajo. No hagamos esperar más a los invitados.

No era que a William Radcliffe le fallara el sentido común, por el contrario, era muy consciente de lo que estaba ocurriendo. El duque de Essex intentaba ponerle en preaviso de que quizá pudiera ocurrir que aquel hombre al que llamaba desalmado, hiciera o dijese algo que él no deseaba.

Debería de haberle golpeado. Pensó William, pero eso lo único que habría hecho era poner su plan en riesgo. Así es que después de insistir un poco, hizo lo que el duque quiso.

Cuando William bajó del piso de arriba y llegó al gran salón donde todos esperaban que diera comienzo la boda, caminó observando a ambos lados esperando encontrarse con Eleonora allí, pero no ocurrió, y llegó sin lograrlo hasta situarse frente al sacerdote que allí esperaba para casarlo.

Linda Radcliffe sonreía a su hijo con entusiasmo, mientras que el duque de Argyll y la duquesa, situados al final del gran salón, no compartían la misma alegría, pues ambos sabían que la felicidad de su hija se vería ensombrecida por aquella boda que estaba a punto de hacerse realidad.

El salón convertido en iglesia estaba lleno de gente, y el murmullo de los invitados iba en aumento. Las sillas, decoradas con cintas blancas y flores, estaban ocupadas por damas que se abanicaban y caballeros que miraban de reojo hacia la puerta. Todos esperaban a la novia, pero la puerta seguía cerrada.

Albert, miraba a ambos lados buscando a Iselda Carrington.

En el altar, William no dejaba de ajustar los puños de su chaqueta. Su cara intentaba mantenerse serena, pero cualquiera que lo mirara notaría que estaba inquieto. Había pasado ya más tiempo del esperado, y el carruaje de la novia no daba señales de llegar.

—¿Se habrá arrepentido? —susurró una dama mayor desde el fondo, inclinándose hacia su

vecina.

—Ya lo decía yo, tan joven y llena de ideas.

El padre de la novia, el duque de Essex, estaba sentado al frente, con las manos apretadas sobre su regazo y una sonrisa rígida que apenas escondía su preocupación. Miraba al sacerdote como si este pudiera resolver la situación con una oración más.

De repente, se escucharon cascos afuera, la espera había terminado.

La novia estaba allí, con el vestido de encaje arrastrando un poco de polvo del camino. Su pelo ligeramente desarreglado y sus mejillas sonrojadas decían que había llegado con prisa.

—¿Perdón por la demora? —dijo ella, sonriendo nerviosa mientras su mirada iba directamente a William, quien soltó un suspiro profundo.

—Pensé que no ibas a aparecer —dijo él.

El sacerdote les pidió permiso para comenzar con la unión, y después de que ambos asintieran con la cabeza, comenzó a hablar.

—¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre? —preguntó firme.

Aquella pregunta iba dedicada al padre de Iselda Carrington en ese momento, pero el duque estaba tan pendiente de lo que hacía Seamus que no escuchó la pregunta, y tuvo que volverla a repetir de nuevo.

—¿Tienes tú, William Radcliffe, la intención de tomar a esta mujer, Iselda Carrington, como tu esposa legítima, para vivir juntos en el sagrado estado del matrimonio? ¿La amarás, la honrarás y la cuidarás, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

William buscaba con su mirada a Eleonora, pero continuaba sin verla.

—Tengo la intención —dijo William.

—¿Y tú, Iselda Carrington, aceptas a este hombre, William Radcliffe, como tu esposo legítimo, para vivir juntos en el sagrado estado del matrimonio? ¿Lo amarás, lo honrarás y lo cuidarás, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe? —volvió a preguntar pero esta vez a ella.

—Sí —dijo de forma casi inaudible.

Antes de formalizar el matrimonio, prosiguió el sacerdote:

—Si alguno aquí presente sabe de alguna razón por la cual estas dos personas no deban ser unidas en santo matrimonio, hable ahora o calle para siempre.

Al duque se le veía tranquilo, él continuaba en su asiento con los brazos cruzados, aquella pregunta no le hizo ni removerse en su asiento, y eso le creó dudas a William. El que con un simple movimiento de cabeza le dio la señal a su hermano.

Albert salió en dirección al establo, que era en el único lugar donde había visto movimiento hacía un rato.

Entró con sigilo por si todavía quedaba alguien, y se llevó una gran sorpresa al ver allí, atado de manos y pies a un poste de madera, y amordazado también al pobre Seamus.

Menos mal que William se esperaba cualquier cosa por parte del duque, y fue anticipado en decirle a su hermano que estuviera pendiente del joven Irlandés.

Como alma que lleva el diablo, corrieron de regreso hasta la casa, y entraron en el gran salón, justo antes de que el sacerdote pronunciase aquellas palabras que los hubiesen convertido

en marido y mujer haciéndolos desgraciados para siempre.

—¡Un momento! —pidió Seamus.

—¿Quién es usted? —preguntó el sacerdote.

—No puede casarlos, esa mujer espera un hijo, y no es suyo —gritó para que todos lo escucharan.

Muchos gritos de sorpresa resonaron por el salón. Nadie daba crédito a lo que ocurría.

El duque de Essex se levantó de su asiento, y se dirigió hasta donde estaba en pie Seamus.

—Vuelve a la ciénaga de dónde vienes.

—Padre —gritó Iselda.

—Vuelve a tu lugar —le ordenó.

—Lord, ¿ese era el hombre al que debía ignorar?

—Así es hijo mío —afirmó el duque.

—¿Y dice que mi futura esposa espera un hijo?

—Estupideces de un pobre loco.

—¿Y por qué lo dice tan seguro?

—Lo único que desea es arruinar la reputación de mi hija, ¿no se da cuenta?

—¡Es cierto! Todo el mundo debe saberlo. Espero un hijo de Seamus. Nos amamos.

Iselda gritó a voces que todo lo que Seamus había dicho era cierto. Y al llegar hasta él, se fundieron en un beso.

—Te ahorcaré con mis propias manos —le dijo el duque.

—¿Está usted diciendo que va a matar a un hombre? —le preguntó el duque de Argyll que estaba allí presente.

En ese momento, el duque se dio cuenta de que acababa de cometer un error haciendo esa afirmación de matarle. Y no pudo hacer otra cosa que marcharse de allí.

Eleonora seguía sin aparecer. William iba a pedirle matrimonio justo después de que aquella verdad saliera a la luz, pero no pudo suceder porque no estaba allí como había prometido que haría.

Le preguntó a su madre si conocía su paradero, pero por más que le hubiese gustado decirle donde encontrarla, ella no lo sabía.

Capítulo 30

En cuanto Eleonora pudo ver escondida tras uno de los muros de la casa bajar del carro a Iselda Carrington, salió corriendo de la propiedad.

Si en algún momento creyó que podía ser testigo de la unión de William con esa mujer, se equivocaba. Aquello era imposible para ella.

Corrió atravesando los campos hasta llegar al arroyo donde se dejó caer en la orilla, con la cabeza escondida entre sus brazos, y lloró tanto que se quedó dormida en mitad de la noche.

Mientras en Hope House se armaba todo el revuelo que un escándalo puede conllevar, William Radcliffe se dirigió hasta donde se encontraba su madre, y depositando un beso sobre su cabeza, se fue del lugar.

El verano había llegado, no hacía una noche fría, pero en Londres el calor no se adueñaba de las noches, así es que con cierta prisa caminó hasta llegar al arroyo, donde sabía que estaría Eleonora.

Al llegar vio a la joven tumbada sobre las piedras de la orilla que parecía dormida.

Se sentó junto a ella, y quitándose su chaqueta, se la colocó por encima.

Cogió unas cuantas piedras de su derecha, y se limitó a hacerlas saltar sobre el agua mientras que con su otra mano acariciaba los cabellos de ella.

Eleonora despertó y se asustó al notar una mano sobre su cabeza, se levantó rápido del suelo quedándose sentada, y al ver allí a William, se sorprendió, y encogió sus rodillas para poder abrazarlas.

—¿No has notado que duermes demasiado? —le preguntó William.

—Debo ser familiar directo de la bella durmiente de los bosques.

—No, no lo eres. No despertaste cuando te besé aquella vez.

Eleonora miró a su amigo extrañada por lo que había dicho.

—¿Por eso fue por lo que enfermaste?

William se encogió de hombros.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de nuevo ella—. ¿Sabe tu esposa donde te encuentras?

William negó con la cabeza.

—No creo que los secretos sean buenos en un matrimonio, o al menos no tan pronto. Deberías de marcharte.

William volvió a negar con su cabeza.

—Di algo, pareces mudo. —Le asistió un codazo.

—¡Auch! —se quejó.

—Vale, no eres mudo, solo una nenaza —se burló de él.

—¿Haría una nenaza esto?

William estaba a su lado, ambos sentados en la húmeda orilla del arroyo. Las palabras habían dejado de importar. Eleonora seguía mirando el agua, pero su mano ahora se entrelazaba con la de él, como si temiera soltarla y perderse de nuevo la atrapaba con fuerza.

En un movimiento lento, casi instintivo, William dejó de mirar el arroyo y se enfocó en ella. Sus ojos recorrieron su perfil: el cabello desordenado que caía sobre su hombro, las lágrimas que aún brillaban en sus mejillas. Cada detalle le resultaba tan familiar como su propio reflejo, pero en ese instante la sintió distinta, más vulnerable. Más suya.

Sin decir nada, soltó su mano y deslizó la suya por su cintura, acercándola con suavidad. Eleonora se tensó un instante, sorprendida, pero no se apartó. La calidez de su toque parecía calmarla, y cuando finalmente giró el rostro hacia él, sus ojos se encontraron.

—Ele —murmuró William apenas en un susurro. Era todo lo que podía decir, porque las palabras no bastaban en ese instante.

Entonces, sin prisa, sin dudas, se inclinó hacia ella. Sus labios se encontraron, primero con un toque suave, casi temeroso, como si temiera romperla. Pero en cuanto ella respondió al beso, algo cambió.

El mundo pareció desvanecerse. El murmullo del arroyo, el frío de la noche, todo desapareció mientras la besaba. Fue un beso lleno de todo lo que había guardado durante tanto tiempo: el cariño que siempre había sentido, la necesidad de estar cerca de ella, el deseo que lo consumía cada vez que la miraba.

Sus manos se movieron con cuidado pero con firmeza, una permaneciendo en su cintura, la otra subiendo hasta acariciar su mejilla.

Eleonora no se resistió. Al contrario, sus dedos temblorosos se aferraron a su camisa, como si temiera que él pudiera desaparecer.

El beso se volvió más profundo, más apasionado, pero nunca perdió su ternura. William quería que ella sintiera cada emoción que le había ocultado durante años, que entendiera cuánto significaba para él.

Cuando finalmente se separaron, ambos respiraban con dificultad. Eleonora lo miró, sus mejillas estaban encendidas, sus labios ligeramente entreabiertos, pero no dijo nada. No hacía falta.

William mantuvo la mano en su rostro, acariciando suavemente su piel.

—Estaba deseando este momento.

Eleonora sonrió, pequeña pero sincera, y por primera vez en mucho tiempo, pareció tranquila.

—¿Iselda Carrington?

—Hay cierto Irlandés que sabrá hacerla feliz.

—¿Cómo dices?

—Era todo una patraña, su padre la obligó a inventarse que iba a casarse con el tonto de William Radcliffe, que afortunadamente enfermó y con suerte si moría podrían decir que el hijo que esperaba ella era del pobre Radcliffe, y al despertar de las fiebres y ver que no recordaba ciertas cosas, se inventaron todo lo demás. No le guardes rencor, ella solo tenía miedo.

—¿Entonces, no te has casado?

—Si hubieras estado allí sí que lo habría hecho. Porque mi intención era pedir tu mano y aprovechar aquella licencia de bodas.

—¡Oh, William!

—¿Quieres casarte conmigo? —dijo él clavando una de sus rodillas sobre las piedras y colocando un pie en el suelo.

—Claro que quiero.

Epílogo

Solo unos años después.

—Pásame la salsa, este asado está demasiado seco.

Albert sonrió al escuchar a su hermano, le encantaba sacar de quicio a su esposa.

—Para la próxima comida familiar te ocuparás tú de la cena —dijo Eleonora.

—Para eso están las cocineras, cada uno tiene su lugar en esta casa. El tuyo no es la cocina.

Eleonora miraba de manera desafiante a su esposo.

Se había prometido que aquella sería una cena tranquila, porque la noticia que tenía que dar debía de ser la única protagonista de la noche.

Durante toda la cena no hubo más quejas sobre la comida, hasta que llegó el postre.

La señora Radcliffe había enseñado la receta familiar a la joven Eleonora de su famoso pudding de manzana, y cuando el plato llegó a la mesa, se enorgulleció de contar a todos que el cierre de oro de la cena también lo había cocinado ella.

Aunque cocinar habría sido una palabra un tanto exagerada, porque las manzanas las olvidó hornear.

Los duques de Argyll, también sentados en aquella mesa, masticaron con resignación el postre hecho por su hija, pero ni Albert ni William claudicaron con aquello.

—Me niego. Esto es un verdadero despropósito, te amo, Dios sabe que lo hago desde que cumplí los doce años, pero no te permitiré entrar en las cocinas nunca más.

Las risas de todos los que había sentados alrededor de aquella mesa no se hicieron esperar.

—Muy valiente por tu parte ridiculizar a una mujer embarazada.

—Eres tú la única que te ridiculizas intentando jugar a las cocinitas.

Todos habían enmudecido, todos menos William que no dejaba de hablar.

Albert que estaba al otro lado de su hermano sentado le dio un golpe por debajo de la mesa.

—¿También tú estás de su parte? —preguntó William a este con el rostro enfadado.

—¿No has oído lo que ha dicho tu esposa? —le susurró.

—Lo hemos escuchado todos. ¡Lo ha dicho gritando! Aunque no es lo que pretendo, no quiero ridiculizar a una mujer *embaraz*...

Eleonora se estaba enfadando visiblemente, y menos mal que William ya estaba reaccionando.

Todos guardaban silencio, aunque al duque de Argyll le hubiera encantado dar un golpe sobre la mesa para poner en su sitio al estúpido de William, pero no era su casa y habría estado fuera de lugar.

William miró con los ojos muy abiertos a su esposa, y sin decir nada, se levantó de su silla,

y la levantó en volandas de un estirón, comenzó a girar con ella entre sus brazos, y después la depositó en el suelo de nuevo.

—¿Estás embarazada? —le preguntó.

A Eleonora aunque todavía estaba enfadada se le dibujó una sonrisa tímida en su rostro.

Todos los sentados a la mesa comenzaron a aplaudir por aquella gran noticia, y ella se puso de puntillas para poder darle un beso a William.

Albert cogió la mano de su madre y la besó de alegría. A aquella casa había vuelto la alegría sin dudar, y ahora que un bebé estaba por llegar, mayor iba a ser el júbilo.

Linda Radcliffe había perdonado del todo a su amiga la duquesa de Argyll, pues al final entendió que ella también había sido engañada y no había ganado nada con las decisiones tomadas por su esposo el duque.

Mientras tanto, el duque de Argyll había pedido perdón en incontables ocasiones a su esposa, quien sin perdonarle todo lo que hizo, estaba aprendiendo a vivir resignada a su lado.

Con Linda Radcliffe el asunto era otro, el dolor que el duque le causó a ella era imperdonable lo mirase por donde lo mirase. Solo que por sus hijos una madre hace cosas impensables, y allí estaba ella, sentada a la mesa frente al hombre que odiaba.

Agradecimientos

Millones de gracias por llegar hasta aquí. Espero de corazón que hayas disfrutado de esta historia, si es así, no te olvides de dejarme una valoración en Amazon, me ayudará mucho.

Si te has quedado con ganas de más, pronto llegará Como cazar a un marqués, esta historia será un poco más enemigos íntimos, porque tened en cuenta que ellos ya se conocen, aunque él no la recuerde así, pues han pasado muchos años, y el patito feo, se ha convertido en cisne.

Tenéis la sinopsis lista en Amazon.

Como cazar a un marqués
Una institutriz para el hijo de conde

Si queréis conocer otros títulos míos os dejo todos mis libros también.



Una esposa para el BARÓN

"Bajé el primer tramo de escaleras muy rápido, apenas tocaba los escalones, volaba. Después frené la carrera cuando quedaban pocos peldaños que descender y me erguí, respiré profundamente, me coloqué la cinturilla del vestido en su sitio, recogí los mechones de pelo que lucían sueltos y tapaban mi rostro y que tanto odiaba tía Rose, y comencé a descender lentamente hasta llegar al *hall*, donde todos charlaban animadamente.

Al notar mi presencia tía Rose endureció su rostro y clavó en mí su mirada.

—Muy buenas tardes —pronuncié haciendo una ligera reverencia.

—Es preciosa, nadie nos dijo que gozase de tal belleza. —La voz de una mujer que suavemente levantaba mi rostro con su mano me sorprendió. De nuevo estaban tratándome como al ganado.

Tan solo les faltó abrirme la boca para ver mi mordida.

—Ya dije que las hijas de mi difunta hermana eran todas y cada una de ellas dignas esposas de nobles —le respondió Rose.

Más de cinco cabezas, todas mujeres se acercaron hasta mí, miraban cada resquicio de mi cuerpo, si hubieran tenido valor para ello estoy segura de que me hubiesen pedido que me despojara de mis ropas.

De repente las cabezas fueron abriendo espacio entre ellas, al parecer ya me habían inspeccionado al detalle. Fue en ese preciso momento cuando un rostro apareció frente al mío. Y un escalofrío me recorrió en ese instante la espalda hasta llegar a la nuca."



Obligada a casarse con el DUQUE

Respiré más fuerte de lo habitual, y tía Rose levantó su vista antes fijada en el pañuelo de seda que bordaba incansablemente durante algo más de una hora, la misma hora que yo me pasé mirando al techo de nuestro nada humilde salón de lectura. Ese en el que estaba prohibido que leyese ninguno de los libros que habitaban en cada una de las estanterías, porque según ella me podrían llenar la cabeza de pájaros y de falsas ilusiones. Como si ella no se encargase de hacerlo a cada poco.

—¿Ocurre algo de lo que me deba preocupar? —dijo tía Rose levantando su ceja al escuchar mi suspiro.

—Nada, tía, es solo que se me hace eterno este momento.

—Te dije que cosieras. —Giró su cabeza para señalar el lugar donde me había dejado aquellas agujas e hilos tiempo atrás—, en cambio, tú elegiste el aburrimiento.

Como si la costura no fuese algo tedioso, pensé.

El verdadero motivo de mi suspiro era otro, se acercaba la fecha de compromiso con el duque de Summerfield y aún no sabía cómo era él. Después del matrimonio que la tía acababa de arreglar con el barón para mi hermana Eliza lo normal era que me preocupase.



El cortejo del VIZCONDE

Emma Lawson está decidida a convertirse en lo que siempre ha soñado, y conocer a George Mugreen le ayudará a conseguirlo. A su regreso a Londres por una llamada inesperada de sus hermanas, presenta al que se ha convertido en su esposo, y aunque la sorpresa no es cómoda de llevar por la familia, el que peor parece llevarlo es Russell Baxter, quien debería de haber sido el hombre de su vida, de no ser porque su último encuentro no salió como ella esperaba.

Un secreto que duele mientras crece, un futuro confuso para la familia Lawson, y el amor en la forma más elegante que se conoce: El cortejo.

¿Conseguirá Emma revelar ese secreto de una forma poco dolorosa?

Y el vizconde, ¿logrará hacer cambiar de opinión a esa bella señorita que ha regresado de Edimburgo casada?

El cierre de Las Lawson ha llegado.



La última temporada de lord BAXTER

Una apuesta entre el conde de Pembroke y Simon Chals Baxter será la encargada en unir a Lysa Benedict a uno de los dos caballeros. Y aunque ella ya se siente atraída por uno de ellos, la máscara con la que la han conocido en ese baile al que asistió sin deberlo pondrá muy difícil que puedan reconocerla, a pesar de que Lysa suele estar muy cerca de uno de ellos.

Una apuesta, un baile de máscaras, y un secreto por descubrir que cambiaría la vida de todos.

A lady Baxter la conocían todos por ser la única señorita soltera en Londres que a pesar de estarlo, todos sabían que sería la futura esposa del conde de Pembroke, aunque Simon Baxter tratara de evitarlo.

Andrew Beaufort acababa de llegar a Londres con un único fin, engañar a una muchachita adinerada, lograr casarse con ella, y así conseguir esa vida de holgazanería que tanto ansiaba.

Un accidente extraño hará que se encuentren, y después de eso, decenas de ocasiones los situarán en el mismo lugar de manera casual. O quizá no tan casual.

Todos sabemos cómo terminan las historias que comienzan así, pero en esta todo se complicará cuando el hermano que siempre se opuso a su matrimonio con el conde de Pembroke, acepte la unión, aunque solo sea para separarla de un impostor.

La decisión de lady Baxter

ZOE SCOTLAND

ZOE SCOTLAND

La decisión de lady Baxter

Una romántica colección
de nobles



La decisión de lady BAXTER

Un accidente de lo más absurdo, un impostor, un conde y una dama enamorada que descubrirá que nada es como ella imaginaba.

Cuando la reputación de lady Baxter se ve manchada, solo una cosa puede hacerse para reparar el daño, y al parecer la persona que todos creían que estaría dispuesta, da un paso atrás dejando lugar a una única decisión.

¿Puede un hombre reparar algo que en realidad no ha estropeado? ¿Podrá lady Baxter elegir con el corazón a la persona indicada, olvidándose del odio que un día llegó a sentir?

Esto se complica, y más cuando el impostor de la historia tiene una forma un tanto peculiar de sacar de quicio a la más que atrevida lady Baxter.

A movie poster featuring a man and a woman in historical Scottish attire. The woman, Zoe Scott, has long blonde hair and wears a green dress with a floral headband. The man has long brown hair and wears a dark tunic with a patterned shawl. They are standing in a lush green Scottish Highlands landscape with a rocky cliff in the background under a dramatic, cloudy sky. The title 'Ashes of Love' is written in a large, elegant script, and the author's name 'Las Smith' is in a smaller script. The name 'ZOE SCOTLAND' is at the top in a bold, sans-serif font.

ZOE SCOTLAND

Las Smith

Ashes
of Love
in the
Highlands

También tienes una saga disponible en Amazon de viajes en el tiempo con protagonistas escoceses y mujeres fuertes y valientes.